



CRÓNICAS DEL CARIBE

# EL CAPITÁN CORREA

EL GUARDIÁN DE ARECIBO

ROBERTO  
GONZÁLEZ RIVERA

Crónicas del Caribe

**EL CAPITÁN CORREA**  
**El Guardián de Arecibo**

Roberto González Rivera

Copyright © Roberto González, 2020

Derechos Reservados. Se prohíbe utilizar o reproducir cualquier parte de este libro en manera alguna sin previo permiso escrito por parte del autor.

Esta es una obra de ficción. Los nombres, personajes, lugares e incidentes, o bien son el producto de la imaginación del autor, o están siendo usados de forma ficticia, y cualquier parecido a personas reales, vivas o muertas, empresas, compañías, eventos o locales es una coincidencia.

Diseño de la portada: © Roberto González, 2020

Toda guerra está basada en el engaño. Por lo tanto, cuando no podamos atacar, debe parecer que podemos; cuando estemos usando nuestras fuerzas, debemos parecer inactivos; cuando estemos cerca, debemos hacer que el enemigo crea que estamos lejos; cuando estemos lejos, debemos hacerle creer que estamos cerca. Presente carnadas para tentar al enemigo. Finja desorden, y aplástelo.

– *Sun Tzu, the Art of War*

## **DEDICATORIA**

A la memoria de mi padre.

## **UNA NOTA DEL AUTOR**

Esta es una obra de ficción. He cambiado algunos de los personajes y las situaciones históricas con propósitos dramáticos. Algunos son totalmente producto de mi febril imaginación.

La historia nos cuenta los hechos esenciales. En las horas previas al amanecer del 5 de agosto de 1702, dos barcos del Reino de Inglaterra y Gales atacaron el pueblo de Arecibo, Puerto Rico. Los detalles son inciertos. En su libro, *La historia de Puerto Rico*, R.A. Van Middeldyk afirma: "Sin embargo, es cierto que el 5 de agosto de 1702, un bergantín y un balandro ingleses llegaron a Arecibo y desembarcaron a 30 hombres, que se vieron obligados a volver a embarcar con pérdidas considerables, aunque los detalles de este asunto, como los presenta [Fray Iñigo Abad y Lasierra] ... evidentemente son producto de la imaginación ". (Van Middeldyk, R. A., *The History of Puerto Rico*. 2018. Bremen. Salzwasser-Verlag GmbH. Publicado por primera vez en 1903).

En su carta al gobernador de la isla después del evento, citada aquí, Felipe V de España repasa la historia. Sin embargo, está claro que solo está reiterando lo que ha supo a través del gobernador. El gobernador, a su vez, recibió la información de segunda mano.

El ataque ocurrió en el contexto de la Guerra de Sucesión Española, o la Guerra de la Reina Ana, como también se la conoce en América del Norte. Aunque el teatro principal de la guerra fue en Europa, tuvo repercusiones en el Nuevo Mundo. Se realizaron algunas acciones en América del Norte y las Antillas, incluido Puerto Rico.

Carlos II de España no tenía heredero propio. Legó su reino a su sobrino nieto Philip d'Anjou, miembro de la Casa de Borbón. Felipe, que también resultaba ser el nieto de Luis XIV de Francia, se convirtió en rey de España en 1700. Esto amenazaba el equilibrio de poder en Europa. Los borbones controlarían a Francia y al vasto imperio español. Inglaterra, la República Holandesa y el Archiducado de Austria formaron una Gran Alianza para desafiar a los Borbones. Favorecían a Carlos VI, el hijo menor de Leopoldo I, emperador del Sacro Imperio Romano, para convertirse en rey. Este fue el comienzo de la guerra, que duraría trece años.

Así fue que, lejos de los centros de poder europeos, el pueblo de Arecibo se encontró en medio de un conflicto entre España y Francia por un lado y la Gran Alianza por el otro.

La defensa de Arecibo recayó en Antonio de los Reyes Correa, para entonces teniente

(Teheniente de Guerra) y a su mal equipada milicia. Correa había sido alcalde temporal de la ciudad desde 1700 hasta 1701 y se había convertido en alcalde oficial en 1701.

Los eventos que llevaron a esta batalla y las consecuencias inmediatas de la misma son el tema de esta historia.

**1702**



## CHAPTER ONE

Sopló el viento.

Levantó las anchas hojas verdes del yagrumo para mostrar sus partes inferiores plateadas. Voló suavemente cuesta abajo desde la oscura, húmeda y aromática jungla montañosa, a lo largo de ríos y arroyos cristalinos, sobre acantilados blancos y cataratas veladas, bajando colinas de fáciles pendientes y sobre valles de rico verdor hasta llegar a la ondulada llanura costera y, más allá, a la rocosa y traicionera costa atlántica, no sin antes revolver la melena ondulada del teniente Antonio de los Reyes Correa, comandante militar y administrador civil de la villa de San Felipe de Arecibo, un pueblo escasamente poblado en la isla de Puerto Rico, en el Mar Caribe. Correa se apartó de la fosa abierta que tenía delante, se puso el sombrero de tres picos y clavó la vista en el mar gris plomo, brillante con sus puntas blancas bajo un cielo gris plomo. El cementerio estaba asentado sobre una colina. Desde aquí, Correa podía ver la Roca de los Suspiros, contra la cual el bergantín español *Victor* había encallado el día anterior. Sus restos aún se aferraban a la roca, a pesar de las olas que se estrellaban contra él.

Nicolás Serrano, el ayudante de Correa, caminó con cautela alrededor de la tumba. Se estaba asegurando de no resbalar sobre la resbaladiza arcilla roja mientras el sepulturero llenaba el hueco en el suelo. Un puñado de dolientes se alejó, mirando por encima de sus hombros a los dos hombres. Una vez que llegó a Correa, Serrano se puso de pie junto a su superior. Lanzó una mirada de reojo a Correa, tratando de pararse de la misma manera. Correa fingió no darse cuenta, pero no pudo evitar sonreír. Ambos llevaban las chaquetas azules decoradas propias de un oficial español. Llevaban doblados los grandes puños rojos, pantalones azules y medias rojas.

—Parece que va a llover —dijo Serrano.

Correa asintió con la cabeza.

—El cielo se está nublando.

Correa se volvió y caminó hacia su caballo. Acarició la cara blanca del animal y lo montó sin esfuerzo, en un solo movimiento. Con un susurro de *Vamos, Centella*, le dio la vuelta al caballo y partió cuesta abajo, hacia el pueblo. Serrano hizo lo mismo, aunque no con tanta gracia. El padre Francisco Fernández de Cosgallo, el vicario parroquial, se despidió cuando los hombres lo pasaron.

—Que tenga usted buen día, padre —dijo Correa sin mirarlo.

—Buenos días nos dé el Señor —dijo el sacerdote, con los ojos en la tumba.

Todavía podían escuchar el sepulturero palear cuando sintieron las primeras gotas de lluvia.

—Pobre Ramírez —dijo Serrano, cabalgando junto a Correa.

—Todos tenemos que irnos algún día —respondió Correa.

—Claro, claro —dijo Serrano.— Es solo que era muy joven.

—¿Qué se supone que significa eso?

—Oh, nada, nada. Es una pena, eso es todo.

Correa suspiró.

—Sí, —dijo—. Es una pena. Debería haber sido más cuidadoso.

—Sí, —dijo Serrano—. Debería haber sido más cuidadoso".

Los dos cabalgaron en silencio por un rato. La lluvia suave pronto convirtió el camino de tierra en barro rojo que manchaba las piernas blancas de Centella. La brisa olía a hierba y al mar. Serrano se inclinó hacia Correa.

—¿Cree que vendrán?

Correa se volvió para mirarlo.

—¿Los ingleses?

—Los ingleses, sí, —respondió Serrano—. Con la guerra en Europa...

—Que vengan —dijo Correa—. Haré una hoguera con sus naves.

—¿En serio? ¿Cree que podemos vencerlos?

—¿Por qué no? Son solo hombres, igual que nosotros, Nico.

—Bueno, son solo hombres, como usted y yo, —dijo Serrano —y el sargento hace todo lo posible para entrenar bien a los muchachos, pero...

Correa se volvió en su silla de montar.

—¿Pero qué?

—Bueno, solo tenemos dos fusiles entre todos nosotros. La mayoría de los muchachos solo tienen picas y machetes.

Con un cambio de peso casi imperceptible, Correa espoleó a Centella.

—Eso es porque el gobernador no ha aprobado nuestro presupuesto —dijo Correa—. Pero las cosas cambiarán ahora que estamos en guerra. Verás.

—¿Incluso para nosotros? No creo que el gobernador pueda colocarnos en un mapa.

—Reforzará la capital, por supuesto. Pero no nos dejará indefensos. Sería un tonto si hiciera eso.

Serrano miró a Correa con una sonrisa en su rostro.

Finalmente, Correa también sonrió.

—Vamos, Nico!

Serrano rio. Ahora podían escuchar el ruido de las olas en la distancia.

—¿Sabes lo que necesitamos? —preguntó Correa—. Necesitamos construir un fuerte. Justo donde el río se encuentra con el mar. Necesitamos fortalecer todo ese área y construir túneles también.

—¿Túneles?

—Claro, entonces podemos movernos bajo tierra. Por supuesto, llevará tiempo, así que cuanto antes comencemos, mejor.

—Tiene fe en Gutiérrez.

—Pues es el gobernador. Tiene que hacer algo ahora.  
—¡De sus labios a los oídos de Dios! Dicen que Scrum ha vuelto de Inglaterra.  
Correa detuvo su caballo.  
—¿Scrum? ¿Dónde has oído eso?  
Entonces oyeron un grito.

###

Era una mujer. Correa y Serrano se volvieron en la dirección de la voz. Provenía del otro lado de una curva y los árboles a lo largo del camino bloqueaban la vista. Espolearon sus monturas y despegaron.

Al doblar la curva encontraron un carruaje cubierto rodeado de cuatro jinetes, con sus espadas desenvainadas. Una pareja de mediana edad estaba sentada adentro. El hombre sostenía su brazo. La sangre fluía por entre sus dedos. La mujer se aferraba a su otro brazo. Los jinetes se habían vuelto al oír los cascos. Los oficiales se detuvieron. Correa miró a la pareja en el carruaje.

*¡Por el amor de Dios!*

Los oficiales sacaron sus espadas.

—Suelten sus armas —dijo Correa.

Uno de los bandidos puso su espada en el pecho del hombre herido. Era claramente el líder de la pandilla.

—Te acercas y lo mato —dijo.

—Adelante —dijo Correa.

El bandido vaciló, entrecerrando los ojos.

—No conozco a esta gente —dijo Correa—. Pero yo soy la ley en este pueblo. Les haces daño y te mato aquí o te cuelgo de una palma de coco. Me da igual.

—¿No te enseñan a contar en el ejército? —dijo el bandido—. Nosotros somos cuatro, y ustedes son solo dos.

—Suelten sus armas de una buena vez y puede que vivan para ver otro día —dijo Correa.

—Quítamela —dijo el bandido.

—Basta de hablar —dijo Correa.

Los oficiales se lanzaron a la carga. El hombre herido empujó la espada del bandido con la mano. Se buscó otra herida, pero ganó un segundo precioso. El bandido no podía darse el lujo de darle más tiempo. Se giró hacia Correa. Las espadas chocaron. Dos bandidos atacaban a Correa a un lado del carruaje y dos atacaban a Serrano al otro lado. Los oficiales se movieron como un rayo, golpeando a izquierda y derecha. Correa giró su caballo y la espada de un bandido golpeó a Centella en la retaguardia.

De repente, las ancas de Centella estaban en el aire y sus patas se dispararon, tumbando al bandido que estaba detrás de él de su montura. El líder de los bandidos se sorprendió tanto que no pudo bloquear la estocada de Correa. La espada ensartó su corazón. Correa sacó su espada y pateó al bandido al suelo. Cuando se dio la vuelta, Serrano estaba luchando contra un solo hombre. El otro estaba desplomado sobre su caballo a unos metros de distancia, sangrando.

Correa pasó al otro lado del carruaje y se unió a Serrano.

—¿No te enseñan a contar en la escuela de bandidos? —dijo—. Somos dos, y tú eres uno solo. El bandido redobló sus esfuerzos contra Serrano mientras Correa miraba.

—Suelta el arma, imbécil —dijo Correa.

—¡Te voy a matar —gritó el hombre—. ¡Los voy a matar a los dos!

—Deja de jugar con él, Nico —dijo Correa.

Serrano atravesó al hombre con su espada. Correa se acercó al último bandido, que todavía estaba encorvado sobre su caballo, y lo empujó con su bota. El hombre cayó muerto en el barro.

—¿Está mal herido, Don Manolo? —dijo Correa.

—Pues me va a hacer falta un médico, gracias —dijo el hombre en el carruaje, todavía agarrándose el brazo.

—Me asustaste —dijo la mujer— cuando le dijiste a ese hombre que matara a Manolo. ¡Dijiste que no nos conocías!

—¿No confía usted en mí, Doña Lydia, después de tanto tiempo?

—Fue una artimaña, por supuesto —dijo Don Manolo a su esposa. Se volvió hacia Correa.

—Lo supe desde un principio.

—Ya lo sé yo —dijo Correa con una sonrisa.

Le guiñó un ojo a Doña Lydia.

—Bueno, pues yo no —dijo Doña Lydia—. ¡Me vas a matar de un susto! ¡Siempre fuiste impetuoso! ¡Desde que eras un niño!

—Epa —dijo Serrano—. Mire esto.

Correa rodeó el carruaje hasta donde había aterrizado el bandido que Centella había pateado.

—¿Eso es su cerebro? —preguntó Serrano.

Correa miró al muerto y luego miró a Serrano.

—Vámonos —dijo con un suspiro—. Démosle la vuelta al carruaje y vayamos con ellos a ver al médico. Luego envíe yo al sargento Rodríguez a limpiar este desastre.

Correa se dio la vuelta.

—¿Puede conducir el carruaje, don Manolo? —preguntó Correa.

—Lo conduzco yo —dijo Doña Lydia.

—Que estoy bien —dijo Don Manolo—. Conduzco yo.

Estás herido —dijo Doña Lydia—. Siéntate allí. Yo manejo esto.

—Es que nunca había visto cerebros antes —dijo Serrano, mientras el carruaje giraba—. Eso es todo.

—¡Vámonos! —dijo Correa.

—¡Sí señor!

## CAPÍTULO DOS

La luz era tenue. Se balanceaba arriba y abajo en las oscuras aguas azules. Para el ojo inexperto, parecía un simple reflejo en la superficie del mar. Para el ojo inexperto, no era nada. Para Reinaldo Bocachica, era todo.

Giró la pequeña palanca al costado de su lámpara oscura con un ritmo fácil, permitiendo que la luz de la pequeña llama parpadeara desde la playa en respuesta a la luz que llegaba de la noche, del mar. El viento rugía a su alrededor, pero ya no estaba lloviendo. Los cielos estaban claros y brillantes, dejando ver miles de estrellas. Letra por letra, palabra por palabra, enviaba su mensaje. Hacía su informe en inglés, con fluidez, sin errores. Los hombres en el barco podrían haberlo tomado por un inglés bien educado, a juzgar por sus informes. El lenguaje era otro regalo de Elizabeth. *Tantos regalos, tan poco tiempo.*

Dio un salto hacia atrás cuando una ola se extendió y tocó sus botas. Ya no era joven, solo quedaba un poco de negro en su barba blanca, pero era ágil. La luz centelleó en la distancia. Alineó su lámpara oscura una vez más y continuó con su mensaje hasta que terminó. *Fin del mensaje*, dijo. *Fin del mensaje*, llegó la respuesta. Luego solo hubo oscuridad y el sonido de las olas y el viento.

Bocachica cerró su lámpara y se quedó quieto en la arena húmeda. El bote estaría girando. Volvería a un barco en algún lugar, no muy lejos de aquí. Su trabajo estaba hecho. Notó un leve resplandor en el horizonte. Se dio la vuelta y abrió su lámpara una vez más, sacó su reloj de bolsillo y presionó la corona de plata. El reloj se abrió. El grabado dentro de la portada decía: *Con todo mi amor, Elizabeth*. Pasó los dedos sobre el grabado y suspiró. Luego cerró el reloj, se lo metió en el bolsillo del chaleco y comenzó a caminar hacia el pueblo.

Las calles de tierra batida estaban oscuras y vacías, excepto por unos pocos perros callejeros que lanzaban miradas despectivas en su dirección antes de volver a lamer sus partes privadas y rascarse las pulgas. Había solo tres hileras de casas con un espacio en el centro para la plaza del pueblo. Frente a la plaza estaba la iglesia. El mar rugía por el norte; el río cortaba a lo largo del sureste de tal manera que la tierra se estrechaba hasta formar una punta detrás de la iglesia, donde el río se unía con el mar. En esta puntilla, uno podía pescar en el río y en el mar al mismo tiempo.

Para el 1702, Arecibo ya era el asentamiento español más antiguo en Puerto Rico en su ubicación original. Los españoles habían establecido su primer asentamiento en el 1508 en Caparra, pero se habían mudado a lo que ahora llamamos San Juan al año siguiente. La medida se debió en parte a la alta población de mosquitos en el área. San Germán, el segundo asentamiento,

había sido destruido durante una sublevación taína en el 1511. Los habitantes habían creado un nuevo asentamiento al sureste de la ubicación original, pero los corsarios franceses lo habían saqueado en 1528 y 1538, y para el 1546, la población ya había abandonado la zona para establecerse más tierra adentro.

Los primeros colonos españoles llegaron a lo que entonces era la ciudad taína de Abacoa en 1556. Habían nombrado su asentamiento por el *cacique*, o jefe taíno que gobernaba la ciudad en ese momento, Xamaica Aracibo. El asentamiento no se había convertido oficialmente en una villa hasta el 1616, cuando el rey Felipe III de España había otorgado la tierra alrededor del asentamiento taíno original, y todos los taínos que vivían allí, a un español llamado Lope Conchillos. Los españoles habían procedido a explotar a los taínos casi hasta la extinción. Entonces habían empezado a importar esclavos africanos para trabajar en las minas y haciendas.

Los hacendados tenían sus casas en sus plantaciones. Las mejores estaban a lo largo de las orillas del río o de sus numerosos afluentes. A lo largo de esta fértil llanura costera cultivaban plátanos, caña de azúcar, café y algodón. Las líneas de propiedad estaban delimitadas con hileras de naranjos, limoneros, árboles de achiote y más. Los esclavos habrían comenzado a cantar sus canciones de trabajo, pero estas plantaciones estaban lejos del pueblo. Su música no podía llegar hasta las calles.

Cuando se acercaba a la iglesia, Bocachica notó que el padre Francisco barría los escalones en el crepúsculo, vestido con su larga sotana negra.

—¿Te levantaste temprano esta mañana, Reinaldo! —dijo el sacerdote.

—Buenos días, padre —dijo Bocachica—. No podía dormir. Estaba dando más vueltas que un trompo en la cama, así que decidí dar un paseíto matutino.

—¿Tienes algo en mente?

Bocachica sonrió.

—Asuntos de estado, padre —dijo. Asuntos de estado. Tenga usted buen día.

—Buenos días nos dé el Señor —respondió el sacerdote, y volvió a su barrido.

Bocachica siguió caminando. Su casa estaba cerca.

Cuando dobló la esquina, sintió que su corazón daba un vuelco. Había alguien delante de su casa. El hombre estaba tocando a su puerta, de hecho. Reconoció al hombre incluso desde atrás, por supuesto. Por un momento consideró darse la vuelta y alejarse, pero antes de que pudiera moverse, el hombre se dio la vuelta y lo vio.

—Se levantó usted temprano esta mañana, Reinaldo —dijo Correa.

## CAPÍTULO TRES

Archivos de la Real Sociedad Imperial Histórica  
Del diario de Cornelius Barnabas Johnson  
A bordo del HMS Canterbury  
Port Royal, Kingston, Jamaica

*Querida Anne,*

*Apenas puedo describirte el tedio de la vida en este lugar abandonado por Dios. El calor es insoportable. Incluso en las noches no consigo un respiro. Los mosquitos son del tamaño de avispones y hay ratas por todas partes. El puerto está invadido por esclavos africanos. Todo el lugar apesta a miseria y enfermedad. Solo el pensamiento de tu encantadora sonrisa y mi sueño de gloria para Dios y la Reina hacen que toda esta desgracia valga la pena. Pero ahora, después de todas estas interminables semanas de espera, he escuchado un rumor de que pronto podríamos recibir nuestras órdenes de navegar contra los españoles. Dicen que podemos navegar hacia La Española. Aquí hay mucho tesoro español. Podemos atacar a las islas o interceptar a barcos españoles que transporten plata u oro. De hecho, ¡podemos tener la oportunidad de tomar algunas de estas islas para la Reina! Estoy deseoso de enfrentar al enemigo en la batalla.*

*Por supuesto, no te estaría diciendo todo esto si fuera a enviar esta carta por correo, ya que podría ser interceptada por el enemigo. Tengo la intención de colocar estas cartas en sus hermosas manos a mi regreso. Pero es un alivio para mi alma cansada escribirte y contarte estas cosas como si estuvieras aquí a mi lado. Por el momento, la persona que tengo a mi lado es Wilkins, nuestro cocinero, que está preparando algún tipo de estofado mientras escribo. Es obeso y huele a cebolla.*

*Sé que te preocupas por mí, querida, pero no temas. Se necesitarán más de unos mestizos españoles para acabar con tu Cornelius. Los soldados y marineros españoles son cobardes y débiles. Muchos de estos lugares ni siquiera tienen tropas regulares del ejército, sino voluntarios de sangre mixta. Están más dispuestos a huir que a luchar. Bajo el mando del comodoro Whetstone, sin duda los derrotaremos sin demora y llevaremos a casa el oro. Pronto me ganaré una promoción, ya lo verás. Entonces tu padre me concederá tu mano con gusto. Compraré esa hermosa cabaña que vimos, la que tiene vista al mar, y tendremos muchos hijos.*

*¡Ah! ¡Será maravilloso volver a casa después de semanas en el mar! Me imagino fumando mi pipa junto al fuego después de una comida casera, con una copa de brandy en la mano y sintiéndote cerca de mí una vez más.*

*Cuídate, querida. Te extraño terriblemente y espero verte pronto, cuando regrese de lo que ahora promete ser una gloriosa aventura.*

*Fielmente tuyo,*

*Cornelius*



## CAPÍTULO CUATRO

—Dónde ha estado? —dijo Correa.

—¡Buenos días, teniente! Oh, no podía dormir —dijo Bocachica—. ¿Pero a qué debo el honor de su visita?

—¿Algo lo mantiene despierto por las noches? De todos modos, tengo noticias.

—¡En serio! ¿Buenas o malas noticias?

—Buenas, espero —dijo Correa—. Recibí un aviso oficial de que somos un objetivo para la flota inglesa.

—¡Dios mío! Pero, ¿cómo que estas son buenas noticias, teniente?

—Es una buena noticia porque ahora tengo la justificación perfecta para solicitarle un mejor presupuesto de defensa militar al gobernador. Durante mucho tiempo sentí que lo necesitábamos. Ahora es el momento perfecto para pedirlo. Necesitamos más fusiles, más municiones, más soldados y uno o dos cañones no vendrían mal, ¿eh? Por eso venía a verle. Me preguntaba si podría ayudarme con la carta al gobernador.

—Pero, por supuesto, teniente —dijo Bocachica—. Estaría encantado. Sin embargo, tengo algunas cosas que tengo que atender esta mañana. ¿Nos vemos después del almuerzo?

—Almuerce conmigo. Hablamos y comemos.

Gracias, teniente —dijo Bocachica, avanzando hacia la puerta—. Esa es una maravillosa idea. Le llevo una botella de Rioja.

—¡Un hombre de los míos! ¡Comed, bebed y divertíos!

—Así es, así es —dijo Bocachica, deslizando su llave en la cerradura—. ¡Ay, ya no soy tan joven como era, o me ofrecería de voluntario para llevar uno de esos fusiles!

—No importa —dijo Correa con una sonrisa—. Es su cerebro lo que necesito. Una vez que obtengamos refuerzos y suministros, le enseñaremos al inglés una o dos cosas, ¿eh? ¡Oh, espero que vengan!

—Tenga cuidado con lo que desea, teniente —dijo Bocachica, abriendo su puerta—. Podría conseguirlo.

—¡Que vengan! Todo lo que necesito son unos días para prepararme. Bueno, nos vemos para almorzar y para escribir la carta.

—Por supuesto, teniente.

Cerró la puerta.

###

Correa se quedó afuera por un momento, mirando a la puerta. Luego se dio la vuelta y marchó hacia la iglesia. Los gallos saludaban el día en la distancia. Los pájaros llamaban desde los árboles. El cielo estaba adquiriendo un tinte azulado en el este, dando a la iglesia un brillo místico. El aire olía a tierra húmeda y flores. Correa subió los escalones y asintió con la cabeza al padre Francisco al pasar.

—Buenos días, padre —dijo.

—Buenos nos los dé el Señor, hijo mío —respondió el sacerdote.

Correa entró en la pequeña iglesia, se arrodilló y se santiguó. Permaneció allí, perdido en oración, por mucho tiempo. Cuando abrió los ojos, el padre Francisco estaba de pie junto a él.

—Padre —dijo Correa, mirando hacia arriba.

—Teniente —dijo el sacerdote—. Es bueno verte en la Iglesia en un día que no sea domingo.

—Bueno, padre —dijo Correa, poniéndose de pie— es un día especial.

—¿Cómo así?

—He recibido noticias oficiales —dijo Correa, ahora mirando al sacerdote— de que los ingleses pueden venir para acá.

—¿Acá?

—Sí, padre, acá.

—¡Jesús, María y José! ¿Será verdad?

—¡Espero que sí sea verdad!

—¿Qué quieres decir?

—Quiero decir que espero que vengan. Espero que vengan para que podamos darles una buena fiesta de bienvenida. Les vamos a dar una paliza y le vamos a traer gloria a nuestro pueblo en nombre del Rey.

—Gloria a nuestro pueblo, ¿eh?

—¡Claro!

—¿No atacarán los ingleses a la capital? Somos un flaco premio, después de todo.

—No puedo estar seguro de dónde atacarán, pero le he pedido a nuestro Señor que permita que el ataque venga para acá, y creo que me ha escuchado.

—¿Hiciste qué?

Correa se irguió a toda su altura.

—Recé para que los ingleses vinieran aquí.

—¿Pero estamos listos para tal ataque?

—Vamos a estar listos ya pronto. No se preocupe por eso, padre. Sólo déjemelo a mí.

—¿Pero qué hay de los hombres que caigan en la batalla?

—*Dulce et decorum est pro patria mori*, padre. Es correcto morir por la patria.

—¡Pero la mayoría de tus hombres ni siquiera son soldados de verdad! ¡Son voluntarios! ¡Agricultores y comerciantes! ¿Cómo puedes pedirle a nuestro Señor algo así?

—Pronto obtendremos refuerzos y nuevas armas y municiones también. Solo hay dos buenas bahías en el norte de la isla, y la nuestra es una de ellas. El gobernador tendrá que escuchar mi

solicitud ahora, y obtendremos lo que necesitamos.

El padre Francisco sacudió la cabeza.

—Estás pidiendo sangre, teniente —dijo el sacerdote—. Le estás pidiendo a Jesucristo Nuestro Señor que traiga la muerte a nuestro pueblo. Si vienen los ingleses, algunos de tus hombres van a morir. Es inevitable. Un hijo, un hermano. Hay momentos en que nos llega la guerra y no tenemos más remedio que defendernos, pero es incorrecto pedir esto.

—Encárguese usted de la misa, padre —dijo Correa— y déjeme los ingleses a mí. Usted es un buen hombre, pero no entiende de estas cosas.

—Ten cuidado con lo que haces, teniente —dijo el sacerdote, sosteniendo su escoba con ambas manos—. Crees que estás rezando a nuestro Señor, pero estás cayendo en la trampa del Diablo, y él es un engañador. No dejes que te llene la cabeza de musarañas.

—Entonces ore por mí, padre —dijo Correa— porque los ingleses vienen, y les voy a ganar. Y si el mismo diablo viene con ellos, le voy a ganar al mismísimo diablo.

###

Dentro de su casa, Bocachica cerró los ojos y suspiró.

—Padre!

Bocachica abrió los ojos y vio lo que lo hacía más feliz en el mundo. Su hija, Elisa, era alta y delgada, con cabello rojo y ojos verdes y pecas en la nariz. Todavía estaba vestida con su bata de dormir, una prenda blanca y simple que ya se estaba volviendo demasiado pequeña para ella. El dobladillo que una vez le había tocado los pies ahora colgaba justo debajo de las rodillas.

*Ya no es una niña. Se está convirtiendo en una mujer. Pronto algún joven vendrá a tocarme la puerta. La estoy perdiendo a ella también. Dios mío, ayúdame.*

—Estaba a punto de hacer un café —dijo—. ¿Quieres un poco?

—¿Que si me gustaría un poco? ¡Me encantaría un poco!

Elisa sonrió y Bocachica sintió de inmediato un destello de alegría y una punzada de dolor.

—Te parece cada vez más a tu madre —dijo.

—La gente dice que yo también me parezco a ti —dijo Elisa, metiendo el café en la media, un filtro de algodón en forma de cono. La olla de agua ya estaba en el fuego.

Una sonrisa triste apareció en los labios de Bocachica.

—Supongo que te pareces a mí —dijo— si estás parada en un rincón oscuro en una noche sin luna.

—¡Bobo!

Elisa se rió mientras vertía el agua caliente a través del calcetín y el café salía y caía en las tazas.

—Y supongo que me parezco a mi madre —dijo— si tú lo dices.

—¿No la recuerdas ni un poquito? La recordabas cuando eras pequeña.

—Un poquito nada más, mucho me temo —dijo Elisa, arrugando la cara como simulando recordar—. ¿Era hermosa?

Bocachica sonrió.

—Era la mujer más hermosa que he visto —dijo—. Y la más noble y amable también. Igual que tú.

Elisa sonrió y le lanzó un beso a su padre.

—Tenemos algunos guineos maduros —dijo.

—Sí que los tenemos —dijo Bocachica, extendiendo su mano.

Elisa le puso un guineo en la mano y comenzó a mondar otro para ella.

—¿Sabes por qué los monos no pelan sus guineos? —preguntó.

—¿Por qué?

—¡Porque saben lo que hay adentro!

Elisa sonrió y luego frunció el ceño.

—Espera. ¿Los monos no pelan sus guineos?

—No lo dañes, Elisa", dijo Bocachica con una sonrisa.

—Ese es un chiste mingo.

—Sí que lo es.

Los aromas de café recién colado y plátanos maduros llenaban la pequeña cocina.

—¿Ese era el teniente Correa, allá afuera?

—Sí —respondió Bocachica.

—¿Y que quería?

—Quiere que lo ayude a escribir una carta al gobernador.

Elisa puso los ojos en blanco.

—¡Qué aburrido! ¿Por qué son ustedes tan aburridos?

Bocachica miró su café.

—Así que somos aburridos, ¿no? Recuerda eso cuando vengan jóvenes a buscarte.

—Bueno, bueno —dijo— no nos volvamos locos

## CAPÍTULO CINCO

—¡Alto!

El sargento José Rodríguez detuvo a sus hombres en medio de su entrenamiento. Miró al teniente Correa cabalgando en su dirección y se maravilló, no por primera vez, de la gracia y la belleza de su caballo. El pelo negro brillante, las marcas blancas, la forma en que parecía deslizarse en el aire como una bailarina. Si tan solo pudiera tener un caballo así... Volviendo a sus hombres, ladró su orden.

—¡Descanso! Comenzaremos de nuevo en unos minutos.

Los hombres, con sus caras rojas y cubiertos de sudor bajo el sol ardiente, se alejaron del campo de tierra batida, arrastrando sus machetes detrás de ellos. Se reunieron en pequeños grupos y se sentaron a la sombra de los árboles cercanos. El sargento Rodríguez saludó al teniente Correa, que ya estaba frente a él, a caballo.

—¡Teniente!

Correa le devolvió el saludo.

—Descanse, sargento. ¿Ha oído las noticias?

—Dicen que Scrum ha regresado de Inglaterra, señor.

—¡Olvídese de eso! Nos estamos preparando para la batalla. ¿Cómo están sus hombres?

—Los muchachos están bien, señor, pero podría usar soldados con más experiencia si vamos a enfrentar a los ingleses.

—Los tendrá.

—Y más fusiles, municiones, pólvora y...

—Tendrá todo lo que necesite —dijo Correa.

Un joven corrió hacia ellos, saludó y cuadró en atención.

—¡Sargento! Yo—

—¡Tranquilo, muchacho! ¿No ves que estoy hablando con el teniente?

—¡Sí señor! ¡Lo siento, señor!

—Mis disculpas, teniente. Este cachorro —dijo el sargento, volviéndose hacia Correa— es el joven Juan Rosa. ¡Es un tiro fijo y es uno de nuestros mejores hombres pero, como pueden ver, todavía tiene mucho que aprender!

—¡Sí señor! —dijo Rosa

—Es posible que pronto tenga la oportunidad de poner a prueba su temple, joven —dijo Correa.

—Mientras más pronto, mejor, señor —dijo Rosa, mirando a Correa.

—Atención! —ladró el sargento.

Rosa volvió a la atención.

—Te estás dirigiendo a un oficial superior —dijo el sargento— ¡no a tus amigos en la taberna!"

—¡Sí señor! —gritó Rosa, mirando al frente.

—Descanse, soldado —dijo Correa.

Rosa se relajó y miró a Correa.

—Gracias Señor.

—¿Estás listo para pelear, soldado?

—Sí, señor —dijo Rosa, mirando al sargento, que no parecía muy seguro de eso.

—Los ingleses son luchadores feroces —dijo Correa.

—Nosotros también —dijo Rosa—. Si son lo suficientemente tontos como para atacar, les vamos a cortar la cabeza.

Correa sonrió.

—¡Eso es lo que me gusta escuchar!

—Y obtendremos lo que necesitamos —dijo el sargento.

—Tiene mi palabra, sargento —dijo Correa—. Esta misma tarde le escribo al gobernador con una lista. Le he pedido a Bocachica que me eche una mano .

—Bocachica, ¿eh —dijo el sargento, mirando a Rosa.

Rosa miró a sus pies.

—¿Qué pasa con él? —preguntó Correa.

—Nuestro amigo aquí está enamorado de la hija de Bocachica, Elisa —dijo el sargento, riendo.

—¿Es cierto e so, soldado? —preguntó Correa.

—Somos amigos, señor —dijo Rosa, todavía mirando hacia abajo—. Nos conocemos desde hace años.

Correa y el sargento intercambiaron miradas de complicidad.

—Eres un hombre valiente —dijo Correa.

—¿Cómo así? —preguntó Rosa, mirando de un hombre a otro.

—Bocachica es un buen hombre —dijo Correa— pero no sé si lo quieres como suegro.

Rosa miró al sargento.

—¡No tolera tontos! —dijo el sargento.

—Eso no me afecta —dijo Rosa con una sonrisa—. ¡Yo no soy tonto!

—¡Ya veremos! —dijo el sargento.

Correa rio.

—Bocachica es viudo —dijo Correa—. No tiene a nadie que pueda frenar su temperamento paternal. No tiene dulce para equilibrar lo agrio.

—Yo soy lo suficientemente dulce para los dos —dijo Rosa.

—Un hombre confiado —dijo Correa—. Eso es lo que necesitamos!

Correa se volvió hacia el sargento.

—¿Sus hombres estarán listos, sargento?

—Estarán listos, señor —respondió el sargento— y si conseguimos refuerzos...

—Los conseguiré, pero quiero que sus hombres estén en sus mejores condiciones. No quiero que nos avergoncemos de nuestras propias tropas.

—¡Puede confiar en mí, señor!

Correa volvió la mirada hacia las figuras de los hombres que descansaban a la sombra, pero sus ojos parecían mirar un paisaje lejano.

—Si los ingleses atacan, habrá promociones por todas partes, sargento.

—Podrían hacerle capitán de infantería —dijo el sargento.

Correa lo miró y sonrió.

—Podrían, podrían —dijo—. Dio la vuelta a Centella.

—No me decepcione, sargento —dijo Correa mientras saludaba.

El sargento llamó la atención.

—¡Viva España! —dijo.

Correa se alejó en una nube de polvo.

Pedro de Alejandría, uno de los milicianos veteranos, se acercó a Rosa y al sargento.

—¿Qué quería?

—Dice que obtendremos lo que necesitamos —dijo el sargento, aún mirando la nube de polvo que Centella había dejado atrás.

—¿Y usted, qué piensa? —dijo Pedro—. El sargento se volvió para mirarlo.

—Creo que tendremos que esperar y ver, ¿no?

—¿Qué le hace pensar que puede obtener lo que su predecesor no pudo obtener? —preguntó Pedro—. Especialmente después de lo que pasó con Ramírez.

El sargento lo miró con disgusto.

—Se acabó el recreo! —gritó en la cara de Pedro. ¡A sus posiciones, todo el mundo! ¡A ponerse los pantalones largos, caramba! ¡Voy a hacer que les salga pelo en el pecho!

###

—Su seguro servidor, etcétera, etcétera —dijo Correa—. ¿Qué le parece?

—Creo que es una carta espléndida, teniente —dijo Bocachica—. No puedo pensar en una apelación más elocuente al gobernador. Es seguro que aceptará su solicitud. Haré una copia limpia para que firme.

—Bien, bien —dijo Correa, dejándose caer en su silla de respaldo alto.

Su escritorio, un armatoste pesado de caoba tallada y cuero repujado, estaba cubierto de papeles. Los criados habían retirado los platos y las botellas de vino vacías. Correa tomó una botella medio llena de Rioja y volvió a llenar sus copas.

—Gracias por sus sugerencias, Reinaldo —dijo Correa, bebiendo—. Ha mejorado mucho mis pobres palabras. Le voy a ordenar a a Serrano que lleve la carta al gobernador por la mañana.

—Serrano... Sí, por supuesto. Un hombre competente —dijo Bocachica, alcanzando su copa.

—¿Hay algún problema?

—¡Oh no! De ningún modo. Estoy seguro de que Serrano proporcionará el apoyo adecuado para su carta.

—Adecuado, dice. Es un elogio bastante débil, Reinaldo.

—Oh, por favor, no me malinterprete, teniente —dijo Bocachica—. El joven Serrano está haciendo lo mejor que puede, estoy seguro. Hay un gran potencial en ese joven. De eso no tengo dudas.

—Si no duda de su potencial, ¿de qué duda, Reinaldo?

—Por favor, teniente, no dije nada.

—¡Escúpalo, hombre! ¿Qué está pensando?

—Bueno, en realidad no es nada —dijo Bocachica—. Es solo que una comunicación de esta importancia... Es posible que necesite que alguien hable por usted ante el gobernador, ya que el tiempo apremia.

—Y no cree que Serrano esté a la altura.

—No deseo hablar mal de su ayudante de campo, por supuesto. Es un joven brillante, pero algunas cosas deben aprenderse por experiencia. Estoy seguro de que sabe a qué me refiero.

—Así que piensa que debería enviar a otra persona.

—Oh, no estoy sugiriendo que reemplace a Serrano. Siempre puede enviar a Serrano junto con alguna otra persona —dijo Bocachica—. Como una forma de promover su educación.

—¿Y tiene usted una persona específica en mente?

—Bien...

—¿Usted, quizás?

Bocachica esbozó una modesta sonrisa.

—Mi objetivo es complacer, teniente —dijo Bocachica—. Si cree que podría ser de utilidad...

—Muy bien. Traiga su copia limpia y la firmaré. Puede llevar la carta al gobernador, y llévese a Serrano. Quizás aprenda una o dos cosas. Y enviaré a uno de nuestros milicianos con ustedes, por tu protección. Y tengo al hombre en mente.



## CAPÍTULO SEIS

—Buenos días, señor Bocachica —dijo Serrano.

—Buenos días, señor Serrano.

Los hombres se miraban desde sus caballos. El sol estaba lo suficientemente alto en el cielo como para proyectar la sombra de la iglesia sobre la plaza. Bocachica había estado esperando a la sombra, pero Serrano ya estaba sudando. El aire vibraba con el canto de los pájaros. Pasó un minuto.

Un tercer jinete se acercó al galope.

—¡Buenos días caballeros! —dijo Juan Rosa—. Estaba jadeando y cubierto de sudor, con una gran sonrisa en su rostro.

—¡Joven Juan Rosa! Así que serás nuestra escolta esta mañana —dijo Bocachica.

—¡Sí señor! ¡Listo cuando ustedes digan, caballeros!

—¿Nos vamos? —dijo Bocachica, asintiendo con la cabeza a Serrano.

—Después de usted.

Los hombres salieron. Cabalgaron sin hablar hacia el río, donde desmontaron y abordaron el ancón. La vieja plataforma de madera apestaba a moho y estiércol. El barquero era un viejo, huraño y taciturno. Recolectó la tarifa y se dio la vuelta, manteniendo sus ojos en la otra orilla. Se las arregló para cruzar y descargar a sus pasajeros sin decir una palabra o incluso mirarlos a los ojos.

Del otro lado, los hombres montaron sus caballos y continuaron su viaje.

—Un día encantador —dijo Serrano.

—Encantador, sí —dijo Bocachica.

—Un día perfecto para viajar —dijo Serrano.

—No hay ni una nube en el cielo.

—Me sorprendió un poco descubrir que iba usted a venir —dijo Serrano.

—¿Ah sí? —respondió Bocachica.

—Pensé que viajaría solo.

—No sé qué decirle. Simplemente estoy siguiendo las órdenes del teniente, igual que usted.

—Usted ayudó al teniente con la carta, ¿no?

—Le ayudé, sí. El teniente a veces me pide que le ayude a redactar documentos importantes. Parece tener una gran fe en mis habilidades y, por supuesto, me siento honrado de echar una mano.

—¿Y cómo, exactamente, surgió el tema del viaje?

—No puedo recordar sus palabras exactas. El teniente sintió que podría serle útil si el gobernador no estaba inclinado a aprobar nuestra solicitud.

—Sin embargo, no recuerda sus palabras exactas.

—No son sus palabras exactas, no.

—Pero tiene usted la carta.

—Oh, no me importa quién lleve la carta. Estoy seguro de que el teniente tampoco. ¿Se sentiría mejor si la llevara usted?

—Mi punto es que él le dio la carta.

—No estoy exactamente seguro de lo a qué se refiere, señor Serrano. Le aseguro que el hecho de que yo lleve la carta es completamente circunstancial. Nos miro a los dos, a los tres, incluido al joven Juan Rosa, aquí presente, como camaradas. Somos felices compañeros de viaje en una misión para enviar refuerzos y suministros a nuestro querido pueblo .

—Lo que me gustaría saber es cómo vino usted a viajar *en mi lugar*.

—¡Pero no estoy viajando en su lugar! ¡Está justo a mi lado!

—Sabe perfectamente lo que quiero decir.

—Le sugiero que discuta sus preocupaciones con el teniente, señor Serrano. Aunque debo decir, ahora que menciona todo esto, que él ha estado actuando un poco, digamos, de manera diferente, desde el incidente de Ramírez.

—¿Qué le pasó a Ramírez? —dijo Rosa—. He escuchado tantas historias diferentes que no sé qué creer.

Serrano se volvió hacia él.

—Pues yo te voy a decir qué creer —dijo—. Créete esto: un hombre debería ocuparse de sus propios asuntos y no escuchar chismes ociosos. Esto es especialmente cierto si ese chisme ocioso resulta ser sobre su oficial al mando.

—Perdóneme, señor Serrano —dijo Rosa, alejándose—. No quise ofender.

—No sea tan duro con el joven, señor Serrano —dijo Bocachica—. Es curiosidad juvenil, nada más. ¿No es así, señor Rosa?

—Puede llamarme Juan, señor, y creo que voy a dejar el tema.

—Tu sabiduría es superior a tus años, Juan. Sí, somos tres viajeros felices, tres amigos unidos en un solo propósito. ¿No es así, señor Serrano?

###

Gabriel Gutiérrez de Riva, El Terrible, gobernador de la isla de Puerto Rico, no se levantó cuando entraron los hombres de Arecibo. Tenía secretarios a su izquierda y a su derecha, un escritorio lleno de documentos y una expresión molesta en su rostro. Había un plato de queso junto a su codo. Una gran mosca zumbaba alrededor del plato.

—Rapidito, señores —dijo—. Que no tenemos todo el día.

—Reinaldo Bocachica, su excelencia. Permítame presentarle a Nicolás Serrano, ayudante del teniente Antonio de Los Reyes Correa, de Arecibo.

Serrano hizo una reverencia. Ninguno de los dos hizo ningún esfuerzo por presentar a Juan

Rosa, que se había quedado en la puerta.

—¿Y qué quiere el buen teniente ahora? —Gutiérrez dijo mientras firmaba un documento.

—El teniente está ansioso por proporcionar la mejor defensa posible a la bahía de Arecibo ahora que estamos en guerra con los ingleses, Excelencia —dijo Bocachica—. Sacó la carta de su chaqueta, la extendió en dirección al gobernador y se inclinó.

—Con ese fin —dijo— el teniente solicita respetuosamente refuerzos de infantería, así como fusiles y municiones adicionales. Le ruega que lea la carta que tengo el honor de presentarle.

Gutiérrez miró a uno de sus secretarios, un hombre alto con una melena de pelo blanco. El hombre inmediatamente tomó la carta de la mano de Bocachica y se la llevó al gobernador. Gutiérrez rompió el sello de cera, desdobló el papel y leyó. Cuando estaba a la mitad, se detuvo y miró a Bocachica por un momento. Parecía que estaba a punto de decir algo, pero cambió de opinión. Volvió a la carta. La oficina tenía techos altos y las altas puertas y ventanas estaban abiertas, pero no había brisa. El aire estaba caluroso y húmedo. Serrano y Bocachica esperaron en silencio, sudando y mirando los cielos de la tarde a través de las puertas del balcón al otro lado de la habitación. De repente, el gobernador golpeó su mano contra el escritorio, aplastó el queso y rompió el plato. Los hombres a su alrededor saltaron hacia atrás, sobresaltados. En un instante, Juan Rosa estaba al lado de Serrano, con la mano en el mango del machete que llevaba al cinto. El gobernador sacó un pañuelo del bolsillo y se limpió la mano, manteniendo la vista en su tarea hasta que estuvo satisfecho. Luego abrió un cajón, sacó una daga, sacó la mosca de la masa de queso sin forma y la tiró al suelo. Limpió la cuchilla con el pañuelo y la guardó en el cajón. Luego miró a sus visitantes.

—Si me tomo el tiempo para buscar algo con lo que matar a la mosca, se me escapa —dijo.

—Muy cierto, Excelencia —dijo Bocachica. Serrano lo miró.

—Debemos actuar con las herramientas que tenemos a mano —continuó Bocachica, inclinándose—. Aún así, la bahía de Arecibo...

—Es la segunda mejor en el norte —dijo el gobernador—. Sí. Ya me he enterado. Resulta que soy el gobernador de esta isla.

—Su Excelencia también es consciente de la naturaleza de nuestras defensas en Arecibo.

—Están mejor ahora que cuando asumí este puesto, de eso estoy seguro —dijo el gobernador.

—Y confiamos en que continuará apoyando nuestros esfuerzos allí.

—Sí, sí. Y estamos en guerra y todos tienen una mano fuera. Tengo suficientes problemas aquí, con este imbécil que está construyendo nuestras fortificaciones. Lo voy a ver en la horca si sigue así, pero esas son otras veinte pesetas.

Echó otro vistazo a la carta de Correa.

—Muy bien. Consideraremos las peticiones del teniente y responderemos a su debido tiempo.

—Su Excelencia —dijo Bocachica.

—¡A su debido tiempo! —dijo el gobernador—. Por el momento, sin embargo...

Tomó un trozo de queso del plato roto y se lo llevó a la boca.

Bocachica sonrió e hizo una reverencia.

###

—¿A su debido tiempo? —dijo Serrano—. ¿Qué demonios se supone que significa eso? ¿Es esto lo que quiso decir con apoyar la solicitud del teniente? ¿Es para esto que vino aquí? Ha hecho usted un trabajo espléndido! ¡Maravilloso! ¡Regresamos con las manos vacías!

Los hombres bajaban la escalera de Fortaleza, la mansión del gobernador. Las puertas al exterior estaban abiertas de par en par. La luz del sol poniente afuera hacía que parecieran las puertas de un horno.

—¡Baje la voz, por favor! —susurró Bocachica, acelerando su paso—. Sí, mi querido Serrano, precisamente por eso estoy aquí. Si el teniente le hubiera dejado esta delicada misión a su entusiasmo juvenil, podría haber hecho esta rabieta frente al gobernador. Y si lo hubiera hecho, se habría encontrado en cadenas en este momento.

—¡Pero no logró usted nada!

Salieron a la calle y se protegieron los ojos del sol con las manos. Juan Rosa corrió a buscar a los caballos.

—Me las arreglé, con unas pocas palabras cuidadosas, para evitar que el gobernador rechazara nuestra solicitud, que es lo que habría hecho si no hubiera estado aquí. Casi lo pierdo al final, pero todavía está en el anzuelo. Aprobará la solicitud, estoy seguro, después de un retraso lo suficientemente largo como para castigar el orgullo de nuestro querido teniente.

—¿Qué? ¿Va a retrasar su aprobación para herir el orgullo del teniente? Pero eso es—

—¿Infantil? ¿Absurdo? —Bocachica le ofreció a Serrano una sonrisa feroz—. ¿Y cómo cree que se juega este juego, señor Serrano? ¿Por qué cree que llaman a nuestro gobernador ‘El Terrible’? Es un veterano de muchas batallas. Una vez fue hecho prisionero por los franceses. Ha sobrevivido no solo porque es valiente y un gran luchador, sino también porque es astuto, con amigos y enemigos. No va a permitir que nadie le saque ventaja. Debe dejar absolutamente claro que él y solo él lleva el mando en esta isla, por la gracia del Rey, por supuesto.

Serrano permaneció con la boca abierta en el patio de la mansión. En algún lugar detrás de él, podía escuchar el rugido del Atlántico. ¿O era ese sonido en su cabeza? Después de un momento se dio cuenta de que Bocachica había seguido caminando y se apresuró a seguirlo, maldiciendo por lo bajo. Juan Rosa cabalgó hacia ellos, con los otros dos caballos detrás de él.

—¡Señor Bocachica!

El trío se volvió para ver al hombre alto con el pelo blanco de la oficina del gobernador caminando hacia ellos.

—Un momento, por favor —dijo el hombre.

—Disculpe —dijo Bocachica, y caminó hacia el hombre—. Se pararon juntos en medio del patio mientras Serrano y Juan Rosa miraban, demasiado lejos para escuchar la conversación.

—El gobernador aprobará su solicitud, pero primero debe ocuparse de ciertas cosas —dijo el hombre.

—Por supuesto —dijo Bocachica.— Entendemos. No hay prisa.

—¿No? Pero en la oficina, usted decía...

—Oh, no me malinterprete. Sí queremos la ayuda, por supuesto, pero, sinceramente, ¿cuáles son las probabilidades de que los ingleses ataquen a nuestra pequeña ciudad?

—Bueno, como decía usted...

—Confiamos en que el gobernador hará lo correcto —dijo Bocachica, extendiendo su mano—.

El hombre le estrechó la mano y se encogió de hombros.

—Como quiera usted —dijo, y se alejó.

Bocachica se unió a los demás.

—¿Qué pasó? ¿Qué fue eso? —preguntó Serrano—.

—Solo quería tranquilizarme, decirme que el gobernador aprobará nuestra solicitud.

—A su debido tiempo —dijo Serrano.

—A su debido tiempo —dijo Bocachica.

## CAPÍTULO SIETE

Correa bloqueó la estocada de su oponente. La espada se le había acercado demasiado. Se hizo a un lado y atacó. Su oponente saltó, giró y trató de nuevo, pero se extendió demasiado. Correa estaba listo. Se lanzó y tocó a su oponente en el pecho.

—Antonio de los Reyes Correa! —gritó su esposa.

Correa se dio la vuelta.

—¿Qué?

—¿Te volviste loco?

—Está bien, mamá —dijo el oponente de Correa—. Papá solo me tocó.

—¡Estás practicando con espadas de verdad!

—El niño tiene que aprender alguna vez, Estefanía —dijo Correa—. Ya tiene diez años.

—¡Y me gustaría que viviera para ver los once!

—¡Pero me gusta usar espadas de verdad! —gritó el chico.

—¡Ahí está! Le gusta usar espadas de verdad —dijo Correa—. Y no le hice nada.

—¡Dios mío! ¡Está sangrando!

—No es nada —dijo el niño.

—¿Cómo va a aprender —dijo Correa— si sigue usando espadas de madera? Necesita acostumbrarse al acero si va a ser un soldado como su padre.

—¿Y cómo sabes que quiere ser soldado?

—¡Pero yo sí quiero! ¡Quiero ser un soldado, como papá!

—¡Silencio! —dijo Estefanía—.

Se volvió hacia Correa.

—“Tal vez podría ser otra cosa cuando crezca.

—Será un soldado, como su padre —dijo Correa—. Y también será el alcalde, al igual que su padre. Mira que te lo digo.

Estefanía se acercó a su esposo.

—¡Al menos podrías dejar que gane de vez en cuando!

—Tonterías —dijo Correa—. Si lo dejo ganar, se va a acostumbrar a victorias fáciles y va a estar en desventaja cuando se enfrente a otros hombres...

—¡Pero sólo tiene diez años!

—Quiero que saboree una victoria bien ganada, mujer. No sabes sobre estas cosas. Este es un asunto de hombres.

—¡Asunto de hombres! ¡Bazofia!

—Pero mamá!"

—Epa —dijo Correa—. ¿Qué dije?

El chico bajó la mirada.

—No girimiquear —dijo el niño.

—Así es —dijo Correa—. Y sé respetuoso con tu madre.

—Pero ella dijo—

Una mirada de Correa detuvo al niño.

—Lo siento —dijo—.

Será mejor que lo lamente —dijo Correa—. Un caballero es feroz en la batalla, pero es gentil con una dama. Y tu madre es la dama más bella de todas.

El chico sonrió.

—Eso es seguro —dijo.

Correa se inclinó ante su esposa, haciendo un gesto fantasioso con su sombrero.

—Ay, Dios —dijo Estefanía—. ¿Por qué me has puesto entre tantos hombres?

—Pero te amamos! —dijo Correa—. ¿No, hijo?

—¡Sí! —dijo el niño, y corrió a abrazar a su madre—.

Correa se unió a ellos y los tres se abrazaron durante un largo momento.

—Basta de eso —dijo Estefanía—. Tengo que preparar la cena. ¡Todavía te equivocas al no dejar que gane, Antonio!

—¿Qué hay para cenar, madre? —preguntó el chico—.

—Bueno, pensé que podríamos tener un pollo y yuca al mojo, y tal vez platanitos verdes hervidos.

—¡Sí! —dijo el chico—. ¡Me encantan esos platanitos verdes hervidos!

—En ese caso —dijo Estefanía— será mejor que empiece, o nunca estarán listos para la cena.

Le sonrió a su esposo y se alejó hacia la casa. Correa y su hijo la vieron irse.

—¿Vamos de nuevo, papá?

Correa miró a su hijo. Todavía estaba sonrojado por el combate y estaba cubierto de sudor, pero fue la pequeña mancha de sangre lo que llamó la atención de Correa.

—Creo que tal vez sea suficiente por hoy, hijo. Además, tenemos que prepararnos para la cena, ¿no?"

—Oh... ¿Sólo uno más? ¿Bendito?

—Mañana.

—¿Prometido?

—Prometido. Ahora ve a prepararte.

—¿Necesito lavarme?

—Mírate. ¿Qué crees?

Decepcionado, el chico se dio la vuelta y caminó hacia la casa, murmurando por lo bajo.

—No debería haber preguntado —dijo el niño—. ¿Por qué tuve que preguntar? Debería haberme ido sin decir nada. La próxima vez simplemente me iré. Al que mucho pregunta, mucho le contestan.

Correa sonrió ante la refunfuñante figura de su hijo. *Es igual que yo.*

Siguió a su esposa a la cocina, donde ella dirigía a Lucinda, su cocinera.

—Asegúrese de usar estas cebollas —decía— antes de estas otras que acabo de traer del mercado hoy.

—Sí, doña Estefanía —dijo Lucinda.

El mostrador de la cocina tenía montones de yuca, cebolla, ajo y tarros de sal, pimienta negra entera, azafrán y comino. También había botellas de aceite de oliva, vinagre blanco y miel y racimos de romero, orégano y albahaca, recién cortados del huerto.

—Algo huele bien aquí —dijo Correa.

—Es el ajo —dijo su esposa, sonriendo—. ¿Pero qué haces en la cocina, esposo?

—¿No puedo estar en mi propia cocina?

—No sabes nada de cocinas —respondió su esposa—. Esto es asunto de mujeres.

—Eres graciosa, esposa —dijo Correa.

—Sí, lo soy —dijo Estefanía—. Y también puedo decir cuándo mi esposo está preocupado. ¿Se trata de la guerra?

—Mi esposa, la clarividente —dijo Correa—. Sí, es decir, no es que esté preocupado, no estoy...

—Esta es su esposa con la que está hablando, esposo —dijo Estefanía—. No hay necesidad de montar un espectáculo para mí.

Correa sonrió.

—Me conoces bien, esposa. Sí, estoy preocupado. Envié a Serrano y a Bocachica a pedirle al gobernador refuerzos y suministros hoy. Me darán su informe mañana.

—¿Pero seguramente el gobernador le otorgará lo que le estás pidiendo?

—Ciertamente, espero que sí —dijo Correa—. La mayoría de mis hombres solo tienen picas y machetes por armas. Los ingleses traerán fusiles. Vamos a ser como indios, corriendo hacia la masacre.

—¿Y están entrenados los hombres?

—Dios mío, la mayoría de ellos nunca ha usado un fusil. El sargento Rodríguez está trabajando en ello, pero para el momento en que les enseñemos a disparar, la guerra podría haber terminado. Están de lo más entusiasmados, sin duda, pero su espíritu no va a detener a una bala.

—¡Ay, Señor amado! Me preocupo por ti, esposo —dijo Estefanía—. Espero que los ingleses se mantengan alejados de Arecibo.

—Muérdete la lengua, mujer. Esta puede ser mi oportunidad para avanzar.

—¿Tu oportunidad de avanzar? No has estado en tu puesto por mucho tiempo.

—Bueno, bueno, para avanzar *más*. ¡Dios mío, mujer!

—No soy un inglés, esposo. Te ruego moderes tu tono. Y espero que los ingleses se mantengan alejados. Prefiero tener un teniente vivo que un capitán muerto.

—¡Es serio! Qué cosas dices! Voy a morir de vejez, en nuestra cama, en una casa grande, que habré comprado con el oro de una docena de barcos ingleses.

—Dudo que los ingleses envíen una docena de sus barcos a un tranquilo pueblo de pescadores como Arecibo.



—No importa cuántos barcos envíen, los voy quemar todos —dijo Correa, tomando a su esposa por la cintura—. Y te voy a comprar un vestido bello con un montón de encaje español.

—No necesito una casa nueva o vestidos nuevos —dijo Estefanía—. Necesito a mi amado esposo. Voy a rezar para que los ingleses se mantengan lejos de aquí.

—Esposa —dijo Correa, mirándola a los ojos—. Ya vienen por ahí.

## CAPÍTULO OCHO

Archivos Históricos Nacionales de Puerto Rico  
Colección Memorial James Newton  
Carta de Mary Elizabeth Goldsworthy de Bocachica a Reinaldo Bocachica  
Fecha el 1 de agosto de 1692, Kingston, Jamaica  
SOLO PARA REFERENCIA. NO RETIRAR DE LOS ARCHIVOS

*Corazón mío,*

*Espero que estas líneas te encuentren a ti y a nuestra pequeña niña felices y saludables. Estoy bien y muy emocionada, ya que mis preparativos ya están en marcha. Espero salir de Kingston para Arecibo pronto en el Comfort. ¿No es ése un nombre encantador para un barco? ¡Será maravilloso verte de nuevo después de tanto tiempo! No hubo necesidad de las amables disculpas en su carta. No pienses que alguna vez estuve enojada contigo por irte primero. Entiendo que mi esposo es un hombre ocupado con negocios importantes a los que debe asistir, ¡incluida la preparación de nuestra nueva casa! El Dr. Miller me cuidó bien, como lo prometió, y ahora me siento mucho más fuerte. Me alegra saber que todo está bien contigo y espero con mucha alegría llegar a nuestro nuevo hogar en Arecibo. Por lo que escribes, el pueblito suena perfecto para un nuevo comienzo, y eso es exactamente lo que necesitamos.*

*El Sr. Willoughby logró vender los últimos artículos a un buen precio. Le pagué su tarifa y me sobra una buena suma, así que no debes preocuparte por mí. ¡También dice que ya tiene una persona interesada en comprar la casa!*

*¡Oh, querido esposo, eres tan valiente! Solo contigo me habría atrevido a mudarme a un nuevo lugar de esta manera. Tendremos nuestro hogar y nuestra pequeña familia, ya lo vas a ver. He estado pensando que me gustaría plantar un jardín de hierbas detrás de la cocina. ¡También naranjos, limoneros, guayabos, mangos, rosales y mucho más! ¿Crees que estoy loca? ¿Es demasiado? ¡Todo es tan emocionante!*

*Oh! Aquí te cuento algo extraño. La semana pasada en el mercado, una de las esposas de los granjeros comenzó a tararear una canción. Pronto estaba bailando y siguió bailando tan enérgicamente y durante tanto tiempo que su esposo se preocupó. Parece que nada de lo que él le decía la convencía de que se detuviera. Finalmente tuvieron que llevársela. ¿No es extraño? ¡Nunca escuché hablar de tal cosa!*

*Cuídate mucho y cuida a nuestra Elisa.  
Fielmente tuya,*

*Tu Elizabeth*

## CHAPTER NINE

Ronald Jefferson Scrum, capitán del *HMS Canterbury*, se sentó, apoyó los codos en su escritorio y sonrió.

—Señor Wilkins —dijo —usted es el cocinero del barco, ¿no?

—Sí, Capitán —dijo el cocinero—. Estaba sentado en una silla frente al escritorio.

—Y ha conocido a los tres hombres que están parados detrás de usted. Son viejos amigos míos. Han servido bajo mi mando durante años. ¿No es así, caballeros?

Los hombres no respondieron. Sus ojos estaban puestos en el cocinero. También los del capitán.

—Con los años, han aprendido algunas cosas sobre mí, así como llegan a conocerse los amigos. Saben, por ejemplo, que tengo el sueño ligero. Me despierto varias veces durante la noche y cuando lo hago, me gusta tener una botella de agua junto a mi cama. Agua, porque no bebo alcohol. Mi cuerpo es el templo del Señor, ¿cierto? Y no lo quiero estropear con licor, ni quiero nublar mi mente con bebida. ¿Me sigues hasta ahora?

—Sí, señor, capitán —dijo el cocinero. Estaba sudando.

—Otra cosa que mis amigos saben de mí es que soy un experto en control de inventario. La gente se sorprende de lo mucho que sé al respecto. Me preguntan: “¿Cómo sabe tanto sobre el control de inventario?” Simplemente tengo un gran ojo para ese tipo de cosas.

—¿Control de inventario? —preguntó el cocinero.

—Sí —dijo el capitán—. Me gusta controlar el inventario de mi barco. Me gusta saber lo que tengo a bordo. Oh, puedo hacer que uno de mis hombres se encargue de eso. Tengo grandes oficiales a bordo, los mejores. Siempre tengo los mejores oficiales. Podría dejar que lo manejen pero, como dije, lo disfruto. Soy genial en eso. ¿Qué le parece el control de inventario, Wilkins? ¿Alguna idea?

—¿Idea?

El cocinero miró a los hombres a cada lado de él y luego volvió a mirar al capitán.

—Sobre el seguimiento de las cosas en la cocina —dijo el capitán.

—Bueno —dijo el cocinero —es importante, por supuesto. Hacer un seguimiento de las cosas.

—Entonces haces tus propias inspecciones, ¿no?

—¡Oh, ciertamente, Capitán!

—¿Con qué frecuencia mira la despensa del barco, entonces?

—Oh... no sé —dijo el cocinero—. Llevo un registro de todo.

—Sí, sí, pero con qué frecuencia —dijo el capitán,— cuenta sus frascos, botellas y sacos de esto y aquello?

—Bueno, cada semana más o menos, supongo.

—Cada semana más o menos.

—Sí, Capitán.

—¿Y cuándo fue la última vez que hizo esto? ¿Cuándo fue la última vez que miró?

—Hace unos días —dijo, tragando con dificultad.

—¿Y notó alguna discrepancia?

—Discrepancias?

—¿Encontró alguna diferencia entre esta lista maestra que tengo aquí y lo que realmente tenemos en la despensa? La lista maestra muestra todo lo que deberíamos tener en la despensa. Todo. Tiene que ser perfecto. Todo está listado aquí. ¿Encontró alguna diferencia? ¿Algo por lo que no pudo dar cuenta?

El cocinero se movió en su silla, agarrándose a los reposabrazos. Una gota de sudor entró en su ojo y usó su manga para limpiarse la cara. Miró al capitán, que esperaba su respuesta con una sonrisa amable.

—Nada que se le ocurra en este momento, Capitán —dijo el cocinero—. Pero puedo echar otro vistazo. Las cosas se pierden a veces...

—¿Se pierden? —dijo el capitán—. ¿De Verdad? ¿Qué cosas faltan, Wilkins? ¿Trozos de queso? Salchichas? ¿Qué?

—Claro —dijo el cocinero—. Ese tipo de cosas. Cosas más grandes, a veces.

—Cosas más grandes. Cosas más grandes —dijo el capitán—. ¿Qué cosas más grandes?

—Yo... no sé —dijo el cocinero—. Podría ser cualquier cosa. Le echaré un vistazo.

El cocinero trató de levantarse, pero los hombres detrás de él se empujaron sobre sus hombros y él se sentó nuevamente. Los hombres mantuvieron sus manos sobre los hombros del cocinero. El capitán continuó como si no se hubiera dado cuenta.

—¿Qué cosas más grandes, cocinero? —preguntó el capitán—. ¿Una botella de vino?

—¿Falta vino? —preguntó el cocinero.

—¿Un lomo de cerdo? —preguntó el capitán, todavía sonriendo.

—Capitán—

El capitán miró al hombre detrás del cocinero. De repente, el hombre bajó un cinturón sobre la cabeza del cocinero y se lo apretó alrededor del cuello. El cocinero trató de agarrar el cinturón, pero los otros hombres mantuvieron sus manos sobre los reposabrazos. Luchó por liberarse, pero los otros hombres eran más fuertes.

—Aquí está mi problema, cocinero —dijo el capitán, mientras el cocinero se ponía rojo—. Me pregunto si tú puedes ayudarme. Faltan varios artículos en mi despensa. Ahora, el hecho de este robo, el hecho de que alguien se robó estos artículos, es bastante malo. Pero lo que más me molesta es que esto es lo que mis hombres tienen para comer y beber durante nuestro tiempo en el mar. Y yo amo a mis hombres. Ningún capitán ama a sus hombres como yo amo a mis hombres. Porque soy un gran capitán. Mucha gente dice que soy el mejor capitán de la marina. Tal vez ha escuchado decirlo. No importa. Amo a mis hombres, y si no tenemos suficiente comida, mis

hombres podrían pasar hambre. Mis hombres pueden estar débiles cuando los necesito fuertes. Pueden estar débiles cuando los necesito listos para pelear. ¿Ve lo que quiero decir, cocinero?

El hombre detrás del cocinero aflojó el cinturón y el cocinero jadeó por aire. Su cara estaba roja. Tosió y luchó por recuperar el aliento.

—Alguien me ha estado robando —dijo el capitán—. Y eso está bien, pero tiene que haber consecuencias. ¿Por qué no habría de haberlas?

El cocinero asintió.

—¡Sí, capitán! Pero lo juro, no tuve nada que ver con...

El capitán miró al hombre con el cinturón y de repente el cocinero estaba luchando nuevamente, tratando de alcanzar el cinturón, intentando ponerse de pie. Pateó el escritorio del capitán, pero estaba clavado en el suelo. Sus ojos se hincharon. Su lengua comenzó a hincharse de su boca. El capitán volvió a hacer una señal y el cinturón se aflojó una vez más. El cocinero tosió y jadeó.

—¿Qué pasó con estos artículos faltantes, cocinero? Eso es lo que quiero saber. Tal vez todavía están en el barco. ¿Siguen a bordo? O tal vez los escondió en algún lugar del puerto. ¿Están en tierra? ¿Cocinero?

El cocinero cerró los ojos. Las lágrimas corrían por su rostro. Tosió de nuevo. Luego abrió los ojos y miró hacia el techo.

—Los vendí —dijo—. Lo siento.

El Capitán Scrum se recostó en su silla y suspiró.

—Los vendió —dijo—. Eso está bien, pero estoy decepcionado. ¿Por qué no estaría decepcionado? Esperaba que aún pudiera traer de vuelta lo que se robó. Si no lo tiene, debe devolverme el dinero. ¿Cómo me pagará ahora, cocinero? ¿Qué puede darme para compensar lo que robó?

—Lo siento. Vendí los productos a una fracción de su precio —dijo el cocinero—. Gasté el dinero. El dinero se acabó. No puedo pagar lo que valen. Lo siento.

—No, no, claro que no. Pero ahora me ha puesto en una posición difícil. Me ha puesto en la posición de hacer algo que no quiero hacer. Porque no puede reemplazar lo que robó y no puede devolverme el dinero. Y tengo que hacer algo al respecto.

—Trabajaré de gratis —dijo el cocinero—. Tome mi sueldo hasta que la deuda esté pagada.

—Oh, ¿y dejarlo en mi cocina? ¿Y dejarlo libre para que vuelva a robarme? Eso no suena muy inteligente, cocinero. Y yo soy un hombre muy inteligente. Soy el hombre más inteligente que ha conocido. Así que no voy a hacer algo que no sea inteligente. No. Me va a pagar por lo que se robó. Voy a tomar algo suyo. Le voy a enseñar una lección, cocinero. Le voy a enseñar una lección que nunca olvidará. Va a recordar al Capitán Scrum.

El capitán asintió con la cabeza a sus hombres y el cinturón se apretó alrededor del cuello del cocinero. Los otros hombres mantuvieron sus manos sobre los reposabrazos mientras el capitán se levantaba y caminaba alrededor de su escritorio. Se agachó y recogió un palo. Los ojos del cocinero, saltones y rojos, siguieron al capitán. El cocinero trató de sacudir la cabeza, pero era difícil sacudir la cabeza y ahogarse al mismo tiempo. Sus ojos decían: ¡No! ¡No! ¡No! Se apoyó contra el escritorio del capitán e intentó con todas sus fuerzas liberarse, pero fue en vano. El

capitán levantó el palo y lo estrelló con todas sus fuerzas sobre las manos del cocinero. El cocinero sintió que se rompían los pequeños huesos. El capitán golpeó las manos del cocinero una y otra vez. Por fin dejó caer el palo al suelo. Le hizo seña a sus hombres y soltaron al cocinero, que se inclinó sobre sus manos, tosiendo y llorando.

El capitán suspiró y se peinó con la mano.

—Ahora, saquen esta basura de mi barco —dijo—. No me sirve un cocinero que no puede cocinar.

Mientras los hombres arrastraban al cocinero, el primer oficial del Capitán Scrum entró con una carta en la mano.

—Capitán —dijo el hombre —tenemos nuestras órdenes.

## CAPÍTULO DIEZ

—Paco —dijo Correa—. ¿Qué estás haciendo ahí?

El teniente estaba de pie en el camino de gravilla de su jardín. Estaba mirando las piernas de su hijo, sobresaliendo de una abertura en la pared de los cimientos de su casa, detrás de un seto de jazmín. El sol se había puesto, pero el cielo todavía brillaba en rosa y azul en el horizonte. Las estrellas más brillantes ya se veían. La luna estaba saliendo.

El niño dijo algo que Correa no pudo entender. Correa se agachó junto a su hijo y le haló los pantalones.

—No puedo oírte —dijo—. Sal.

El niño salió y se sentó en el suelo. Estaba cubierto de sudor y sucio. Se limpió la nariz con la manga y miró a su padre.

—Es Blanca —dijo Paco—. No quiere salir.

—¿Y quién es Blanca?

—Es mi perrita nueva.

—¿Una perrita nueva? ¿Y de dónde salió?

—No sé —dijo Paco—. “e apareció un día. Le he estado dando comida.

—¿No tenemos suficientes perros?

—Pero ella estaba sola.

Correa se agachó más y miró por la abertura. Un gran par de ojos lo miraban desde las sombras.

—¿Le pusiste de nombre, Blanca?

—Sí.

—Pero es toda negra.

—Por eso la llamé Blanca —dijo Paco con una sonrisa.

—Muy bien —dijo Correa, sacudiendo la cabeza. Se giró para mirar al perro—. Puedo ver que vamos a necesitar una nueva rejilla para el ojo de buey.

—¿El ojo de buey?

—Sí —dijo Correa—. ¿Ves esta abertura redonda en esta pared? A eso lo llamamos ojo de buey. Tenía una rejilla metálica aquí, para mantener fuera a los cachorros y a los niños pequeños. Todavía puedes ver una parte, ¿ves?

Paco asintió con la cabeza.

—Se oxidó y se rompió. Así fue como Blanca entró.



—¿Por qué tenemos ojos de buey en la casa?

—Oh, ayudan a mantener la casa fresca —dijo Correa, sentado en el suelo—. Toda la casa se encuentra en este muro bajo, ¿verdad?

—Ajá.

—El muro ayuda a proteger la casa cuando tenemos inundaciones o incluso clima húmedo. De esa manera, las paredes superiores, que son de madera, no se sientan en suelo húmedo. ¿Entiendes?

—Para evitar que se pudran.

—Así es. Ahora, los ojos de buey dejan que el aire fluya debajo de la casa, y eso ayuda a mantenerla fresca cuando hace calor afuera ".

—También tenemos ojos de buey en el techo.

—Así es —dijo Correa—. Hay un espacio entre el techo exterior y el techo interior dentro de la casa.

—¡El ático!

—Exactamente! Los ojos de buey allá arriba dejan que la brisa pase entre el techo caliente y el interior de la casa. De esa manera, no hace tanto calor dentro de la casa .

—¡Qué inteligente!

—Sí, bueno, yo no inventé los ojos de buey, pero sí. Son algo bueno. Colocamos rejillas sobre las aberturas para evitar que los animales entren allí. Aunque los murciélagos siempre parecen meterse en el ático.

—Pero esta se oxidó.

—Esta sí —dijo Correa—. Tendremos que arreglar eso más tarde.

—¡Pero tenemos que sacar a Blanca primero!

—Si...

—Traté de agarrarla, pero ella siguió huyendo. Me arrastré por debajo de la casa y no pude atraparla.

—Así que por eso estás cubierto de tierra —dijo Correa, mirando a su hijo de arriba abajo.

—Lo siento. ¿Puedes atraparla? ¿Por favor?

Correa suspiró y miró a través del ojo de buey. El cachorro seguía allí, con la cabeza completamente negra descansando sobre sus patas delanteras negras, meneando la cola.

—Ella cree que estás jugando con ella. Mientras intentes atraparla, ella seguirá huyendo.

—¿Entonces, qué podemos hacer? ¡No podemos cerrar el ojo de buey con ella adentro!

—¿No? —dijo Correa con una sonrisa—. Quizás ella pueda vivir allí. Tal vez pueda vivir de ratones, lagartos e iguanas.

“—No! ¡No hay suficientes animales para que ella coma! ¡Se va a morir de hambre allí!

Correa rio.

—Bueno, está bien. No haremos eso. Pero tampoco voy a gatear debajo de la casa.

—Entonces, ¿qué podemos hacer?

—Bueno, hijo —dijo Correa —a veces, cuando no podemos atrapar al perro, podemos atraerlo para que venga a nosotros.

Paco pensó por un momento.

—¡Conseguiré algo de comida!

—¡Ese es mi hijo! Ve a pedirle a Lucinda un poco de salchicha.

El niño salió corriendo en dirección a la cocina. Correa miró al perro.

*¿Tienes hambre, pequeña Blanca? ¿Qué estoy diciendo? Los perros siempre tienen hambre.*

La perra levantó la cabeza y ladró.

—Oh, no —dijo Correa—. No voy a jugar ese juego. No puedo alcanzarte donde estás, pero ya pronto vas a estar donde yo pueda alcanzarte.

La luz se desvanecía rápidamente. Cerró los ojos, echó la cabeza hacia atrás y aspiró el perfume del jazmín nocturno en el aire. Miró alrededor de su jardín y decidió que necesitaba algunos cuidados. Entonces, entre las plantas en el seto, notó una planta que no había notado antes. Tenía hojas opacas de color verde oscuro y flores moradas en forma de campana cuyo aroma casi no se sentía por el del jazmín. La miró más de cerca.

*Belladona.*

—¡Papá! ¡Papá! ¡Aquí está!

Correa se volvió para ver a Paco corriendo hacia él, blandiendo una salchicha como si fuera una bandera de batalla.

—Ven y siéntate —dijo Correa—. Hazlo tú.

El niño se sentó en el suelo delante del ojo de buey.

—¡Ven, Blanca! —dijo, ofreciendo la salchicha—. ¡Tengo algo para ti!

La perra levantó las orejas.

—¡Ven y cógelo! —dijo Paco.

La perra inclinó la cabeza, luego se levantó y llegó al trote alegremente. Paco le sonrió a su padre. Tan pronto como el perro sacó su cabeza del ojo de buey, Correa la agarró por el cuello y la sacó.

—Aquí tienes —dijo, colocando al cachorro en los brazos de su hijo—. Ahora, asegúrate de que se quede afuera mientras yo voy a buscar algo para cubrir ese ojo de buey hasta que pueda arreglarlo.

—¡Sí señor! ¡Gracias! —dijo Paco, corriendo con el perro—. ¡Eres el mejor papá!

Correa sonrió.

—¡Y báñate, por el amor de Dios!

Se sacudió el polvo y se dirigió hacia la puerta. Estaba cansado y hambriento. Se preguntó qué habría preparado Lucinda para la cena. Cuando entró en la casa se había olvidado por completo de la belladona.

## CAPÍTULO ONCE

Archivos de la Real Sociedad Imperial Histórica  
Del diario de Cornelius Barnabas Johnson  
A bordo del HMS Canterbury  
En algún lugar del Mar Caribe

*Querida Anne,*

*¡Hemos zarpado! Ahora nos dirigimos a Porto Rico, con órdenes de interceptar cualquier barco mercante español que podamos encontrar por el camino. Una vez que lleguemos a nuestro destino, atacaremos cualquier fortificación o asentamiento español y tomaremos para la Reina lo que encontremos allí. Los hombres están deseosos de acción y ahora tenemos el apoyo de un segundo barco, el bergantín HMS Pines.*

*El comodoro Sir William Whetstone está a cargo de la operación, pero la nave está bajo el mando de un nuevo hombre, un Capitán Scrum. Solo unos pocos hombres lo conocen. Parece tener una reputación de ser un hombre severo. Incluso iría tan lejos como para decir que algunos de los hombres que lo conocen parecen tenerle miedo. Cuando le pregunté al Primer Oficial, el Sr. Jones, respondió que al que mucho pregunta, mucho le contestan, y se fue.*

*Aún así, en mis años en la Marina Real, he aprendido que a algunos hombres les encanta chismear, y les molesta un hombre duro porque son débiles. Los hombres buenos y fuertes como nuestro primer oficial no participan en conversaciones ociosas y generalmente trabajan bien con líderes fuertes. Por eso, como he mencionado en otras conversaciones, prefiero un líder fuerte. Veo algo de mí mismo en ellos, si puedo decirlo. Entiendo por qué deben ser como son porque yo soy igual. Un día, cuando tenga mi propia nave, mis hombres también me temerán. Así es como debe ser. Tal es el peso de la autoridad, mi dulce Anne. Considérate afortunada de ser mujer, mi amor, y de vivir en el mundo más amable del sexo gentil.*

*Afortunadamente, todos nuestros hombres son guerreros experimentados. Los españoles no saben lo que les espera. Estos campesinos sucios van a tener un rudo despertar de sus pequeñas siestas.*

*Oh, tenemos un nuevo cocinero. Espero que sea mejor que el anterior.*

*Para siempre tuyo,*

*Cornelius*

## CAPÍTULO DOCE

El jinete llegó a la cima de la colina y se detuvo. Abajo podía ver el valle y el pueblo. A su derecha, el río serpenteaba ancho y profundo hacia el delta. Al otro lado del río, podía ver los exuberantes campos de cultivo de los hacendados. A su izquierda, podía ver el Océano Atlántico, con sus olas blancas cabalgando sobre el más profundo azul. Entre uno y otro, la tierra se iba estrechando hasta formar una puntilla. En esta tierra estaban las hileras de casas, los edificios, la iglesia y la plaza. El viento del mar soplaba fuerte. El jinete le dio la bienvenida. Aunque había salido de la capital antes del amanecer, el sol ya había salido y quemaba como un horno. Su camisa estaba mojada de sudor. Espoleó a su caballo y cabalgó cuesta abajo, hacia el pueblo. Los pájaros llamaron y se levantaron el vuelo, y las iguanas y otras lagartijas corrían a refugiarse según el caballo pasaba. Un perro saltó de entre los arbustos y lo persiguió, pero el caballo y el jinete rápidamente lo dejaron atrás. El perro ladró por última vez, como diciendo: "¡Y no vuelvas!" Luego volvió a la comodidad de la sombra bajo un árbol de mango.

El jinete desmontó frente a la plaza y se acercó al viejo sacerdote que estaba de pie frente a la iglesia.

—Buen día, padre —dijo el jinete—. ¿El teniente Correa?

El sacerdote frunció los labios y señaló con un movimiento de su cabeza. El jinete miró en dirección a los labios del sacerdote, asintió, se dio la vuelta y se alejó. El sacerdote lo siguió con los ojos.

Al otro lado de la calle, el jinete vio a un grupo de hombres. Dos de ellos eran oficiales españoles. Sus uniformes estaban un poco desteñidos y desgastados. Los lazos blancos estaban amarillentos y los collares estaban manchados, pero los hombres estaban bien afeitados y parecían fuertes y alertas. Uno de ellos era mayor y tenía la insignia de un teniente. Un joven uniformado estaba parado a su derecha. Un hombre mayor con barba gris estaba parado a su izquierda. El jinete se acercó al hombre que estaba en el medio.

—¿Teniente Correa? —dijo.

—El mismo que viste y calza —dijo Correa.

—De Fortaleza —dijo el jinete, entregándole una carta. Se dio la vuelta y regresó a su caballo. Correa tomó la carta, rompió el sello y leyó. Los otros hombres leyeron sobre sus hombros.

*Su Excelencia Gabriel Gutiérrez de Riva  
Gobernador de Puerto Rico*

*Fortaleza  
San Juan, Puerto Rico*

*Al Teniente Antonio de los Reyes Correa  
Alcalde de Arecibo  
En su mano*

*Querido teniente,*

*Me complace hacer constar por la presente la visita de sus emisarios a Fortaleza. Recibí su carta solicitando refuerzos para la milicia en Arecibo y fusiles, espadas, picas y municiones adicionales para preparar mejor a la villa ante la posibilidad de un ataque inglés, ahora que nos encontramos en guerra con los ingleses.*

*Tenga la seguridad de que entiendo la seriedad de sus preocupaciones. Tiene mi palabra de que le proporcionaré todo lo que sus hombres necesiten para cumplir con su deber ante el Rey y la patria lo antes posible. Sin embargo, las mejoras de nuestras fortificaciones aquí en San Juan deben tener prioridad, como estoy seguro de que usted comprende. Hemos encontrado algunas dificultades en ese área, pero creo que éstas se resolverán ahora que he el hombre a cargo de los trabajos ha pagado su incompetencia en la horca. Por lo tanto, espero poder concentrarme pronto en su solicitud.*

*Confío en que podrá mantener las cosas bajo control en Arecibo hasta entonces, con el favor de Dios.*

*Gabriel Gutiérrez de Riva  
Gobernador*

Correa estrujó la carta en sus manos.

—¿Qué significa eso? —preguntó Serrano.

—Significa —dijo Bocachica —exactamente lo que dice. El gobernador nos enviará lo que necesitamos lo antes posible .

—Significa que podemos irnos a freír espárragos —dijo Correa, tirando la carta al suelo—. Significa no. O mejor dicho, sí, pero algún día en el futuro, no sabemos cuándo. Significa que si el inglés ataca pronto, nos va a agarrar con los pantalones abajo. Significa que no considera que Arecibo sea un objetivo digno para los ingleses, por lo que no hay necesidad de acelerar los refuerzos o suministros a la villa. Y nos hizo saber que colgó a su propio capataz, solo para dejar en claro que no va a atender más argumentos.

Serrano le lanzó una mirada a Bocachica. Bocachica lo ignoró.

—¿Ahora qué? —preguntó Serrano.

—Ahora, tendremos que prepararnos sin la ayuda del gobernador —dijo Correa—. Al menos por el momento."

—Podemos seguir entrenando —dijo Serrano —pero aún necesitamos más fusiles.

—¿Podemos conseguir fusiles en otro lugar? —preguntó Correa.

—Algunos de los hacendados podrían tener fusiles —dijo Serrano.

—Algunos de ellos podrían tenerlos, sí —dijo Correa.

—No querrán separarse de ellos —dijo Serrano.

—Se separarán de ellos —dijo Correa—. La única pregunta es si lo harán voluntariamente. Bocachica, quiero que los visites. A todos.

—Pero —dijo Serrano.

Correa puso su mano sobre el hombro de Serrano.

—Te necesito aquí —dijo Correa—. Pero deberíamos darle a Bocachica una escolta. Alguien de la milicia. ¿A quién?

Serrano miró a Bocachica.

—No hace falta una escolta, teniente —dijo Bocachica.

—Puedo darle Pedro de Alejandría —dijo Serrano.

—Perfecto —dijo Correa—. Díselo hoy.

—De serio, teniente —dijo Bocachica—. Le agradezco su confianza en mí, pero puedo manejar esta misión sin ayuda.

—La manejarás de la manera que yo te diga que la manejes —espetó Correa—. Lo último que necesito es que te ataquen los salteadores de caminos. Llevarás a Pedro contigo. Es un buen hombre. Y les dices a estas personas que ahora les estamos pidiendo los fusiles educadamente, pero si tienen fusiles y no los entregan, se los vamos a quitar, ¡y también tendrán que pagar una multa! ¡No vamos a tener tiempo para sentarnos y hablar de esto con un café cuando los ingleses lleguen a puerto, por Dios! El que se resista va preso.

—Sí, teniente —dijo Bocachica con una leve reverencia. "Primero intentaré mi mejor enfoque diplomático, si no le importa.

—Por supuesto, por supuesto —dijo Correa—. Tú sabes cómo hablar con esta gente. Habla con ellos. Pero necesitamos esos fusiles. Necesitamos municiones, pólvora, ¡todo!

—¡Sí señor!

—Usaré los fusiles que tenemos que entrenar a los hombres a disparar —dijo Serrano—. Pero voy a necesitar tiempo.

—El tiempo —dijo Correa —es un lujo que no tenemos.

## CAPÍTULO TRECE

Juan Rosa rodeó los rosales. Se inclinó en la oscuridad y recogió una piedra. A su alrededor, los coquies llamaban en un concierto ensordecedor. *Co-kee, co-kee, co-kee*: cientos de ellos gritaban en el jardín detrás de la casa de Reinaldo Bocachica. Había miles en los jardines adyacentes. Casi ahogaban el sonido de los grillos y el croar de uno que otro sapo. Juan levantó la vista. Vio las siluetas sombrías de los murciélagos volando por las ventanas del segundo piso. Se desviaban de un lado a otro mientras se deleitaban con mosquitos, polillas y otros insectos voladores. La luna estaba alta. El cielo brillaba repleto de estrellas.

Juan arrojó la piedra por debajo del brazo. Esta golpeó la ventana y cayó entre los rosales. Esperó.

Después de un rato vio una figura fantasmal en la ventana. Se quedó un momento detrás del cristal y se retiró a la oscuridad de la habitación. Juan miró a su alrededor para asegurarse de que estaba solo. Retrocedió contra el tronco de un roble, haciéndose casi invisible para cualquiera que pudiera mirar al jardín. Pasaron los minutos.

La puerta de la cocina se abrió, primero un poco, luego un poco más. Juan dejó su escondite junto al roble y corrió hacia la puerta. Tan pronto como llegó allí, la puerta se abrió de par en par y Elisa salió envuelta en su túnica blanca. Se abrazaron. Juan aspiró la embriagadora combinación de rosas en el jardín, la tierra húmeda y el aroma fresco y dulce de la suave piel de Elisa. Se apartaron lo suficiente como para mirarse a los ojos. Elisa parecía brillar a la luz de la luna. Se besaron.

—Ven conmigo —dijo Juan—. Ven a la playa.

Elisa dio un paso atrás.

—Estás loco —dijo.

—Solo a dar un paseo —dijo Juan—. Allí podemos hablar sin susurrar, sin preocuparnos de que alguien nos vea o despierte a tu padre.

—Está en la casa del teniente. No tenemos que preocuparnos esta noche.

—¡Pero eso es exactamente lo que quiero decir! ¡No deberíamos tener que preocuparnos en absoluto! Déjame hablar con él.

—¡No! Quiero decir, todavía no —dijo Elisa—. No está listo. Todavía piensa en mí como una niña.

—Él siempre va a pensar en ti como una niña, Elisa —dijo Juan—. Necesitamos hablar con él. No es correcto mantener esto en secreto, robando momentos para poder estar juntos, siempre



preocupándose. Si no se lo decimos pronto, alguien nos va a ver y va a correr a darle la noticia como un chisme. Será mejor si viene de nosotros .

—Lo sé, lo sé —dijo Elisa—. No va a ser mucho más tiempo, lo prometo. Yo hablo con él. Entonces puedes venir a visitarnos. Podemos cenar juntos.

—¿Hablarás con él?.

—Sí, yo hablo con él. Te lo prometo.

—¿Cuándo?

—Bueno...

—¿Cuándo, Elisa? ¿O estás disfrutando de todo este jugar al escondite y este secreto?

—¡No!

—¿Estás segura?

—Perfectamente.

—No estoy haciendo nada deshonoroso. No debería tener que esconderme para ver a la mujer que amo.

—La mujer que amas?

Juan dio un paso adelante y la atrajo hacia él por la cintura.

—Por supuesto. ¿Lo dudas?

—Bueno, es solo que... Es que nunca antes habías dicho esas palabras.

—¿No? Hm. No, parece que no.

—Me gustó. Como sonaba. Dilo otra vez.

—La mujer que amo.

—¿Quién es esa? —ella dijo con una sonrisa.

—Tú, Elisa. Eres la mujer que amo. ¿No te has dado cuenta?

—¿Cómo sabes que es amor?

—Pon tu mano sobre mi corazón.

Elisa puso su mano sobre el corazón de Juan.

—¿Lo sientes latir?

—Sí.

—Cada vez que te veo, puedo sentir mi corazón latir más rápido. A veces, cuando estoy cerca de ti, apenas puedo respirar. Te toco y todo el mundo comienza a girar.

—Eso suena como una enfermedad, no amor. Deberías ver a un médico.

—Estoy enfermo de amor, pero no necesito un charlatán para que me sangre. Todo lo que necesito es un beso tuyo.

Elisa lo besó.

—Órdenes del médico —dijo.

###

—La luna está menguando —dijo Elisa.

Estaban de pie, de la mano junto a la puerta de la cocina, mirando al cielo. Podían oler la yerbabuena, el culantro y la albahaca del jardín de hierbas a sus pies. Sus rostros se sentían

enrojecidos, pero a la luz azulada sus mejillas sonrosadas parecían púrpura. La túnica de Elisa estaba abierta hasta la cintura. Aunque el aire era fresco, sudaban. Juan la miró.

—¿Perdón?

—La luna.

—¿Qué pasa con ella?

—Está menguando. No es un buen momento para asuntos nuevos —dijo.

—¿Qué significa eso? —preguntó Juan.

—Significa que debemos esperar.

—¿Esperar para que?

—Debemos esperar a la luna nueva. Dicen: “Si quieres comenzar una nueva vida, comienza con una luna nueva”. Cuando haya luna nueva, yo hablo con mi padre.

—¿Y cuándo será eso?

—En unos días. Un par de semanas. Pero no debemos comenzar nada nuevo hasta entonces —dijo ella, mirándolo a los ojos—. La fase de la luna no es auspiciosa. Todo lo que comienza mientras la luna está menguando está destinado a fallar.

—No me importan todas esos cuentos de mujeres.

—No son cuentos, como tú dices —dijo Elisa—. Es el conocimiento de los ciclos de la naturaleza. Lo sabrías si fueras agricultor. Hay un tiempo para sembrar y un tiempo para cosechar. Incluso la Biblia lo dice. Lo mismo es cierto para otras cosas. Hay un buen momento para construir una casa nueva y un buen momento para derribar una casa vieja. Y hay un momento propicio para un nuevo amor y para decirle al malhumorado padre de la mujer que amas a su hija.

—Todo el mundo habla del temperamento de tu padre, pero siempre lo he visto sereno —dijo Juan.

—¿Quién te habló del temperamento de mi padre?

—No importa. A mí me parece que tu padre es un perfecto caballero.

—Y así es, así es —dijo Elisa—. No suele mostrar su genio, pero cuando vives con él... No me malinterpretes, yo quiero mucho a mi padre. Solo necesitas ponerte de su lado bueno, y yo voy a ayudarte.

—Pero no hasta que haya luna nueva.

—No quieres comenzar con el pie equivocado, ¿verdad?

—Bueno, bueno —dijo Juan—. Pero todo esto me parece brujería.

—Chico tonto. No es brujería. Está en la Biblia, te lo dije. “Todo tiene su tiempo, y todo lo que se quiere debajo del cielo tiene su hora. Tiempo de nacer, y tiempo de morir; tiempo de plantar, y tiempo de arrancar lo plantado”.

—¿Cómo sabes todo eso?

—El padre Francisco me lo dijo.

—El padre Francisco te dijo que uno no debe comenzar ningún proyecto nuevo durante una luna menguante?

—Bueno, no, esa parte no. La otra parte.

—¿Que parte?

—La parte sobre el tiempo para sembrar y el tiempo para cosechar.

—¿Y sabe el padre Francisco sobre la otra parte?

—¿Sabe él sobre la otra parte, o sabe que yo sé sobre la otra parte?

—¿Qué?

—Quiero decir, él puede saber sobre la otra parte, la parte sobre la luna, pero no sé si él sabe que yo sé sobre la otra parte.

Juan se cubrió la cara con las manos.

—Mi cabeza está dando vueltas de nuevo —dijo Juan— y no creo que sea el amor esta vez.

## CAPÍTULO CATORCE

—Es una noche hermosa —dijo Bocachica.

—Hm —dijo Correa.

Serrano fulminó a Bocachica con la mirada.

—La luna está menguando —dijo Estefanía.

Los hombres apenas notaron el comentario. El grupo estaba sentado en el balcón del teniente. Habían cenado pernil de cerdo asado con arroz con gandules y tostones. El postre había sido papaya madura. Los hombres ahora estaban tomando su café, fumando sus cigarros y tomando la brisa. Los coquíes estaban llamando por todo el porche. El dulce humo azul de los cigarros mantenía alejados a los mosquitos. En algún lugar, alguien estaba tocando una guitarra. Correa se volvió hacia Bocachica.

—¿Todo listo para mañana?

—Sí, teniente —dijo Bocachica—. Nos vamos temprano por la mañana.

—Cuento contigo —dijo Correa, señalando a Bocachica.

—Si hay fusiles, los tendremos —respondió Bocachica.

—A veces odio este trabajo —dijo Correa a su café.

—Vamos, vamos, teniente —dijo Serrano.

—He estado en este puesto, ¿qué? ¿Dos años? Ahora nos enfrentamos a la amenaza de un ataque inglés y todavía no tenemos lo que necesitamos.

—Has hecho un trabajo maravilloso por el pueblo —dijo Estefanía—. Todo el mundo lo dice. Las calles son más seguras ahora y la ciudad está prosperando.

—Yo crecí luchador —dijo Correa—. Soy un soldado. No soy como Gutiérrez. Las maniobras políticas no me resultan fáciles. Todas estas intrigas de palacio! ¡Todas estas tonterías! Tener que halagar a estos idiotas para obtener lo que mi gente necesita...

—Estamos bien, teniente —dijo Bocachica—. Déjame la adulación y la intriga del palacio a mí, por favor.

—¿Y si los ingleses atacan antes de que podamos prepararnos? ¿Y si toman el pueblo? Nos van a masacrar. Nuestras mujeres, nuestros hijos, es demasiado pensar en eso. ¡Estaba tan seguro de que el gobernador vería la luz!

—Bueno, bueno —dijo Bocachica—. El gobernador seguro enviará ayuda pronto. Mientras tanto, nuestros valientes hombres están vigilando la costa, en caso de que algo suceda.

—Gran cosa —dijo Correa—. Mucho que va a ayudar eso ahora.

—Además —dijo Bocachica —cuando lo piensa, las posibilidades de un ataque inglés en nuestro pequeño pueblecillo son escasas, con el debido respeto, teniente. Ciertamente, no se puede descartar, pero le pregunto qué tan probable es. Mire a su alrededor. Amamos a nuestro pueblo. Es nuestro hogar y estamos orgullosos de él, y del trabajo que ha estado haciendo aquí. Su señora esposa tiene toda la razón...

—Gracias, señor Bocachica —dijo Estefanía.

—Un placer, señora —respondió Bocachica—. Excelente café, por cierto. Sí. Muy, muy orgullosos, estamos, pero ¿lo ven los extranjeros? ¿Qué atraería a los ingleses aquí, a nuestra ciudad? Eso es lo que me pregunto. ¿Parece esto un gran premio para los intrusos ingleses?

—Ciertamente espero que tenga razón, Sr. Bocachica —dijo Estefanía—. Tiemblo al pensar en que esos vulgares marineros ingleses pongan pie en nuestro pueblo.

—No estoy tan seguro —dijo Serrano—. Espero que tenga razón, pero el hecho es que si los ingleses toman la ciudad, tendrán un buen puerto donde poder recibir refuerzos. Antes de que se dé cuenta, podrían tener una fortaleza aquí. Podrían amenazar a San Juan desde la retaguardia mientras sus barcos atacan desde el mar. Tomar Arecibo podría ser el primer paso para tomar la isla.

—Eso es un poco exagerado, ¿no le parece? —dijo Bocachica.

Serrano se enderezó en su silla como una serpiente lista para atacar.

—¡No debería importar! —dijo Correa—. Deberíamos estar listos. Eso es lo importante. No entiendo por qué el gobernador no lo ve. Por qué no pude hacerlo entender. Debería haber ido a Fortaleza yo mismo. Debería haber sido más contundente. Debería haberlo hecho ver la situación. Ahora el destino de toda la isla puede depender de mi defensa de este pueblo y, si perdemos, que Dios me ayude.

—Estoy seguro —dijo Estefanía —de que estás haciendo todo lo posible por este pueblo. No es tu culpa si no estás recibiendo el apoyo que necesitas del gobernador. Eres un buen hombre y estás haciendo todo lo que puedes. Como dice el Sr. Bocachica, todos estamos orgullosos de ti.

—¿Y de qué va a servir eso si vienen los ingleses? ¿Qué tan orgullosa te sentirás cuando los ingleses te violen —?

—¡Antonio!

Correa la miró, sorprendido por sus propias palabras.

—Lo siento. No quise decir—

Estefanía se puso de pie, su mano sobre el pecho.

—¿Cómo puedes decir eso? ¿Cómo puedes siquiera pensar en eso?

Correa se puso de pie.

—Por favor perdóname. Estoy tan preocupado—

—Esto no es preocupación, Antonio —dijo Estefanía. Es autocompasión, y es muy poco atractivo.

Volviéndose hacia los otros hombres, Estefanía se inclinó rígidamente.

—Buenas noches, caballeros.

Se dio la vuelta y entró en la casa.

Correa se derrumbó en su silla.

—¡Por el amor de Dios! —dijo, mirando al suelo.

Serrano se puso de pie.

—Yo hablo con ella —susurró mientras entraba en la casa.

—Gracias, Nico —murmuró Correa.

—Ya se le pasará —dijo Bocachica—. No sea demasiado duro consigo mismo. Estos son asuntos sórdidos, demasiado sórdidos para un alma sensible como ella.

—¿Qué estoy haciendo? Ni siquiera sé lo que le estoy diciendo a mi propia esposa. ¿Cómo podría haber rezado para que vinieran los ingleses?

Se volvió hacia Bocachica, que ahora lo miraba con los ojos como platos.

—¿Lo sabía? ¿Sabía que recé para que atacaran?

—¿En serio? Bueno, el Señor no responde a todas nuestras oraciones, teniente. Se lo puedo decir por experiencia propia.

—Recé para que vinieran. Y sé que van a venir. Lo sé.

Bocachica se recostó en su silla y miró la patética figura que tenía delante. Sacó su reloj de bolsillo, miró la hora y se lo guardó en el bolsillo del chaleco. Luego se levantó y le hizo una leve reverencia al teniente.

—Estamos todos cansados —dijo Bocachica. Volvamos al tema mañana.

El teniente pareció no escucharlo. Levantó la vista hacia el techo y suspiró.

—Dios me ayude —dijo.

## CAPÍTULO QUINCE

Era una noche fresca, iluminada por las estrellas en la playa. Una brisa salada soplaba desde el mar. Las palmeras crujían y se balanceaban. Correa notó una enorme tortuga marina que se dirigía hacia el agua. Se le acercó. La arena estaba húmeda bajo sus pies descalzos. Siguiendo el rastro de la tortuga con sus ojos, pudo ver que aquella acababa de poner sus huevos. Yacían enterrados en la arena, no muy lejos de donde había nacido la misma tortuga años antes. Ahora la madre tortuga regresaba al frío y oscuro océano sin senderos, guiada por un hilo desconocido y atemporal. Se arrastró lentamente, laboriosamente, hacia las olas que rompían por la playa. Estaba exhausta por poner y enterrar sus huevos. Delante de ella, la espuma del mar brillaba brevemente y desaparecía en la azulosa oscuridad. Correa imaginó a la tortuga marina como había visto a otras, nadando suave y graciosamente en el mar. Pensó en ella nadando, dejando a su progenie sola en su nido de arena. El nido estaba en lo que los hombres ahora llamaban Arecibo, pero para las tortugas, durante miles de años, ese lugar había sido la playa, el lugar de nacimiento. Su hogar.

La tortuga se arrastró hacia las olas y una ola la levantó sobre la arena. Remó y montó la ola y en un momento desapareció. Correa se quedó allí esperando a que volviera a aparecer, pero ya se había ido. Las olas ahora estaban borrando sus huellas.

Correa se volvió y caminó hacia el nido. La arena todavía estaba revuelta. Estaba reflexionando sobre las semanas que les tomaría a las crías comenzar su propio viaje cuando notó un movimiento en la arena. Sabía que eso no tenía sentido, pero ahí estaba. Primero se movió un poco de arena, luego otro. Pronto toda la zona de arena recién movida estaba hirviendo de actividad. Entonces una criatura pequeña y oscura salió del suelo. No era una tortuga. Era un avispon. Otro avispon salió del nido, y luego otro. De repente, había docenas de avispones saliendo de la arena. Antes de darse cuenta, Correa estaba rodeado de docenas de pequeños avispones. Comenzaron a volar alrededor de él y a trepar por sus piernas. Les dio un manotazo y trató de patearlos mientras se retiraba del nido, pero ahora los avispones lo rodeaban y subían por su pecho y por su espalda. Los sintió en la nuca, los vio en sus brazos y comenzó a girar y correr. Escuchó a uno entrando en su oído. Abrió la boca para gritar y ...

Abrió los ojos.

Estaba empapado en sudor. Se sentó en su cama y se cubrió la cara con las manos.

—¿Mamá?

Correa volvió la cabeza hacia el sonido. Provenía del pasillo. Por un momento pensó que todavía podría estar soñando, pero escuchó que su hijo volvía a llamar y supo que estaba

despierto. Miró a Estefanía. Su respiración era constante.

—Oh, por el amor de Dios —murmuró, y salió de la cama.

La casa estaba oscura y silenciosa. Correa caminó descalzo por el pasillo y entró en la habitación de su hijo.

—¿Cuál es el problema, Paco?

El niño estaba sentado en su cama. Bajó la mirada a su regazo.

—Lo siento —dijo—. Moje la cama.

De pie junto a la cama, Correa olió el olor acre de la orina. Suspiró.

—¿Vas a sentarte allí toda la noche?

—No.

—A trabajar, entonces —dijo Correa—. Levántate.

El niño se levantó. Correa tiró de las sábanas y las arrojó a una esquina. Luego se paró al lado de la cama por un momento. No sabía qué hacer. Su esposa generalmente se encargaba de esas cosas.

—¿Dónde están las sábanas?

El chico salió al pasillo. En dos minutos regresó, llevando sábanas frescas en sus brazos. Correa los tomó y miró a su alrededor. Al no encontrar ningún lugar para ellas, las arrojaron al suelo. Luego tomó una y comenzó a hacer la cama.

—¿Estas enojado? —preguntó el chico.

—¿Enojado? No —dijo Correa—. No estoy enojado. Tengo sueño, eso es todo. Este tipo de cosas le sucede a muchas personas. Ya se te pasará.

—¿Te ha pasado alguna vez?

Correa se detuvo y miró por encima del hombro.

—De hecho, sí, sí me pasó —dijo—. Unas pocas veces. Se me pasó.

—¿Cuántos años tenías?

Correa suspiró.

—Oh, más o menos tu edad, supongo.

La cama se veía horrible. Sabía que Estefanía hacía algo con las esquinas, pero no podía recordar qué.

—¿De verdad?

—Claro —dijo Correa—. ¿Te sientes cómodo con ese pijama mojado?

—Me voy a cambiar —dijo Paco.

Tomó un juego de pijamas nuevo de su cómoda, arrojó los pijamas mojados en la esquina con las sábanas mojadas y se vistió nuevamente.

Mientras Paco se vestía, Correa cambió la funda de almohada y se sentó en la cama. Se levantó de nuevo, arrancó las sábanas de la cama, volteó el colchón y comenzó de nuevo. Cuando terminó, volvió a sentarse.

—Tuve un sueño —dijo Paco.

—Yo también —dijo Correa.

—¿Acerca de?

—Tú primero —dijo Correa.



—Soñé que te habías ido a la guerra —dijo Paco—. Yo estaba muy triste.  
Los labios de Correa formaron una sonrisa triste.

—Bueno, fue solo un sueño —dijo.

—Pero estamos en guerra, ¿no?

—Sí, hijo, estamos en guerra.

—¿Y tendrás que irte?

Correa pensó por un momento antes de responder.

—No, hijo. No tendré que ir a ninguna parte.  
*La guerra se acerca a mí.*

—¿Por qué estamos en guerra?

—Oh, bueno... Esa es una larga historia. Veamos, teníamos un rey, pero el viejo rey murió y no tenía heredero, un hijo para hacerse cargo de su trono.

—Pero ahora tenemos un nuevo rey —dijo Paco.

—Así es. El rey Carlos le dejó el reino a...bueno, se lo dejó a Felipe. Así que ahora tenemos un nuevo rey, el rey Felipe, pero a Inglaterra no le gusta nuestro rey. Inglaterra quiere que alguien más sea nuestro rey.

—¿Y no queremos a ese otro rey?

—No, no queremos a ese otro rey. Queremos a nuestro verdadero y legítimo rey. Por eso estamos luchando.

—¿Y quién ganará?

—Pues nosotros, por supuesto.

—¿Estás seguro?

—Por supuesto que estoy seguro. Santiago y Nuestro Señor están de nuestro lado, ¿no?

—¿Dios está de nuestro lado?

—Por supuestísimo.

—¿Cómo lo sabes?

—Lo sé... Lo sé porque nuestra causa es justa. Felipe es nuestro rey legítimo, elegido por Dios.

—Pensaba que el viejo rey Carlos había elegido al rey Felipe.

—Bueno, es lo mismo. Dios le dijo al rey Carlos que eligiera al rey Felipe.

—Ah... ¿Papá?

—Si, hijo.

—Los ingleses creen en Dios?

—Sí, pero—

—¡Oh! ¿Creen en un Dios diferente?

—No, no, es el mismo Dios, pero, pero rompieron con la Santa Madre Iglesia y, bueno, están equivocados, eso es todo.

—¿Es Dios un español?

Correa sonrió.

—Caramba! No sé si Dios es español, pero, no le digas al padre Francisco que dije esto, ¡está muy cerca de serlo!

Paco sonrió.

—¡Oh! ¿Quién es Santiago?

—Santiago fue uno de los discípulos de Nuestro Señor Jesucristo. Es el santo patrón de España. Por eso lo llamamos antes de atacar en una batalla.

—¡Santiago! —dijo el chico.

—Santiago. Así es. Ahora, a dormir.

Correa se dirigió hacia la puerta.

—¡Oh, papá!

Correa se dio la vuelta. Paco levantó el puño en el aire como si estuviera sosteniendo una espada.

—¡Santiago! —dijo con una gran sonrisa.

—¡Santiago! —dijo Correa, sosteniendo su espada imaginaria.

Caminó por la casa silenciosa con el corazón lleno y una sonrisa en la cara. Volvió a la cama con cuidado, tratando de no despertar a su esposa. Mientras levantaba las sábanas, la oyó murmurar algo. Se volvió y la miró. Estaba profundamente dormida.

*Hablando dormida otra vez.*

—¿Qué dijiste, esposa? —le susurró.

Sus ojos se movían rápidamente debajo de sus párpados.

—¿Esposa?

Fuera de su ventana, los coquíes estaban llamando con toda su fuerza. El brillo plateado de la luna entraba por las persianas.

Una vez más, Estefanía dijo algo que Correa no pudo entender. Acercó su oreja a los labios de su esposa.

—Dilo de nuevo —susurró.

Apenas podía escuchar la palabra.

—Avispones.

## CAPÍTULO DIECISÉIS

Archivos Históricos Nacionales de Puerto Rico  
Colección Memorial James Newton  
Carta de Mary Elizabeth Goldsworthy de Bocachica a Reinaldo Bocachica  
Fecha el 7 de agosto de 1692,  
Kingston, Jamaica  
SOLO PARA REFERENCIA. NO RETIRAR DE LOS ARCHIVOS

*Corazón,*

*Malas noticias. No podré viajar tan pronto como esperaba. El capitán fue algo circunspecto. Solo me dijo que es un retraso temporal y que pronto deberíamos poder navegar hacia Arecibo. Afortunadamente tengo suficiente dinero para bastante tiempo, así que no temo quedarme sin fondos. Solo lamento tener que esperar más tiempo hasta que pueda escuchar tu voz una vez más, y sentir tus brazos a mi alrededor y abrazar a nuestra pequeña. Sé que ya no es tan pequeña, pero siempre será mi niña. Quizás sea diferente con los hombres. Una mujer y su hija tienen un vínculo muy especial. Me pregunto si los hombres pueden sentirse de esta manera. Después de todo, somos nosotras quienes tenemos a nuestros bebés en nuestros vientres y los traemos al mundo. Es un mundo de hombres, pero hay cosas en esta vida que están reservadas para las mujeres y solo las mujeres. El vínculo entre una madre y su hija es una de esas cosas.*

*Pero aquí estoy, volviendo a hablar sobre cosas de mujeres y ni una pregunta para mi pobre esposo. Cuéntame más sobre tu vida lejos de mí. Cuéntame sobre la casa. ¿Está todo listo? ¿Han terminado los trabajadores de pintar? ¿Qué colores has elegido para las habitaciones? ¡No me digas que has pintado todo de blanco! Si es así, aprovecha este retraso para agregar un poco de color a las habitaciones, al menos. ¡Ustedes, hombres, son criaturas tan prácticas! No ven la importancia de estas pequeñas cosas. Son como las especias en un plato delicioso. Pueden pensar que es suficiente poner el bistec al fuego, pero el condimento marca toda la diferencia del mundo.*

*¿Cómo esta Elisa ¿Está comiendo bien? ¿Has logrado contratar a un profesor de música? Seguramente hay alguien en el pueblo que pueda enseñarle el clavecín hasta que llegue, para que no pierda este tiempo precioso.*

*No vas a adivinar lo que pasó el otro día. Quizás recuerdes que escribí sobre la esposa del agricultor que empezó a bailar incontrolablemente en el mercado el otro día. Se llevaron a la pobre a casa y dicen que desde entonces ha estado atada a su cama, porque no puede dejar de bailar. ¡Pero lo mejor de todo es que hace unos días otras tres esposas de agricultores también comenzaron a bailar! Dicen que un par de agricultores se unieron a ellas. No estaban bailando con las mujeres, me entiendes, sino bailando solos a unos metros de distancia. Ninguno de ellos respondía cuando sus amigos y familiares les hablaban. De hecho, aparentemente ni se daban cuenta de que había alguien más allí. Parecían estar en un mundo propio. Finalmente, sus familiares tuvieron que llevárselos, tal como lo hicieron con la esposa del agricultor original.*

*La gente se ríe de los campesinos y sus esposas y se preguntan qué tipo de licor han estado bebiendo en la finca, pero no sé. Tengo un mal presentimiento sobre esto. Incluso soñé con esto la otra noche. ¡Soñé que todos en la ciudad bailaban locamente y no podían parar, y entonces empecé a bailar yo también! Me desperté a media noche y no pude volver a dormirme por más que traté. Dime que estoy equivocada, oh práctico esposo mío. Dime que preocuparme no tiene sentido y te creeré y lo olvidaré. ¡Me traes tanta paz! Desearía que estuvieras aquí ahora más que nunca. Siempre me siento segura cuando estás a mi lado.*

*¡Ya! ¡Ya estoy empezando a sentirme mejor!*

*Siempre tuya,*

*Tu Elizabeth*

## CAPÍTULO DIECISIETE

Pedro de Alejandría se apoyó en el pomo de su silla y desmontó. Se ajustó el machete y el cuchillo de caza que llevaba al cinto, se quitó el sombrero, se pasó los dedos por el pelo, se sacudió el sudor y volvió a ponerse el sombrero. Podía sentir el otro cuchillo de caza atado a su pantorrilla mientras le entregaba las riendas de su caballo al esclavo africano, el hombre más grande y musculoso que había visto en su vida.

*No vamos a poder mantener a estas personas esclavizadas para siempre.*

El esclavo también tomó el caballo de Bocachica y se alejó. Pedro sintió un escalofrío cuando notó las cicatrices en la espalda del hombre.

*Dios amado. ¿Cómo puede un hombre hacerle eso a otro hombre?*

Pedro y Bocachica subieron los escalones y saludaron al dueño de la casa. Era un hombre corpulento, de cara roja, con bigote grueso, una gran melena de color del trigo tostado y ojos de color verde oscuro. Estaba vestido con un arrugado traje de lino blanco y sus botas ya estaban cubiertas de barro.

—Bocachica —dijo, con sus grandes manos en los bolsillos—. No creo que esta sea una llamada social.

—Buenos días, señor Aguirre —dijo Bocachica con una reverencia—. Tu intuición es correcta, como siempre. Vengo con un mensaje del teniente Correa. Una solicitud, de verdad.

—Una petición del joven teniente, ¿eh? Eso no puede ser bueno.

—Me pregunto si podríamos sentarnos por un momento —dijo Bocachica, sacando un pañuelo del bolsillo y secándose la frente.

Aguirre miró a Pedro de Alejandría, que estaba parado detrás de Bocachica con las manos en la hebilla del cinturón.

—Oh —dijo Bocachica con una sonrisa de disculpa—. Pedro es mi protector el día de hoy, ante la insistencia de nuestro querido teniente. Los caminos ahora son mucho más seguros, pero supongo que el teniente quería asegurarse de que yo no estuviera...inconveniencias. Pedro, ¿por qué no te quedas aquí y disfrutas de la brisa mientras entro con el Sr. Aguirre? Estoy seguro de que no hay peligros al acecho dentro de su casa.

Pedro asintió sin decir una palabra.

Aguirre se volvió, abrió la puerta y entró. Bocachica lo siguió.

Pedro caminó por el balcón, que corría a lo ancho de la casa, y miró hacia el naranjal. Sacó una pequeña bolsa de su bolsillo, desató la cuerda y metió tres dedos dentro. Sacó una pizca de

tabaco y se la llevó a la boca.

Justo entonces vio al alto esclavo que había llevado sus caballos al establo. Se dirigía al naranjal.

—¡Oye! —le dijo.

El hombre se detuvo y miró a Pedro. Estaba a unos diez metros de distancia. No dijo una palabra. Pedro le arrojó la bolsa por debajo del brazo. El hombre la atrapó en el aire. Miró la bolsa y se la acercó a la cara para olerla. Luego volvió a mirar a Pedro.

—¿Sabes qué es eso?

—Es tabaco —dijo el hombre—. Soy negro, no estúpido.

Pedro sonrió, sorprendido.

—Veo que tampoco eres tímido —dijo Pedro—. ¿Le hablas a tu amo de esa manera?

—Yo no tengo amo —dijo el hombre.

—No, vive Dios —dijo Pedro, riéndose.

—Tu dios no es mi dios —dijo el hombre.

—Me imagino que no —dijo Pedro—. Entonces sabes cómo usar ese tabaco.

—Te pones un taco en la boca.

—¿Lo has probado?

—En ocasiones —dijo el hombre.

—Quédate con la bolsa —dijo Pedro—. Tengo más.

El hombre metió tres dedos enormes en la bolsa, sacó un pellizco y se lo metió en la boca, entre la mejilla y la encía, mientras miraba a Pedro.

—¿Cuál es tu nombre? —dijo Pedro

—Mi nombre es Kibwe —dijo el hombre—. A los hombres blancos les da trabajo decirlo, así que me llaman Quique. Luego dicen que nosotros somos los salvajes.

—Kibwe —dijo Pedro—. ¿Eso quiere decir algo?

—Significa “bendecido”. ¿Qué opinas?

—Bendecido con qué, me pregunto.

—A veces me pregunto lo mismo —dijo Kibwe. Bendecido con paciencia, tal vez.

—¿Alguna vez huiste?

—Un par de veces. Es la razón por la cual mi espalda se ve como se ve.

—Así que también eres bendecido con terquedad —dijo Pedro.

—Bendecido, maldito —dijo Kibwe—. ¿Quién sabe?

—Quién sabe. ¿Has estado aquí por mucho tiempo?

—Demasiado.

—A que sí —dijo Pedro—. ¿Sabes lo de la guerra con los ingleses?

—Lo sé —dijo Kibwe.

—¿Y?

—Es todo lo mismo —dijo Kibwe—. El español arriba, el inglés arriba, no hace ninguna diferencia.

—Muchos blancos pobres dicen lo mismo.

—Quizás tengan razón —dijo Kibwe.

—Parece que puedes pelear. Podríamos usar buenos guerreros si los ingleses atacan —dijo Pedro.

—Hazle una oferta al hombre —dijo Kibwe, asintiendo en dirección a la casa. "Tal vez compres un soldado nuevo.

—¿Pelearías por nosotros?

—Por supuesto. Yo lucharía por ustedes. Te cortarían la garganta a la primera oportunidad, también, con tabaco o sin tabaco.

—Un hombre honesto —dijo Pedro—. Más de lo que puedo decir de muchos blancos.

—Guapo, también —dijo Kibwe con una sonrisa.

Un hombre se acercó desde la arboleda a caballo.

—¡Oye! ¡Quique! ¿Qué estás haciendo ahí? ¡A trabajar! —dijo.

Kibwe miró al hombre, hirviendo de odio. Luego miró a Pedro, escupió en el suelo delante de él y regresó al naranjal. Se metió la bolsa de tabaco en el bolsillo.

Pedro soltó sobre la barandilla del balcón un escupitajo marrón que cayó en una brillante rosa blanca en los arbustos que adornaban el frente de la casa. Vio a Kibwe alejarse.

###

El interior de la casa estaba mucho más fresco que el balcón. Los techos eran altos. Las ventanas y los travesaños sobre las puertas de caoba pulida estaban abiertos y la brisa traía los aromas de naranjos y limoneros y tierra húmeda y estiércol de caballo.

—¿Quiere un cafecito? —Aguirre dijo.

—Gracias —dijo Bocachica.

—¡María! —Aguirre gritó.

Una joven negra entró en la sala.

—Dos cafés —dijo Aguirre.

La joven se inclinó y desapareció.

Aguirre se sentó en una butaca de cuero.

—Ahora, ¿cuál es esta misteriosa solicitud del teniente Correa?

Bocachica miró a su alrededor y decidió sentarse en una silla de madera frente a Aguirre.

—Gracias. El teniente le envía saludos. Reconoce su apoyo al gobierno local y su lealtad a la corona.

—La corona nos ha abandonado. Aquí es cada cual a lo suyo, capullo. ¿Por qué no se salta los halagos? Soy un hombre ocupado —dijo Aguirre.

—Ciertamente —dijo Bocachica con una sonrisa—. La situación es la siguiente. El teniente me ha pedido que venga porque cree que podemos ser blanco de la agresión inglesa ahora que estamos en guerra con Inglaterra.

—Pues obviamente que seremos un blanco de agresión —dijo Aguirre—. Eso es lo que significa estar en guerra.

—El teniente siente que nuestro pueblo, específicamente, puede ser atacada.

—¿Cree que los ingleses pueden venir aquí? ¿A Arecibo?

—Así es.

—¿Por qué?

—El teniente tiene razones para creer que los ingleses pueden atacarnos para luego lanzar un ataque terrestre contra San Juan.

—Ya veo. ¿Y de dónde saca el teniente su información?

—Eso, no tengo libertad para decirlo.

—¿No lo sabe o no puede decirme?

—Se trata de lo mismo, ¿no?

Aguirre miró a Bocachica en silencio. María llegó con una bandeja de plata y la colocó en una mesa baja delante de los hombres. La bandeja contenía dos tazas de porcelana pintadas a mano con sus platillos y una cafetera, un azucarero y una jarra de crema que hacían juego. El azucarero tenía dos cucharas pequeñas de plata. Bocachica notó un escudo de armas grabado en los mangos de las cucharas. Supuso que era el de Aguirre. María dio un paso atrás, hizo una reverencia y salió del salón. No había levantado la vista, pero no había podido ocultar sus ojos. El color marrón oscuro y la textura sedosa de sus rasgos impecables los hacían destacar como esmeraldas sobre terciopelo negro.

—¿Qué tiene esto que ver conmigo? —dijo Aguirre.

—Los ingleses tienen armas de fuego —dijo Bocachica—. Solo tenemos un par de fusiles. El teniente le ha pedido al gobernador que nos suministre fusiles adicionales, pero al gobierno le tomará algún tiempo proporcionárnoslos. El teniente me envió a pedirle a los hacendados locales como usted que proporcionen a la milicia los fusiles que puedan tener. En calidad de préstamo, por supuesto. Se los devolverán tan pronto como recibamos los nuestros de San Juan. Excelente café, por cierto.

—Gracias. Es mío. Lo elaboramos aquí atrás. ¿Qué le hace pensar que tengo armas para darle?

—¿No tiene?

Aguirre miró su taza de café. Bocachica se preguntó si las armas podrían estar allí.

—¿De dónde saca el teniente la idea de que los ingleses vienen para acá?

—No ha respondido a mi pregunta, señor Aguirre.

—No has respondido a la mía.

—¿Qué diferencia hace?

—Puede hacer una gran diferencia, Sr. Bocachica. Si dice que no tiene la libertad de decirme de dónde saca el teniente la idea de que vienen los ingleses, puedo suponer que la información es buena, incluso si la fuente es secreta. Si dices que no sabes de dónde saca esa idea, podría llegar a una conclusión diferente.

Bocachica sorbió su café.

—¿Por ejemplo?

—Por ejemplo, podría llegar a la conclusión de que nuestro teniente no sabe mejor que usted o yo si vendrán los ingleses. Si ese fuera el caso, me pregunto si el hombre está utilizando la situación para quitarnos nuestros fusiles con la promesa de devolverlos en alguna fecha futura. Me pregunto si tiene la intención, en resumen, de desarmar a los terratenientes locales, sin ninguna intención de compensarnos en absoluto. En ese caso, sería reacio a prestar mis fusiles.



—Si los tuviera —agregó Bocachica.

—Si los tuviera —dijo Aguirre.

—Interesante —dijo Bocachica.

—Entonces, ¿cuál es?

—¿Perdón?

—¿No me lo puede decir o no lo sabe?

Bocachica miró por la ventana. Los naranjos susurraban en el viento.

—No lo sé —dijo.

## CAPÍTULO DIECIOCHO

—Buenas noches, queridas damas —dijo el teniente Correa.

Acababa de entrar en su salón. El sol estaba bajo en el cielo y la luz dorada proyectaba sombras inclinadas por el suelo. Estefanía y Elisa estaban sentadas juntas en el sofá. Se inclinaban sobre un par de extrañas cajas de madera que descansaban sobre una mesa baja.

—Buenas noches, esposo —dijo Estefanía—. ¿Que tal tu día?

—Buenas tardes, teniente —dijo Elisa.

—Le estoy enseñando a Elisa cómo hacer encajes —dijo Estefanía.

Correa se quitó el sombrero de tres picos y se acercó. Las cajas contenían un cilindro horizontal arriba, un cajón debajo y una superficie inclinada y tapizada en el medio. El cilindro tenía como cien alfileres pegados en un patrón. Una serie de hilos conducía desde los alfileres a un montón de palos de madera.

—¿Así es como haces encaje? —preguntó Correa.

—Esta es una forma de hacer encajes —dijo Estefanía, con los ojos puestos en su trabajo—. Hay más de una forma.

—Se ve muy confuso —dijo Correa.

—No es tan confuso cuando sabes cómo hacerlo —dijo Estefanía.

Elisa miró a Correa y asintió.

—Es confuso —dijo, pronunciando las palabras en silencio.

—Solo usas las bobinas, estos palos, y los alfileres para...

—No importa, no importa —dijo Correa.— No creo que me vaya a poner a hacer encajes. Buena suerte con tus clases, Elisa.

—Doña Estefanía es una buena maestra —dijo Elisa.

—Es una mujer muy paciente, eso te lo puedo decir —dijo Correa—. Me aguanta mucho.

Estefanía miró a Elisa y asintió con una gran sonrisa en su rostro. Ambos se rieron.

—Ustedes dos hacen una pareja tan encantadora —dijo Elisa.

El esposo y la esposa se miraron y sonrieron.

—No es tan malo —dijo Estefanía.

—Eres demasiado amable —dijo Correa, con una elaborada reverencia.

—Espero poder ser tan feliz como ustedes dos cuando me case —dijo Elisa.

—Estoy seguro de que serás muy feliz —dijo Estefanía—. Eres una joven maravillosa. Solo asegúrate de encontrar un buen joven. Alguien que sea digno de pedir tu mano en matrimonio.

Elisa sonrió y miró la caja de encaje.

—Hay muchos buenos jóvenes en la ciudad", dijo Correa—. De hecho, hay uno afuera en este momento.

—¿Oh? —dijo Estefanía.

Elisa mantuvo sus ojos en el encaje.

—Le pedí a Juan Rosa que me ayudara con el jardín —dijo Correa—. Conoces a Juan Rosa, ¿verdad, Elisa?

—¿Juan Rosa? Oh, sí, por supuesto —dijo Elisa. Repentinamente sus mejillas se pusieron de color rojo brillante.

—Es miembro de nuestra milicia —dijo Correa—. El sargento Rodríguez me dice que es uno de nuestros mejores hombres.

—¿Juan Rosa? —dijo Estefanía—. ¿No es el hijo de José Juan Rosa?

—El dueño de nuestra tienda principal, sí —dijo Correa—. Juan está aprendiendo el oficio. Heredará el negocio con el tiempo, pero tiene el corazón de un soldado.

—Es un chico guapo —dijo Estefanía, mirando a Elisa.

—¿Usted cree? —dijo Elisa, abriendo su abanico plegable. "Sí, supongo que no está mal.

—De hecho, estaba a punto de pedirle a Lucinda que hiciera limonada y se la llevara a Juan. Me pregunto si te importaría...

—¡Antonio! —dijo Estefanía—. Estamos en el medio de nuestra clase!"

—Ay, déjala descansar —dijo Correa—. Es un minuto nada más.

—No me molesta —dijo Elisa, levantándose.

—Gracias, Elisa —dijo Correa.

—No, gracias, quiero decir, de nada —dijo Elisa, y salió de la habitación.

Correa se sentó junto a su esposa y examinó las cajas de encaje.

—Juan Rosa me preguntó si necesitaba ayuda en la casa —dijo, mirando el encaje.

—¿Ah, sí? Qué coincidencia —dijo Estefanía, tocando las bobinas—. Elisa me preguntó si le podía enseñar a hacer encajes.

—Una destreza útil.

—Oh sí. Y ayuda a pasar el tiempo.

—Sin duda. Dime, esposa, ¿dónde usas este tipo de encaje?

—Oh, lo usamos en todo tipo de cosas.

—¿Como por ejemplo?

—Ropa de bebé.

—Oh.

—Vestidos de novia.

—No me digas —dijo Correa—. ¿Recuerdas cuando teníamos esa edad?

—Oh, sí —dijo Estefanía.

—¡Pensamos que éramos tan listos! —dijo.

—Oh, nos las sabíamos todas en aquél entonces —dijo.

—Teníamos el mundo agarrado por la cola —dijo.

—Y, por supuesto, nuestros padres no sabían nada —dijo.

—Habían olvidado cómo vivir —dijo.

—No sabían nada sobre el amor —dijo.

—Pobres viejos —dijo.

—Pobres viejos —dijo.

Correa se volvió hacia su esposa.

—Dime, esposa, ¿crees que estos dos nos están ocultando algo?

Estefanía sonrió.

—¿Qué te hace pensar eso?

—No sé —dijo Correa con un suspiro—. Antes sabía mucho sobre el amor, pero parece que lo he olvidado todo.

—Eso es porque ahora eres un hombre viejo —dijo Estefanía, poniendo su cabeza sobre su hombro.

—Bueno, tengo treinta y siete años —dijo Correa.

—Pues yo todavía me acuerdo —dijo Estefanía.

—Muy bien —dijo Correa—. Entonces quizás puedas recordarme más tarde.

—Puedo hacerlo algo mejor que eso, esposo —dijo Estefanía.

—¿Cómo así?

—Puedo mostrarte.

## CAPÍTULO DIECINUEVE

Archivos de la Real Sociedad Imperial Histórica  
Del diario de Cornelius Barnabas Johnson  
A bordo del HMS Canterbury  
Al norte del Pasaje de la Mona,  
Al oeste de Puerto Rico

*Querida Anne,*

*Temía que no iba a vivir para escribir estas líneas. Ayer tuvimos un tiempo horrible—uno de los peores de mi vida. Cruzamos el Pasaje Mona, que conecta el Océano Atlántico con el Mar Caribe entre la isla de La Española y Porto Rico. Decir que el mar estaba agitado no comienza a describir la experiencia. Incluso los marineros experimentados estaban aterrorizados. Si no fuera un hombre cristiano, podría haber dicho que el mismo Diablo estaba agitando las aguas. Me temo que vomité cada comida que comí. Más de una vez podría haber jurado que la nave saltó por el aire entre una ola gigantesca y la siguiente. Si no hubiera sido por la mano de hierro del Capitán Scrum, solo Dios sabe lo que habría sucedido. Aún así, perdimos a dos hombres que las olas barrieron por la borda. Perdimos de vista a la Pines durante lo peor, pero la vimos de nuevo hoy con las primeras luces y parece estar en buena forma, alabado sea Dios.*

*Esta puede ser mi última nota antes de que veamos acción en Porto Rico, mi amor, pero estoy más seguro que nunca de que el Capitán Scrum nos llevará a una victoria rápida. Fue feroz durante la tormenta, inspirándonos a todos a luchar contra los elementos como si fueran algún tipo de monstruo marino. Ahora estamos cortando las olas como un cuchillo caliente por mantequilla.*

*Así será cuando nos enfrentemos a los españoles. Probarán nuestro plomo y nuestro acero y volveremos victoriosos de esta y nuestras otras aventuras. Pronto veré tu rostro sonriente una vez más y volverás a tomar a tu glorioso guerrero en tus brazos.*

*Debo parar aquí. Debemos prepararnos para irnos.*

*Fielmente tuyo,*

*Cornelius*

## CAPÍTULO VEINTE

Juan Rosa estaba a punto de darse por vencido e irse a casa cuando la vio. Su vestido parecía brillar a la tenue luz de la luna. Caminaba cuidadosamente debajo de los árboles, buscando raíces o irregularidades en el terreno que pudieran hacerla tropezar. Finalmente levantó la vista y lo vio, y lo saludó con una gran sonrisa en su rostro. Los jóvenes amantes se abrazaron.

—Tenía miedo de que no vinieras —dijo Juan.

—No estaba segura de que podría venir —dijo Elisa—. Entonces, cuando decidí salir, me di cuenta de que mi padre no estaba en casa. No suele salir tan temprano por la mañana, así que me preocupé. Esperé para ver si volvía, pero al final decidí venir a verte. Todavía no sé dónde está .

—No te preocupes —dijo Juan—. Probablemente esté con el teniente Correa y los demás, hablando de los ingleses.

—Espero que tengas razón —dijo Elisa—. Por otro lado, toda esta conversación sobre la guerra con los ingleses me preocupa. ¿De verdad crees que existe la posibilidad de que los ingleses vengan aquí?

—El teniente Correa parece estar seguro de eso, pero tu padre dice que no es probable. No sé quién tiene razón, pero puedo decirte que espero que se mantengan lejos de aquí.

—¿Por qué?

—Porque no estamos listos. Por eso el teniente está tratando de obtener refuerzos, o al menos conseguirnos algunos fusiles".

—Oh, Dios mío.

—Pero una cosa es segura —dijo Juan, acercando a Elisa—. Aquí no están.

Se besaron.

Elisa se separó de Juan, mirando a su alrededor.

—Alguien podría vernos —dijo.

—No hay nadie por kilómetros a la redonda —dijo Juan, besando su cuello.

—No, aquí no —dijo.

Tomó la mano de Juan y lo condujo a la espesura. Algo se movió en la oscuridad.

—¡Oh! —exclamó Elisa—. ¿Qué fue eso?

—No fue nada —dijo Juan, tratando de abrazar a Elisa.

—Tal vez esto no es buena idea —dijo Elisa—. Es una luna gibosa menguante.

—De nuevo con la luna. No tengas miedo —dijo Juan.

Se estaban besando y mirándose a través de los ojos entreabiertos a la luz moteada de la luna,

Elisa seguía caminando hacia atrás y Juan la seguía suavemente, cuando ella tropezó con una raíz. Se cayó de espaldas y Juan cayó encima de ella. Después de la sorpresa inicial, ambos se rieron, luego se besaron de nuevo, ahora más apasionadamente, sus cuerpos entrelazados en el suelo arenoso, su respiración más profunda, más rápida, sus caderas girando. Juan tiró de los cordones en la parte delantera del vestido de Elisa y puso la cabeza entre sus senos. Elisa gimió suavemente y giró la cabeza hacia el sonido de las olas. De repente, se sentó.

—¡Juan!

Juan levantó la vista, sorprendido.

—¿Qué es?

—¡Hay alguien ahí!

Elisa comenzó a atar los cordones de su vestido.

—¿Dónde? ¡No veo nada!

—Ahí —dijo, señalando—. ¡Mira!

Allí estaba. Un tenue destello de luz, justo en la playa.

—¿Qué es eso? —preguntó Elisa.

—No lo sé...

Podía ver el contorno de una figura oscura contra el cielo estrellado. Estaba sosteniendo algo en sus manos. Hubo un destello de luz.

Una lámpara oscura.

Un destello de luz vino del mar. Fue muy tenue. Luego otro. Una serie de destellos.

—¡Dios mío! —dijo Juan

—¿Qué es?

—Alguien está enviando señales al mar, ¡y alguien está enviando señales de vuelta!

—¿Qué significa eso?

—¡Los ingleses!

Elisa jadeó y se cubrió la boca con la mano. Juan miró hacia otro lado.

—¿Qué hacemos? —dijo Elisa, agarrándose del brazo de Juan.

—¡Espera! —dijo Juan— ¡Estoy pensando!

—¡Vámonos! ¡Vámonos de aquí! ¡Esto fue mala idea!

—Vete —dijo Juan—. Ve a buscar a tu padre.

—¡Pero él no está en casa!

—¡Entonces llama al teniente! Ve a su casa. Despiértalo.

—¡Ven conmigo!

—No —dijo Juan—. Yo me quedo.

—¡Ven conmigo! Me temo que—

—No te preocupes. Necesitamos a alguien que dé la alarma, pero no podemos dejar que este se vaya. Tengo que averiguar quién es.

—Pero puede ser peligroso!

Juan se volvió y la miró a los ojos.

—Tienes razón —dijo—. Puede ser peligroso. Es casi seguro que lo es, si está trabajando con los ingleses. Pero este es mi deber. Soy un miliciano. No puedo dejarte aquí sola y alertar a la

gente. Tengo que quedarme.

—Entonces me quedaré contigo.

—¿Y quién le va a avisar a nuestra gente lo que está pasando? Sabe Dios si los ingleses se están preparando para atacar. Necesitan saberlo.

Las lágrimas corrían por el rostro de Elisa.

—¡Por favor no me hagas ir! ¡Por favor!

De repente, la figura en la playa se dio la vuelta.

—¡Dios mío! —dijo Elisa—. ¡Nos oyó!

No podían distinguir sus rasgos, pero el hombre estaba muy quieto, mirando en su dirección. Lentamente, comenzó a caminar hacia ellos.

—¡Dios mío! ¡Dios mío! ¡Dios mío! —gritó Elisa.

—¡Dale! —dijo Juan— Yo lo distraigo. Después te alcanzo. ¡Vete!

Con esas palabras, salió de su escondite y avanzó hacia la figura oscura.

—¡No! —gritó Elisa, pero ya era demasiado tarde. La figura se detuvo, luego avanzó hacia Juan. Ella quería correr, quería gritar, pero no podía. Se sintió paralizada de miedo. Todo lo que podía hacer era mirar con los ojos como platos. Podía escuchar su corazón latir con fuerza en sus oídos. De repente estaba empapada en sudor.

*Esta fue una mala idea. Esta fue una mala idea. Esta fue una mala idea.*

Los hombres caminaron uno hacia el otro. Cuando estuvieron a una docena de pasos el uno del otro, se detuvieron. Se quedaron así por un momento, luego comenzaron a caminar nuevamente. Se detuvieron cara a cara. Hablaban, pero todo lo que Elisa podía oír era el sonido de las olas. Juan hizo un gesto hacia ella con el brazo. Ella no podía ver al otro hombre. Juan estaba en el medio y todavía estaba muy oscuro. Pero cuando miró más allá de los hombres, algo llamó su atención. Había otra silueta más lejos en el mar. No, dos de ellas. Dos naves.

Ella volvió a mirar a los hombres.

—¿Qué estás diciendo? —susurró Elisa—. ¿De qué estás hablando? Ay, Dios, fue una mala idea...

Entonces sucedió.

###

Bocachica cerró su lámpara oscura y se quedó quieto. Las olas rugían a sus pies. Cerró los ojos. *Nada. Solo el mar. Sin embargo, estaba seguro... ¡Ahí está!* Inclino la cabeza. *Sí. Voces Demasiado débil para entenderlas, pero...* Se dio la vuelta y miró los árboles y los arbustos. *Si me estaban mirando, me acabo de delatar.* Lentamente, bajó la lámpara. Quería sus manos libres. Luego comenzó a caminar hacia los árboles.

Un hombre salió del matorral. Bocachica se detuvo. No podía ver bien al hombre, pero podía ver de inmediato que era un hombre joven. Sus movimientos eran suaves y fluidos. Caminaba como un gato. Bocachica notó los hombros anchos, la cintura estrecha. Un hombre fuerte. Pero sus manos estaban vacías. Por otra parte, las manos de Bocachica también estaban vacías, por el momento. Se desabrochó el botón de su chaqueta y comenzó a caminar de nuevo. Podía sentir su



daga en su vaina de cuero contra la parte baja de su espalda.

*¿Tendré que matar a este hombre? Nunca he matado a un hombre antes. Nunca pensé que tendría que matar a nadie. Quizás no tenga que hacerlo. Tal vez pueda salir de esto. Házle un cuento. Estamos tan cerca ahora! Todo lo que tengo que hacer es alejarme. ¿Correr? ¿Pero y si me reconoció? Los ingleses se encargarán de él. Pero no puedo dejarlo ir. Alertará a los demás. No, no puedo correr. Descubre lo que vio. Quizás no vio nada. Solo un viejo paseando por la playa. No hay razón para alarmarse. Le voy a hacer un cuento. Pronto no importará. Solo un poco más de tiempo, eso es todo lo que necesito. Pero espera. Hay algo familiar sobre este hombre. Lo conozco. Oh...*

Se detuvo. El otro hombre también se detuvo.

—Juan —dijo Bocachica, casi para sí mismo—. Juan Rosa.

—Buenos días, señor Bocachica —dijo Juan.

Bocachica sabía lo suficiente como para tomar la iniciativa. *No esperes a que cuestione tu presencia aquí.*

—Qué sorpresa —dijo Bocachica—. ¿Qué haces aquí tan temprano en la mañana?

—Oh, estaba allí —dijo Juan, señalando con el brazo—. Estaba buscando jueyes.

—Nunca encontrarás jueyes allí, Juan. Tienes que acercarte al río.

—¿Ah, sí? Bueno, aprendemos algo nuevo todos los días".

—Ciertamente.

—¿Y qué está usted haciendo aquí? —dijo Juan—.

Bocachica se erizó.

*¡La insolencia de la juventud! Este cachorro, atreviéndose a hablarme a mí en ese tono! ¡Cuestionándome, a mí, sobre mis asuntos! Pero no te delates. Todavía puedes salir de esto.*

—Oh, no podía dormir, eso es todo —dijo Bocachica—. ¡Una aflicción de mi vejez, por desgracia!

—¿Y dónde está su lámpara?

La sonrisa desapareció de la cara de Bocachica.

*¡Oh, cómo desearía que no hubieras dicho eso!*

—¿Mi lámpara? —Puso los brazos en jarras, pensando en su daga—. ¿Qué lámpara?

De repente escuchó las dos palabras que menos quería escuchar en ese momento.

—¡Los ingleses!

Ambos hombres miraron. Más abajo en la playa, dos hombres saltaban de un bote de pesca y lo arrastraban hasta la arena seca.

—¡Los ingleses! —gritaban—. ¡Los ingleses!

Todo pareció ralentizarse. Juan Rosa se volvió y miró a Bocachica a los ojos. Bocachica se estremeció.

*Ya sabe. Puede que no estuviera seguro hace un momento, pero ahora lo está.*

Bocachica apartó el costado de su chaqueta y se llevó la mano a la parte baja de la espalda. Agarró el mango de la daga con una mano y agarró la camisa de Juan Rosa con la otra. Entonces sacó la daga y, en un movimiento circular, clavó la hoja hasta la empuñadura en las entrañas de Juan Rosa. Estaban tan cerca que podían oler el aliento del otro. Bocachica sintió una ira

primigenia dentro de mí. Gruñó, luego gritó cuando hundió la daga en el cuerpo de Juan Rosa una y otra vez. Sintió la sangre cálida en sus manos. Sintió que Juan le apretaba la muñeca con una mano y la con otra mano la garganta.

Las rodillas de Juan se doblaron y Bocachica cayó sobre él. Entonces oyó el grito. Una mujer gritaba en los árboles. Miró a su alrededor y vio a los pescadores correr hacia los arbustos. No podía ver a la mujer. Miró por encima de sus hombros y vio los botes ingleses. Estaban cerca. Miró la cara de Juan Rosa. Tenía los ojos abiertos, pero ya no estaba luchando. Miró detrás de él. Las olas se habían llevado su lámpara oscura. Deslizó su daga ensangrentada en su vaina. Se arrastró hasta el otro lado del cuerpo de Juan Rosa y rápidamente lo arrastró de regreso a los arbustos. Los botes ingleses estaban en la playa. Los hombres comenzaron a saltar a tierra. Uno de ellos lo notó, apuntó su fusil en su dirección y disparó. La bala golpeó la arena a sus pies.

Bocachica dejó caer el cuerpo y corrió.

## CAPÍTULO VEINTIUNO

Scrum saltó del bote y se paró con el agua hasta las rodillas, espada en mano.

—¡Alto al fuego! —el grito.

Sus hombres lo siguieron y arrastraron los botes hasta la arena.

—Estos imbéciles van a alertar a los españoles antes de podamos formarnos —se quejó en voz baja—. ¡Aseguren los botes!

Los hombres se aseguraron de que la marea entrante no alcanzara los botes.

—¡Formen filas!

Los hombres se formaron en dos filas, una frente a la otra. Todos iban vestidos con abrigos rojos. Todos sostenían sus fusiles. Sus espadas colgaban a sus lados. Había unos treinta hombres en total.

—Los pescadores nos vieron —dijo Scrum—. Están en camino de dar la alarma. No tenemos tiempo que perder. Tomemos este pueblo y hagámoslo rápido. ¡Levantaremos la bandera de la Reina sobre la alcaldía antes del almuerzo de hoy! ¡Y recuerden! ¡Quiero al comandante enemigo vivo! Vivo, ¿me oyen? ¡Quien lo mate se las verá conmigo!

—¡Sí, capitán! —respondieron sus hombres.

Entonces las campanas del pueblo comenzaron a sonar.

###

Correa saltó de la cama.

—¿Qué pasa? —preguntó Estefanía.

—Son los ingleses —dijo Correa—. ¡Tiene que ser!

—¡Dios mío! —gritó Estefanía, saliendo de la cama.

Correa orinó en la bacinilla (*¡Date prisa! ¡Date prisa!*). Se vistió, agarró su espada y su daga, y corrió a sus establos. El muchacho del establo también se había despertado con las campanas. Todavía estaba medio dormido, asegurando la silla de Centella. Tan pronto como vio venir al teniente, terminó el trabajo y dio un salto hacia atrás. Correa saltó sobre Centella y cabalgó hacia la plaza del pueblo. Al llegar, escuchó a la gente gritando.

—¡Vienen los ingleses! —decían—. ¡Vienen los ingleses! ¡Ya vienen los ingleses!

Los pescadores corrían por las calles de la ciudad, dando la alarma, mientras el padre Francisco seguía tirando de la cuerda y tocando las campanas. Serrano apareció a la vuelta de la

esquina, a caballo, con un fusil en la mano.

—¡Teniente! —él llamó.

—¿Dónde está el sargento Rodríguez?

Antes de que Serrano pudiera responder, Correa vio al sargento cabalgando hacia él con varios hombres.

—Estamos aquí, teniente! —dijo el sargento—. Llevaba un fusil sobre sus hombros.

*Dos fusiles, pensó Correa. Y los ingleses están aquí.*

—¿Dónde están el resto de los hombres? —preguntó Correa.

—¡Están de camino! ¡He enviado hombres por ellos!

La gente salía corriendo de sus hogares. Las mujeres, los niños y los ancianos corrieron hacia la iglesia.

—¿Dónde están los ingleses?

—¡No sabemos!

Correa se dirigió a la puerta de la iglesia.

—¿Dónde están? —gritó—. ¿Dónde están?

Uno de los pescadores corrió hacia él.

—¡Por allá! —dijo, señalando con el brazo—. ¡Acaban de llegar a la playa!

—¿Ya están en tierra?

—¡Sí, teniente! Remamos a la orilla tan pronto como los vimos. Enviaron dos botes llenos de hombres bien armados. Oímos a uno de ellos disparar un fusil .

—¿Cuántos?

—Dos o tres docenas, por lo que pude ver.

—¡Jesús, María y José!

Correa se santiguó y regresó a Serrano y Rodríguez, alrededor de los cuales se reunían más milicianos. Algunos habían venido con machetes, algunos con picas. Un par tenía azadas. Aparte de Correa, Serrano y Rodríguez, los otros iban a pie. Otros ciudadanos se unieron a la multitud.

—Que vengan los ingleses —gritó alguien desde atrás.

—Eso —gritó alguien más—. ¡A lo mejor estamos mejor con ellos!

—¡Cállate! —dijo alguien más.

—¡Tu madre! —llegó la respuesta.

Correa cabalgó entre la multitud. La gente se apartó frente a él. Todos hicieron silencio.

—Ciudadanos! —dijo Correa—. ¡Este es el momento que hemos estado esperando! Este es nuestro día! Hay extranjeros en nuestras costas ahora mismo, mientras hablamos. Vienen sin invitación y sin provocación. Conocemos sus intenciones.

—Sé que algunos de ustedes no están contentos con cómo están las cosas. No los culpo. Han visto a los pobres y a los hambrientos entre nosotros, mientras que otros se enriquecen. Has visto abusos. Has visto injusticias. Todos las hemos visto. ¡Yo también, incluso cuando día a día lucho para enderezar entuertos! Algunos de ustedes sienten que somos huérfanos, que la madre patria nos ha abandonado a un destino cruel e indiferente. Pero amigos míos, vecinos míos, hermanos míos, ¡escúchenme! Yo nací y crecí en esta ciudad. Algunos de ustedes me conocen desde que era niño. Conocen a mi esposa. Sus hijos conocen a mis hijos. Saben que no les voy a mentir. ¡Yo vivo y

muerdo por mi palabra y les digo que estos hombres que ahora vienen por sus pantalones a nuestras costas no son amigos nuestros!

—¡No se engañen ustedes mismos! ¡No permitan que algunos descontentos te engañen! No crean las mentiras que les dicen que somos flojos y débiles, mientras que ellos son trabajadores y fuertes. No creas las mentiras que les dicen que trabajaron por lo que tienen mientras vivimos pidiendo limosna. ¡No creas las mentiras que les dicen que merecemos ser conquistados! El enemigo quiere primero conquistar nuestras mentes, llenándolas de mentiras, para debilitarnos por dentro. Nos quieren hacer creer que deberíamos bajar la cabeza, avergonzados, mientras ellos levantan sus caras hacia el sol. ¿Pero quién los invitó aquí? No vienen para liberar, sino para esclavizar. No vienen a elevar, sino a oprimir. Vienen a destruir nuestros hogares. Vienen a profanar nuestra iglesia. ¡Vienen a pisotear nuestra fe y reemplazarla con la suya! ¡Vienen para acabar con nuestro hermoso idioma y obligarnos a hablar en el suyo! Vienen a tomar lo que es nuestro y quemar todo lo que no pueden llevar con ellos. Vienen a llevarse a nuestros hijos a pelear sus guerras por ellos. Vienen a imponernos sus costumbres y a deshonorar a nuestras esposas y nuestras hijas. ¡Vienen a quitarnos nuestra querida isla para usarla a su gusto! ¡Vienen a destruir todo por lo que hemos trabajado tan duro toda nuestra vida! Bueno, déjenme decirte algo! Esto no es más que una pequeña isla, pero es nuestra. Lo que tenemos aquí lo hemos construido a sudor y sangre. ¡Nos pertenece!

La multitud rugió.

—¿Vamos a dejar que se lo lleven?

—¡No! —gritó la multitud.

—¡No puedo oírlos! ¿Vamos a dejar que se lo lleven?

—¡No! —gritó la multitud.

—¡No! No vamos a permitirlo. Somos un pueblo pacífico y temeroso de Dios, pero defenderemos nuestros hogares y nuestras familias hasta la última gota de nuestra sangre en nombre de nuestro Dios y de nuestro Rey. ¡No tengan miedo! Nuestra causa es justa. ¡Dios está de nuestro lado!

La multitud vitoreó. Correa levantó su espada sobre su cabeza.

—¡Santiago! —gritó.

—Santiago! —gritaron sus hombres.

## CAPÍTULO VEINTIDÓS

Correa se encontró con los invasores en la playa. Los ingleses, con sus abrigos rojos brillantes y pantalones blancos, detuvieron su marcha y se formaron con elegancia. Incluso a distancia, le parecían a Correa mucho más altos que sus propios hombres. Desenvainó su espada y se dio cuenta de que estaba temblando.

—¡Santiago! —gritó Correa—. Los defensores atacaron.

La primera línea inglesa cayó sobre una rodilla y disparó. Cientos de pájaros despegaron de los árboles cercanos. Los hombres de Correa, sorprendidos, se dispersaron, buscando refugio. El caballo de Serrano cayó y Serrano saltó justo a tiempo para evitar quedar atrapado debajo del animal. Agarró su fusil y disparó, pero antes de que pudiera recargar la segunda línea inglesa dio un paso adelante. Mientras los otros hombres cargaban sus armas, los hombres que ahora estaban en el frente cayeron sobre una rodilla, apuntaron y dispararon. El sargento Rodríguez también perdió su caballo y cayó al suelo. Su mosquete cayó en la maleza. Los milicianos de Arecibo se dieron cuenta de que estaban demasiado lejos para ser efectivos con las armas que tenían. Miraron a Correa, que se daba cuenta de lo mismo. No había forma de acercarse sin quedar cosido a plumazos. Con dos caballos caídos, habían perdido la única ventaja que tenían contra los ingleses, que estaban a pie. Entonces los ingleses volvieron a disparar. Centella nunca había escuchado disparos. Fue demasiado. Se alzó sobre sus patas traseras y arrojó a Correa. El teniente se levantó, sin aliento, y vio a su caballo alejarse. Sentía el corazón en su garganta. Su cara estaba sonrojada. Se sintió abrumado por la confusión y la vergüenza.

—¡Retirada! —gritó.

Con las tropas españolas en desorden, los ingleses procedieron con fría eficiencia. La línea del frente cayó sobre una rodilla y disparó. Pedro de Alejandría, corriendo para proteger a Correa del enemigo, tropezó y cayó. Correa lo agarró del brazo y lo levantó. Mientras corrían para cubrirse, Correa sintió sangre tibia en su mano. Miró a su alrededor. La escena era un pandemonio. El sonido de los disparos era aturdidor. El olor a pólvora flotaba en el aire. El sargento Rodríguez estaba detrás de un árbol, sangrando por un corte en la frente. Ya no tenía su fusil. Serrano corría hacia el sargento. Los ingleses volvieron a disparar. Los hombres de Correa huían hacia unos manglares cercanos.

Los siguió.

## CAPÍTULO VEINTITRÉS

Archivos Históricos Nacionales de Puerto Rico  
Colección Memorial James Newton  
Carta de Mary Elizabeth Goldsworthy de Bocachica a Reinaldo Bocachica  
Fecha el 15 de agosto de 1692,  
Kingston, Jamaica  
SOLO PARA REFERENCIA. NO RETIRAR DE LOS ARCHIVOS

*Corazón mío,*

*Todos los barcos en Jamaica están confinados a puerto hasta que termine lo que ellos llaman la "enfermedad del baile". Está en todo Kingston ahora, y docenas parecen haberse muerto bailando. Es muy horrible. Ya es bastante malo que esta enfermedad les quite la vida, ¡pero hacerlo mientras se les obliga a bailar, como si estuvieran celebrando su propia muerte! Realmente es demasiado. Nos hemos refugiado en el interior y me mantengo alejada de la gente en la medida que puedo, pero debo abandonar Kingston lo antes posible.*

*Tengo una confesión que hacer. No iba a decírtelo, pero... Traté de salir de contrabando. ¡Por favor no te enojas conmigo! Tuve que intentarlo. ¡Ay, el rufián exigió un depósito altísimo y luego desapareció con mi dinero! Como resultado, mis fondos ahora están bastante bajos.*

*Apelé al cónsul español, quien me dijo que oficialmente no se permitía que ningún barco saliera de Jamaica, pero que podía hacer arreglos no oficiales, ¡por un precio! Como ya había perdido dinero tratando de irme, no podía pagar lo que él exigía. Luego insinuó que podríamos llegar a otro tipo de arreglo más personal. ¡El cerdo! Por supuesto, me negué a ceder ante sus avances, pero eso me deja varada aquí por ahora.*

*¿Hay alguien que conozcas que pueda llevarme en un barco? No me importa mucho el destino del barco en este momento. Todo lo que quiero hacer es alejarme de Kingston y de esta plaga. Voy a llegar a ti desde el fin del mundo, una vez que salga de este lugar.*

*Si logro subirme a un barco a través de mis propios esfuerzos aquí, ye escribiré tan pronto como pueda dejarte saber dónde estoy. ¡Oh! ¡Cómo me gustaría que estuvieras aquí! Tú sabrías qué hacer.*

*Tuya,*

*Elizabeth*



## CAPÍTULO VINTICUATRO

Las campanas aún sonaban cuando Bocachica entró a la iglesia. El lugar estaba lleno de mujeres, niños y los más viejos y frágiles de la ciudad. La gente hablaba, lloraba y rezaba en voz alta. La presencia de los demás le recordó su apariencia y se sacudió la arena de la ropa con las manos. Fue entonces cuando se dio cuenta de que su mano derecha estaba manchada de sangre, al igual que el puño de su camisa. También había manchas en su chaleco. Cerró su chaqueta para cubrirlos y se llevó la mano derecha al bolsillo. Sus botas estaban empapadas de agua de mar. Podía oír las chirriar mientras caminaba. ¿Podrían los demás oír las también? ¿Podrían oler el agua del mar? ¿Podrían oler la sangre? Había corrido a la iglesia y su cara estaba cubierta de sudor. Sacó su pañuelo, pero recordó la sangre. Cambió de manos y volvió a meter la mano en el bolsillo.

Ahora se sentía mareado, con náuseas.

*¿Qué he hecho? ¿Qué he hecho? He matado a un hombre. Nunca quise matarlo. Pensé que los ingleses se encargarían de todo eso. Pero no tuve opción. No tuve opción en absoluto. Era él o yo. Él o yo, eso es todo. Si no hubiera hecho lo que hice, me habría entregado al teniente. ¿Quién sabe? Con los ingleses en la playa, podría haberme matado allí mismo.*

*La sala está girando. ¿Por qué todo gira? ¿Por qué me siento tan enfermo de repente? No estoy herido. Son mis nervios. Deben ser mis nervios. Cálmate. A lo hecho, pecho. Actúa naturalmente. No te delates. Respira. Respira profundamente. No quieres vomitar en la iglesia. Respira, exhala, respira, exhala...*

De repente corrió hacia la puerta.

Vomitó en los escalones delanteros, apoyado contra la pared. Cuando terminó, se deslizó hacia abajo y se quedó agachado. Estaba empapado en sudor y sentía frío. Echó la cabeza hacia atrás y cerró los ojos.

No podía decir cuánto tiempo había pasado cuando sintió una mano sobre su hombro.

—¿Señor Bocachica?

Abrió los ojos.

—Doña Estefanía —dijo, luchando por ponerse de pie.

—Está pálido —dijo—. ¿Está enfermo?

—No, no —dijo—. Solo mis nervios, me temo. Me da vergüenza admitirlo.

—No se avergüence —dijo—. Todos estamos terriblemente nerviosos. Apenas puedo creer que esto esté sucediendo. ¿Están realmente los ingleses aquí?

—No sé más que usted, doña Estefanía, pero no tengo motivos para dudar del teniente. Si ha

llevado a sus hombres a la playa...

—No puedo soportar pensar en eso. Él estaba tan preocupado por esto, ¡y aquí están! Dijo que no estábamos listos, que necesitábamos más armas, más hombres. ¡Dios mío! ¿Por qué el gobernador no envió refuerzos?

—Todo eso está en el pasado ahora, Doña Estefanía. Ahora debemos encomendarnos a Dios.

—¡Y usted pensaba que no vendrían! ¡Dijo que las posibilidades de un ataque eran escasas!

—Parece que no podría haber estado más equivocado. Solo estaba tratando de ayudarlo a sentirse mejor. Ahora me da vergüenza no haber podido hacer más para ayudarlo a prepararse.

—Oh, no hable así —dijo—. Hizo todo lo que pudo, estoy seguro. Antonio te tiene en muy alta estima. ¡Dios mío! ¿Qué fue eso?

—Disparos —dijo Bocachica, sus ojos repentinamente perdidos en la distancia—. Los ingleses les están disparando.

Estefanía se persignó.

—¡Jesús, María y José, protégelos y ayúdalos! ¡Que tu mano sea su escudo sagrado! ¡Que no les ocurra daño! Envía a tu ejército de ángeles a luchar al lado de mi esposo y arroja a los ingleses al mar. ¡Deja que tu aliento sea el poderoso viento que lleve sus naves, lejos de aquí!

El padre Francisco salió y se les acercó.

—Entren, hijos míos. Será mejor que cerremos la puerta.

El trío entró en la iglesia y el sacerdote cerró la puerta detrás de ellos. A lo lejos, los sonidos de disparos continuaron.

Bocachica le ofreció a Estefanía su brazo y juntos encontraron un banco al fondo de la iglesia. Cuando se sentó, Bocachica sintió la daga entre la madera dura del banco y su espalda.

—¿Le importa si me quedo con usted mientras esperamos? —dijo Bocachica.

—Por el contrario —dijo Estefanía—. Me sentiría muy agradecida si se quedara conmigo. Dígame, ¿dónde está tu encantadora hija?

Bocachica miró a su alrededor.

—Estaba seguro de que la encontraría aquí —dijo—. Tal vez ella decidió esperarme en casa.

—¿No estaba usted en su casa?

—Oh, bueno, estaba dando un paseo matutino cuando las campanas empezaron a sonar.

—¡Dios mío! ¿Cree que ella está en su casa, sola?

Bocachica siguió mirando a su alrededor.

—Estaba seguro de que la encontraría aquí...

## CAPÍTULO VEINTICINCO

Elisa había corrido entre la maleza, rasgando su vestido y su piel con las ramas, perdiendo sus zapatos, perdiendo el camino, cayendo y volviendo a levantarse. Había corrido mientras sonaban las campanas, cortándose los pies en el terreno accidentado. En su desesperación, se había desorientado. No había visto a la figura oscura corriendo delante de ella en dirección a la ciudad. Finalmente se había derrumbado en el callejón detrás de la iglesia, vencida por el agotamiento, el dolor y el miedo.

Cayó al suelo y sollozó convulsivamente. Continuó escuchando las campanas sonando como si vinieran de otro mundo. Sintió a la gente corriendo, los caballos galopando y luego el silencio. Se dió la vuelta en el suelo, mirando el cielo de la mañana, las nubes blancas flotando sobre el azul, indiferente al destino humano. El tiempo pasó. Sintió que todo su mundo se había derrumbado a su alrededor.

Juan estaba muerto.

El hombre oscuro en la playa lo había apuñalado ante sus propios ojos. Ella misma lo había visto caer, el hombre oscuro todavía sobre él, despiadado. Los ingleses estaban atacando. Había visto sus barcos en el horizonte y sus botes en la playa. Había querido permanecer oculta, arrastrarse de regreso a Juan en caso de que todavía estuviera vivo, pero los hombres de las casacas rojas habían desembarcado en la playa y sabía que tenía que correr para salvar su vida. Incluso había escuchado un disparo mientras corría. ¿Le habían disparado? No sabía.

Había escuchado hombres, caballos y gritos de "¡Viva España!" Sin duda, el teniente Correa y sus hombres habían ido a encontrarse con los invasores. ¡Pero Juan había caído tan rápido! ¡El hermoso, fuerte, noble Juan, que parecía hecho de bronce! ¡Juan, con la sonrisa encantadora y los ojos que se iluminaban cuando la veía caminando por la calle! ¡Juan, que era tan confiado y valiente! ¡Juan, que parecía que viviría para siempre! Si lo habían matado tan fácilmente, ¿qué podría estar reservado para el resto de la ciudad? Y si estaba muerto, ¿a quién le importaban las guerras y las batallas? ¿A quién le importaba quién ganara, si ella ya había perdido? No, ya nada importaba. No podía sentir nada más que su pérdida, ese vacío cavernoso que se había abierto en su pecho.

Quería ver a su padre.

En todo el mundo, él era la única persona que podía darle refugio. Incluso si no supiera sobre Juan, incluso si no entendiera, incluso si no lo aprobara, la tomaría en sus brazos y le abriría su corazón. De eso estaba segura, porque él la amaba. Esta era una verdad absoluta en la vida de

Elisa. Esta era la única cosa con la que siempre podía contar después de que su madre había fallecido. El mundo podría ser impredecible e incluso cruel, pero su padre siempre había estado allí para ella. Él siempre había compartido sus pequeñas victorias y sus tristezas mientras crecía. Se había dedicado por completo a ella. Ella sabía en su corazón que ella era lo más importante en la vida de su padre. Y su padre era un buen hombre. Era un hombre amable, noble y generoso. Todos lo sabían. Todos en el pueblo lo querían, incluso el teniente Correa.

Sí, quería ver a su padre, pero en este momento apenas podía moverse. Incluso respirar era una carga. Se le ocurrió que si moría de pena allí mismo, podría no ser tan malo.

Entonces escuchó el sonido de disparos a lo lejos y supo que la batalla había empezado. Empezó a rezar.

*Ave María, gratia plena, Dominus tecum. Benedicta tu en mulieribus, y benedictus fructus ventris tui, Iesus. Sancta Maria, Mater Dei, ora pro nobis peccatoribus, nunc, et in hora mortis nostrae. Amén.*

Repitió la oración una y otra y otra vez, como el padre Francisco le decía que hiciera después de la confesión. Le daba tantos Padre Nuestros, tantas Avemarías, como penitencia por sus pecados. Había escuchado a las mujeres rezar de esa manera durante el funeral de su madre. Rezaban mientras los hombres se paraban en las esquinas en grupos de dos o tres, bebiendo chocolate caliente o fumando cigarrillos. Oraban mientras los hombres hablaban en voz baja sobre negocios o política, cualquier cosa en el mundo, cualquier cosa, Dios mío, excepto la muerte. Hablaban de cualquier cosa menos de lo único que importaba, la razón por la que estaban allí. La muerte.

*Ave María, gratia plena, Dominus tecum. Benedicta tu en mulieribus, y benedictus fructus ventris tui, Iesus. Sancta Maria, Mater Dei, ora pro nobis peccatoribus, nunc, et in hora mortis nostrae. Amén.*

La hora de nuestra muerte. ¿Cuántos morirían hoy, además de su amado, hermoso y tierno Juan? ¿Vendrían los ingleses a matarlos? Tal vez no tendría que morir de pena después de todo. Tal vez un inglés vendría y la atravesaría con su espada y, en lugar de dolor, sentiría alivio. Sentiría alivio al dejar un mundo tan absurdo, un valle de lágrimas. Luego se reuniría con su amado y su madre, después de tantos años. Toda su ciudad estaría en el cielo y no tendría que despedirse de nadie. Sí, sería mejor si vinieran los ingleses y los mataran a todos.

*Ave María, gratia plena, Dominus tecum. Benedicta tu en mulieribus, y benedictus fructus ventris tui, Iesus. Sancta Maria, Mater Dei, ora pro nobis peccatoribus, nunc, et in hora mortis nostrae. Amén.*

Tumbada en el suelo, dejó que sus lágrimas corrieran como lluvia. Continuó escuchando disparos en la distancia, luego un murmullo de oraciones, proveniente del interior de la iglesia. Sí, habían comenzado a rezar. Estaban rezando un Padre Nuestro. Rezaban por sus guerreros. Pedían el poder de Dios para ayudar a sus guerreros. Pero Elisa le rezaba a María.

*Ave María, gratia plena, Dominus tecum. Benedicta tu en mulieribus, y benedictus fructus ventris tui, Iesus. Sancta Maria, Mater Dei, ora pro nobis peccatoribus, nunc, et in hora mortis nostrae. Amén.*

Antes de darse cuenta, se había quedado dormida.



## CAPÍTULO VEINTISÉIS

—No podemos vencerlos —dijo Correa.

Serrano y Rodríguez se miraron. Estaban acurrucados junto con Correa, agazapados en el manglar. Pedro de Alejandría estaba apoyado contra una gran raíz. Uno de los hombres estaba vendando el brazo de Pedro con una tira de tela que había arrancado de su propia camisa. El resto de los hombres estaban cerca.

—¡Teniente! —dijo Serrano—. ¡Los hombres pueden oírlo!

—No podemos vencerlos —repitió Correa—. ¡Mira a tu alrededor! ¡Nos han puesto a correr! ¡Estaba tan equivocado! Pensé que tenía la situación bajo control. ¡Estaba tan seguro de que obtendríamos lo que necesitábamos! Pero atacaron demasiado pronto. Fueron demasiado rápidos.

—Todavía no nos han ganado, teniente —dijo Rodríguez—. Pedro está herido y nuestros caballos se han ido, pero la mayoría de nosotros todavía estamos en forma.

—No podemos acercarnos a ellos —dijo Correa—. No lo suficiente como para usar nuestras armas. Si nos acercamos, nos van a coser a tiros.

—No nos han seguido hasta aquí —dijo Serrano.

Correa miró hacia la orilla. Podía ver las casacas rojas a través de los espacios en el follaje. Los ingleses estaban parados allí, mirando en dirección a ellos.

—Podemos verlos a ellos —dijo Correa —pero no pueden vernos a nosotros. Las sombras nos ocultan de su vista. Tienen miedo de perseguirlos.

—Creen que nos han vencido —dijo Rodríguez.

—No se equivocan —dijo Correa—. Por ahora.

—No podemos escondernos aquí para siempre —dijo Rodríguez.

—No... —dijo Correa.

—Están empezando a moverse —dijo Serrano.

Los hombres miraron por entre el follaje. Los ingleses marchaban por el camino.

—Este pantano sigue el camino por un tramo —dijo Correa—. Caminemos.

Correa tomó la vanguardia, siguiendo a los ingleses mientras avanzaban por el terreno húmedo e irregular. Las raíces y ramas de los manglares le dificultaban el paso. A veces tenían que rodear los manglares más grandes. Los mosquitos los atacaban como una nube. Aún así, las casacas rojas les hacían fácil la localización del enemigo una y otra vez. Los hombres de Correa estaban sucios y sudorosos. Metió las manos en el agua salobre y se cubrió el rojo brillante de los puños de sus mangas. Serrano hizo lo mismo. Marchando al sol con sus brillantes uniformes y su bandera

ondeando en la brisa, los ingleses parecían fuertes y victoriosos. Correa y sus hombres parecían y se sentían como monos en el pantano, pero desde la distancia eran invisibles. A medida que los dos grupos avanzaban, Correa notó que se estaban acercando el uno al otro. Volvió a mirar a sus hombres. Señaló a uno que llevaba una pica. El hombre se apresuró hacia él y Correa le quitó la pica. De repente salió corriendo de la cubierta de los manglares. Los ingleses lo vieron y se detuvieron. El comandante enemigo gritó una orden y los casacas rojas se volvieron. Formaron dos líneas y la primera línea cayó sobre una rodilla. Correa levantó su pica y la arrojó con todas sus fuerzas. Los ingleses dispararon. Correa se tiró al suelo. Echó un vistazo a través de la maleza y vio que su pica no alcanzaba su objetivo. Los ingleses dieron un paso atrás y la segunda línea apuntó. Correa volvió corriendo al pantano. Los ingleses volvieron a disparar.

—¡No pueden pegarnos! —dijo Rodríguez—. No pueden vernos y parece que estamos al límite de su alcance. Le dieron a algunas ramas, pero eso es todo.

—Casi me dan a mí —dijo Correa—. Y no pude acercarme lo suficiente. Calculé mal. Me quedé corto. Esto no va a funcionar. Dios mío, recé para que estos hombres llegaran aquí y ahora nos van a matar a todos. Pronto van a llegar al pueblo. ¿Qué puedo hacer?

El oficial inglés gritó una orden y los abrigos rojos se alinearon en formación de marcha y continuaron su camino.

—¿Qué estoy haciendo? —murmuró Correa—. Es igual que con Ramírez...

—Con el debido respeto, señor —dijo Serrano —necesita controlarse.

###

—¿Pero, no ves? —dijo Correa—. No podemos escondernos aquí para siempre, y no podemos vencerlos. Tal vez debería considerar la rendición.

—¡Teniente! —dijo Serrano.

—Una rendición honorable —respondió Correa—. Negociaré los términos. Le pediré al comandante enemigo que me dé su palabra de que nuestra gente será bien tratada.

—¿Y confiar en su palabra? —dijo Serrano—. Este es Scrum. Es un carnicero. No se puede confiar en él.

—Scrum... —dijo Correa—. Había escuchado las historias. Todos habían escuchado las historias. Scrum, el carnicero, Scrum, el loco. Miró a sus hombres, cubiertos de barro hasta los tobillos, apartando mosquitos, mirándolo. Estaban asustados. Se preguntaban qué estaba pensando él. ¿Cómo podrían acercarse lo suficiente como para infligir algún daño al enemigo? ¿Se podría ganar esta batalla? ¿No sería mejor rendirse? Pero no podía confiar en la palabra de su enemigo. No podía estar seguro de que no los iban a poner contra el paredón si se rendían. Sin embargo, si atacaban, la mayoría de ellos quedarían muertos o mutilados. Estos hombres eran su responsabilidad. Habían puesto su fe en él, y él los había decepcionado.

—Calculé mal —dijo Correa—. Al igual que con Ramírez.

Rodríguez miró hacia otro lado.

Serrano tomó a Correa por el codo y lo apartó.

—Antonio...

Correa se volvió bruscamente y miró a Serrano a los ojos. Serrano nunca se había dirigido a él por su primer nombre mientras estaba de servicio.

—Teniente, debe dejar de sentir pena por usted mismo.

—¡Espérate un momento!

—No, teniente, escúcheme, señor. Lo siento, señor, pero ahora soy su mejor amigo en todo el mundo. Necesita sacar a Ramírez de su mente. Le está nublando el pensamiento. Sí, Ramírez está muerto, y entre usted y yo, fue culpa suya. Pero no ganamos nada al reflexionar sobre ese hecho. Las cosas pasan. En este momento nuestras vidas están en juego, y las vidas de todos los hombres, mujeres y niños en nuestro pueblo también. Y más que eso. Nuestro honor está en juego. Y desearía poder decir: "Hágase a un lado y yo me hago cargo", pero no puedo. No, no estoy listo. Ahora, hoy, necesitamos que piense claramente y encuentre una solución a esta situación. Tienen más hombres y mejores armas. Son más grandes y más fuertes que nosotros. No podemos acercarnos a ellos, y el tiempo se nos está acabando. Pero no puedo aceptar, me niego a aceptar, que este es el día en que morimos. ¡Me niego a aceptar que este es el día en que los ingleses toman nuestra ciudad, nuestras esposas y nuestras hijas! ¡No! Usted es nuestro líder. Es el guardián de Arecibo. ¡Encuentre una solución! ¡Piense, carajo!

Correa lo miró desconcertado, sosteniendo su espada con tanta fuerza que sus nudillos se pusieron blancos.

—Lo siento, señor —dijo Serrano.

Rodríguez se puso de espaldas a ellos, fingiendo que no había escuchado una palabra.

Correa se dio la vuelta y se alejó.

—Señor... —dijo Serrano.

Correa levantó la mano y se detuvo, todavía de espaldas a Serrano. Luego caminó hacia el borde del pantano. Se quedó allí un momento, mirando hacia el camino.

—Sargento Rodríguez —dijo.

—¡Sí señor! —dijo Rodríguez.

—Tome a la mitad de los hombres y cruce el camino —dijo Correa, de espaldas a sus hombres—. Y asegúrese de que no lo vean.

—Sí, señor —dijo Rodríguez, mirando a Serrano—. ¿Y entonces?

Correa se dio la vuelta.

—No podemos alcanzarlos donde están, pero ya pronto van a estar donde podamos alcanzarlos.



## CAPÍTULO VEINTISIETE

Archivos Históricos Nacionales de Puerto Rico  
Colección Memorial James Newton  
Carta de Mary Elizabeth Goldsworthy de Bocachica a Reinaldo Bocachica  
Fecha el 21 de agosto de 1692,  
Kingston, Jamaica

SOLO PARA REFERENCIA. NO RETIRAR DE LOS ARCHIVOS

*Corazón mío,*

*Traté de hablar con el cónsul nuevamente, esperando poder hacerle entrar en razón, pero su secretaria me dijo que estaba fuera. Más tarde escuché que el cónsul había huido de la ciudad a su casa de verano en las montañas. Nos han dejado solos. La enfermedad continúa propagándose y el número de muertes aumenta cada día. Cerré todas las puertas y ventanas y también todas las cortinas. La casa es como un horno durante el día, pero me da miedo dejar entrar el aire. Los criados se han ido.*

*Me paso los días orando y leyendo la Biblia y paseando por la casa. Miro por detrás de las cortinas y espero un milagro. Cada vez hay menos personas en la calle. Al principio, los bailarines se dejaban llevar por su familia o amigos mientras aún estaban vivos. Ahora la gente se escapa tan pronto como notan que alguien empieza a bailar. Una vez que la gente comenzó a caer muerta en las calles, el alcalde formó un equipo para recoger a los muertos y llevárselos. Por un tiempo fueron muy eficientes. Ahora los muertos se quedan donde caen, a veces hasta el día siguiente.*

*Algunos dicen que este es el fin del mundo. Hay un hombre que anda pidiendo a las personas que se arrepientan y prometiendo que si se unen a él estarán a salvo de la enfermedad. Lo vi pasar por la casa mientras me escondía detrás de las cortinas. Tenía una Biblia en la mano. La estaba agitando sobre su cabeza mientras hablaba. Había docenas de seguidores caminando detrás de él. Estaba diciendo que no hay enfermedad. Estaba diciendo que no era más que el ángel del Señor, que tocaba a aquellos que se rehusaban a arrepentirse y los volvía locos antes de terminar con sus vidas y enviarlos al fuego eterno. Decía que mientras amemos al Señor y nos arrepentimos de nuestros pecados, podremos caminar por la calle con seguridad. "¡Salgan! ¡Salgan!" decía. Dios me ayude, casi salí a unirme a él. Llegué hasta la*

*puerta, pero cuando la abrí estaba más abajo y solo pude ver a los últimos del grupo. Fue entonces cuando me di cuenta de que algunos de ellos se abrazaban a sí mismos, agarrados a sus propios brazos, dando pasos vacilantes, con una expresión de horror en sus rostros. Trataban con todas sus fuerzas, pero por más que trataban, no podían evitarlo. Estaban bailando.*

*Regresé a la casa y cerré la puerta. No la he abierto desde entonces. ¿Cuándo fue eso? No me acuerdo.*

*Recuerdo que el obispo pasó algún tiempo después, ¿o fue el día anterior? Tenía a sus monaguillos llevando una gran cruz de oro y haciendo girar sus incensarios, dejando una estela espiral de incienso al pasar. El obispo cantaba en latín. Había unas pocas personas detrás de él. Al menos eso creo. Caí de rodillas y recé. Rezo todo el tiempo, ahora.*

*Algunos dicen que fueron los esclavos negros quienes nos trajeron esta plaga, en venganza. Un grupo de hombres blancos linchó a varios esclavos en la plaza del pueblo. Colgaron a los esclavos de un árbol. Pero si es cierto que se trata de algún tipo de brujería africana, entonces ese linchamiento fue una muy mala idea. Las cosas solo han empeorado desde entonces. Dicen que incluso cuando los hombres blancos se dispersaron después del linchamiento, algunos comenzaron a tararear una canción. Luego comenzaron a bailar.*

*No sé cuántos días he estado aquí.*

*Camino y camino en círculos y subo y bajo las escaleras todo el día. No sé qué hacer. Tengo mucho miedo. Ayer me di cuenta de que había estado parada en el vestíbulo, meciéndome de un lado a otro desde no sé cuánto tiempo. Parecía que un momento había luz afuera y al siguiente estaba oscuro, y allí estaba yo, balanceándome de un lado a otro y abrazándome. Recordé cómo mi madre me mecía para dormirme, abrazándome y cantando canciones de cuna. A veces, cuando era mayor, si tenía una pesadilla, ella fingía que yo aún era pequeña y me abrazaba, me acunaba y cantaba una canción de cuna hasta que me sintiera mejor. Todavía recuerdo el olor a agua de rosas en su cuello, hace tantos años. Ahora siento que estoy viviendo en una pesadilla. Desearía que mi madre estuviera aquí para abrazarme, mecirme y cantarme como solía cantar...*

*Golden slumbers kiss your eyes,  
Smiles await you when you rise.  
Sleep, pretty baby, do not cry,  
And I will sing a lullaby.  
Cares you know not, therefore sleep,  
While over you a watch I'll keep,  
Sleep, pretty darling, do not cry,  
And I will sing a lullaby.*

*He tenido esa canción en mi cabeza todo el día. A veces empiezo a cantarla sin darme cuenta.*

*Golden slumbers kiss your eyes,  
Smiles await you when you rise.  
Sleep, pretty baby, do not cry,  
And I will sing a lullaby.*

*Me siento tan sola.*

[La carta está sin terminar. Fue encontrada entre las pertenencias personales de la Sra. Goldsworthy de Bocachica después de su desaparición en el 1692.]

## CAPÍTULO VEINTIOCHO

Rodríguez cruzó el camino después de que las tropas inglesas pasaron. Al otro lado, mantuvo a sus hombres escondidos detrás de los arbustos entre el camino y la playa. Los ingleses marchaban a un ritmo constante. Rodríguez y sus hombres corrían lo más rápido que podían, agachándose para mantenerse escondidos. Al otro lado del camino, Correa y sus hombres corrían a través del manglar, en la misma dirección. Los que más problemas tenían eran los hombres con las picas, golpeándose la frente con las ramas, tropezando con las raíces y cayendo en la salmuera. Un enjambre de mosquitos los seguía a cada paso del camino.

Los dos grupos se movían en paralelo a ambos lados del camino, pero no podían verse.

—Pero todo depende de poder trabajar juntos —había preguntado Rodríguez—. ¿Cómo vamos a hacer eso si no podemos vernos?

—Quien ataque primero hará que el enemigo dispare —había respondido Correa—. El otro tendrá que atacar lo más rápido posible después de eso. Confíe en sus instintos, sargento. Estoy poniendo mi vida en sus manos.

Si miraba hacia atrás mientras avanzaba por la orilla, Rodríguez podía ver los barcos ingleses en la playa a la luz de la luna. También podía ver los botes anclados. No podía distinguir a los marineros en cubierta. Se preguntó si eso significaba que los marineros ingleses no podían verlo a él ni a sus hombres. Se les acababa el tiempo.

Al otro lado del camino, Correa llegó al punto donde terminaban los manglares. Frente a él, la tierra se alzaba ligeramente. No había dónde esconderse después de este punto. A partir de ahí, estarían totalmente expuestos. Correa miró por encima de su hombro. Sus hombres se estaban reuniendo detrás de él. Desenvainó su espada, respiró hondo y dio un paso adelante.

Los hombres corrieron colina arriba, agachados y manteniéndose cerca del suelo. Agradecieron la fresca brisa que soplaba del mar y entrecerraron los ojos al sentir la luz del sol. Cuando se acercaban a la cima de la colina, Correa se dejó caer sobre la hierba y se arrastró sobre codos y rodillas. Sus hombres hicieron lo mismo detrás de él. En la parte superior, formaron una línea, algunos hombres a la izquierda de Correa, otros a su derecha. Correa avanzó y miró hacia el otro lado de la colina. La tierra formaba una empinada pendiente hacia el camino. No podía ver a Rodríguez ni a sus hombres, pero los ingleses estaban ante sus ojos.

*Ahora o nunca.*

Levantó su espada hacia el cielo. A su izquierda y derecha los hombres con las picas se levantaron y se prepararon a lanzar sus armas. Correa bajó la espada. Las picas volaron. Cortaron

el aire con un susurro hacia las casacas rojas.

Algunos ingleses vieron venir las picas al último segundo y saltaron del camino. Otros no fueron tan afortunados. Sus gritos cortaron el silencio y sorprendieron a los otros hombres, que corrieron desordenados.

—¡Santiago! —gritó Correa.

Bajó corriendo la empinada colina. Sus hombres lo siguieron. Los ingleses abrieron fuego de una vez, pero de una manera tan caótica que no lograron alcanzar ninguno de sus objetivos. De repente, los milicianos estaban sobre ellos y no tenían fuego de cobertura para recargar. Sacaron sus espadas.

## CAPÍTULO VEINTINUEVE

Los grupos se enfrentaron.

Correa condujo a sus hombres cuesta abajo por la empinada cuesta. Estaba aterrorizado. Rugía con todas sus fuerzas, pero estos no eran los contrabandistas y piratas con los que estaba acostumbrado a luchar. Estos eran soldados ingleses endurecidos por la batalla. Eran hombres enormes y musculosos. Todos los ejercicios, todo el entrenamiento al que se había sometido, toda su experiencia parecía toparse con una pared de ladrillos. Luchó con una furia y un miedo ciegos. Sentía que su corazón explotaría de su pecho. A su alrededor, sus hombres atacaban a los ingleses, pero los hombres de las casacas rojas los bloqueaban y evadían sus estocadas. Correa se dio cuenta de que después de la sorpresa inicial, los ingleses habían logrado reagruparse muy rápidamente. Ahora estaban poniendo a los milicianos a la defensiva.

—¡Sargento Rodríguez! —gritó Correa, tratando de hacerse oír por el estruendo.

—¡Eres mío! —rugió un hombre, señalando a Correa con su espada—. Era un oficial inglés.

*¡Scrum!*

Correa se abalanzó sobre él, pero el hombre era feroz. Sintió que el inglés lo cortaba una y otra vez. Por más que lo intentaba, no podía alcanzarlo. Era como luchar contra un demonio.

*Siempre te cortan en una pelea de espadas. Los cortes no importan. Solo no dejes que te atraviese.*

Las espadas y las dagas se abalanzaron y se estrellaron a su alrededor. Un grupo de casacas rojas flanqueó a los milicianos por la izquierda.

—¡Atentos! —dijo Correa.

Scrum se rió con una alegría loca.

—¡Sargento Rodríguez! —gritó Correa otra vez, mirando los arbustos al otro lado del camino.

*¿Dónde está?*

Otro grupo maniobró alrededor de los hombres de Correa. Luchando con todo su corazón para mantener a Scrum atrás, Correa miró a su alrededor. Los milicianos estaban rodeados y superados en número. El círculo comenzó a cerrarse.

*¡Ay, Señor querido, si este es mi momento, bendice mi pueblo! ¡Salva a mis hombres!*

###

—¡Santiago! —gritó una voz.

Correa miró por encima del hombro de Scrum.

Los milicianos salieron corriendo de los arbustos. Los ingleses miraron sobre sus hombros, sorprendidos. Rodríguez atravesó a un hombre con su espada. Pedro de Alejandría sacó sangre a izquierda y derecha. Scrum se dio la vuelta y clavó su espada en el pecho de Pedro. Correa se abalanzó sobre Scrum, quien se hizo a un lado y le cortó la espalda a Rodríguez. Dos milicianos se acercaron para cerrar la brecha y ayudar a Rodríguez a ponerse de pie. Pedro tropezó y cayó de espaldas, tosiendo sangre. Scrum giró, espada en mano, como un bailarín loco, pero sus hombres, atrapados entre los dos grupos de milicianos, no pudieron aguantar. Sus gritos llenaron el aire. La mitad de ellos logró retirarse por a los arbustos y llegar a la playa.

—¡Aguanten! —gritó Scrum—. ¡Maten a estos cerdos!

Estaba luchando contra Correa y otros dos hombres a la vez. Nadie podía alcanzarlo. Sus hombres ya se dirigían a los botes. De repente, Correa se lanzó y con un movimiento de muñeca logró arrebatar la espada de la mano de Scrum. Scrum se agachó. Agarró un puñado de arena y la arrojó a la cara de los hombres.

—¡Agárrenlo! —gritó Correa, cegado.

Para cuando logró aclarar sus ojos, Scrum había desaparecido.

—¿Dónde está? —gritó. ¡Agárrenlo! ¡Agarren a Scrum!

Mientras los milicianos perseguían a los ingleses por la arena caliente, Correa tuvo una visión. Un majestuoso caballo oscuro con careta y patas blancas salió corriendo a la playa. Correa parpadeó para sacarse la arena de los ojos. Todo estaba borroso. Pero el caballo no era un espejismo.

*¡Centella!*

Correa corrió hacia él. Corrieron los dos por las arenas doradas, uno al lado del otro hasta que Correa saltó a la silla sin romper el paso. Sus hombres vitorearon. Correa evantó su espada ensangrentada en el aire.

—¡Santiago! —gritó.

—¡Santiago! —rugieron sus hombres.

Correa se adelantó, cortando con su espada a diestra y siniestra y derribando soldados enemigos mientras avanzaba. Había cuerpos por todos lados. La arena iba bebiéndose la sangre. La mayoría de los soldados enemigos restantes estaban en sus botes, mirando hacia atrás en pleno pánico y remando tan rápido como podían. Correa entró al mar.

Serrano corrió tras él. Una bala dio en el suelo a sus pies. Se detuvo y miró hacia el sonido del disparo. Un hombre salió corriendo con una pica en la mano. Serrano saltó fuera del camino pero el hombre giró. El eje de la pica golpeó su cabeza y lo derribó. De espaldas, miró hacia arriba y vio a Scrum parado sobre él. Se había quitado la casaca roja y llevaba la camisa de otro sobre la suya. En la confusión, parecía un miliciano. Cuando Scrum bajó la pica para atravesarlo, Serrano se apartó.

—¡Scrum! —gritó—. ¡Agárrenlo!

Tres hombres acudieron en ayuda de Serrano. Scrum giró la pica y los derribó a todos. Tomó una espada de un casaca roja caído y corrió hacia el agua.

Correa atacó el bote más cercano. Había seis hombres a bordo. Al ver venir a Correa, cinco

de ellos saltaron al agua. El otro se levantó y disparó su fusil. Correa sintió como si lo hubieran golpeado en el hombro con un garrote. Hundió su espada en el pecho del hombre. El hombre se fue por la borda con todo y espada. El mar se los tragó a los dos.

De repente, Scrum se levantó del agua y saltó al bote. La cara del capitán inglés estaba manchada de sangre. Mostró los dientes y señaló a Correa.

—Te lo dije —dijo, espada en mano—. Eres mío.

—¡Teniente!

Correa se volvió hacia el sonido de la voz. Serrano, con el agua hasta el pecho, le lanzó una pica. Correa extendió la mano, la atrapó en el aire y la hundió con todas sus fuerzas en el vientre de su enemigo.

Fijado contra el fondo del bote, Scrum dejó caer su espada y agarró la pica. Afianzándose con las piernas, sacó la pica y la dejó caer por la borda. Luego se levantó y miró a Correa, que ahora tenía las manos vacías. El teniente intentó alejarse del bote, pero no podía controlar a su caballo entre las olas. Scrum sonrió. Sus dientes estaban rojos. Se balanceó en el bote. Con una mueca, se inclinó y recogió su espada.

—¡Campesino! —dijo.

Una gran ola golpeó a Correa por detrás y lo envió volando por los aires. Aterrizó en el bote. El dolor en su hombro era insoportable. Por un momento quedó paralizado. Scrum rugió y se abalanzó sobre él, pero el bote se balanceaba y se retorció en las olas, y falló. Se giró y trató de usar su espada, pero perdió el equilibrio. Correa sacó la daga del cinturón, pero no podía acercarse lo suficiente como para usarla. Una y otra vez Scrum golpeó a Correa, cortándolo una y otra vez, pero el mar siguió moviendo el bote y Correa lograba evadirlo. Correa se sentía como un ratón atrapado en el bote con un gato. De repente, Scrum se abalanzó sobre Correa nuevamente y perdió el equilibrio.

Correa dio un paso al frente y le clavó la daga en el pecho.

Scrum lo miró, sorprendido.

—Vaya —susurró Scrum—. Esto es nuevo.

Correa lo abrazó y lo sostuvo hasta que dejó de moverse. Lo miró a la cara. La luz se había apagado en sus ojos. Sacó su daga y dejó caer el cuerpo.

Se sentó y miró a su alrededor. Sus hombres habían tomado el otro bote. Podía ver un solitario casaca roja nadando lejos. Otros milicianos nadaron hasta Correa. Uno por uno se subieron a su bote. Se sentaron mirando a Correa y goteando agua de mar alrededor del cuerpo inerte de Scrum. Correa estaba recuperando el aliento. Finalmente sintió el hedor asqueroso de la muerte en el bote. Scrum les había hecho su última ofensa. Había vaciado sus intestinos.

—Tiren esa basura por la borda —dijo Correa.

Dos hombres se pusieron de pie y agarraron al capitán inglés por las muñecas y los tobillos. El cielo aún estaba oscuro, pero Correa podía ver las siluetas de los hombres contra un horizonte más claro. Los hombres balancearon el cuerpo una vez, dos veces y estaban a punto de enviarlo a volar cuando Correa levantó la mano.

—¡Esperen! —él dijo.

Los hombres se detuvieron.



—Bueno, no se quedan ahí parados —dijo Correa—. Suéltelos, suéltelos.

Lo hicieron.

—¿Tenemos ganchos de escalar?

Los hombres se miraron el uno al otro. Todos sacudieron la cabeza.

Entonces uno de ellos levantó la mano.

—¿Sí? —preguntó Correa.

—Puedo hacer unos —dijo.

—¿Cómo?

—Puedo amarrar las puntas de algunas picas —dijo el hombre—. Hay muchas picas en la playa. Las puntas tienen un espolón por el lado. Ese sería el gancho. Nunca van a ser tan buenos como los de verdad, pero...

Correa consideró esto.

—¿Qué tan rápido puedes hacer eso?

—No sé. ¿Cuándo los necesita?

Correa lo miró a los ojos.

—Ahora.

## CAPÍTULO TREINTA

Los remeros mantenían la cabeza abajo y remaban. Los dos botes se movían rápidamente en la oscuridad. Nadie hablaba. Todos los hombres a bordo llevaban sombreros de tres picos y casacas rojas. Todos tenían fusiles ingleses, cargados y listos para disparar. Los barcos ingleses se veían delante de ellos, masas oscuras contra un cielo estrellado.

*Un poco más cerca...*

—Ajoy! —llamó una voz—. ¡Ahoy en el barco!

*¿Qué demonios...?*

Había un hombre en el agua. Estaba delante de los barcos. Estaba casi lo suficientemente cerca del barco más grande para trepar por el costado, si alguien le tiraba una cuerda.

—¡Ajoy en el barco!

Hubo movimiento en la cubierta. Algunos hombres gritaron entre ellos. Alguien llegó a la barandilla con algo voluminoso sobre sus hombros. Dejó caer una escalera de sogas. El hombre en el agua nadó hacia el barco y comenzó a subir. Más voces. Los botes se acercaron.

*Un poco más...*

El hombre siguió subiendo la escalera. Los hombres en cubierta estaban mirando a los botes que se acercaban. Parecían indiferentes. Los hombres en los botes vestían uniformes ingleses, después de todo. El hombre en la escalera de sogas estaba hablando con los hombres en la cubierta. Entonces uno de los hombres señaló los botes. El hombre que subía la escalera se detuvo y se dio la vuelta. De repente, estaba gritando y señalando en dirección a los barcos.

El teniente Correa se puso de pie.

—¡Ahora!

La mitad de los hombres en un bote levantaron sus armas y abrieron fuego. Gritos de dolor vinieron de la nave. El hombre de la escalera se quedó quieto.

Mientras el primer grupo en el bote recargaba sus fusiles, la mitad de los hombres en el otro bote abrieron fuego. En el barco, los hombres cayeron de los flechastes. El segundo grupo en el primer bote abrió fuego. Los hombres en el barco gritaban órdenes. Los hombres corrieron a sus estaciones de batalla. Los cañones del barco abrieron fuego. El mar explotó detrás de los botes. Los remeros remaron con todas sus fuerzas. Los cañones dispararon nuevamente, pero nuevamente dieron en el mar detrás de los botes.

—¡No pueden darnos! —gritó Correa—. Estamos demasiado cerca!

Un hombre se puso de pie en cada bote. Cada hombre comenzó a girar un gancho improvisado.

Entonces lanzaron los ganchos volando hacia el barco. Tiraron de las cuerdas y comenzaron a subir por el costado del barco. Más ganchos salieron volando. En ambos barcos, los hombres seguían disparando a la cubierta, cada grupo por turnos.

En el barco, los hombres trepaban por los flechastes. Las botavaras se movieron. Las velas ondearon y se llenaron. Los barcos comenzaron a girar. Arriba, los marineros ingleses cortaron las sogas atadas a los ganchos de agarre. Los milicianos cayeron al mar. Los ingleses cortaron la soga a su ancla. Los hombres en los botes seguían disparando.

—¡Alto el fuego! —dijo Correa.

No había duda. Los barcos se iban. El hombre en la escalera de soga todavía estaba a medio camino del barco, gritando a los hombres en la cubierta y agarrándose con todas sus fuerzas.

Los hombres de Correa vitorearon. Los hombres que habían caído al mar comenzaron a nadar de regreso a los botes.

El teniente miró al horizonte. El cielo se estaba volviendo azul.

—Saludos a la reina Anne —dijo.

Pero el trabajo del día aún no había terminado.

###

Los hombres arrastraron el bote hasta la arena seca y Correa desembarcó. De repente estaba exhausto. Ahora podía sentir cada moretón, cada corte, y especialmente el dolor ardiente en su hombro. Serrano corrió hacia él.

—Teniente, debe dejar que el médico vea esa herida —dijo.

—Esa podría ser una buena idea —dijo Correa. ¿Qué le pasó a tu mano?

—Una bala —dijo Serrano. Su mano estaba envuelta en un vendaje ensangrentado.

Correa puso su mano sobre el hombro de Serrano.

—Me salvaste la vida.

—Salvó usted nuestro pueblo —dijo Serrano.

—Nunca podría haberlo hecho sin ti, amigo mío.

Los dos hombres se miraron a los ojos por un segundo. Entonces Serrano miró a su alrededor. La playa estaba llena de muertos. Los milicianos iban de un cadáver al otro, recogiendo espadas, dagas y cinturones. Algunos le estaban quitando a los muertos las botas y uno que otro anillo. Todos llevaban los sombreros ingleses de tres picos y las casacas rojas. A pesar de la brisa marina, todo el lugar olía a muerte.

—Parece que tenemos las armas que quería usted", dijo Serrano. "Un montón de pólvora y municiones también.

—Haga una lista de todo —dijo Correa—. Y que los hombres entierren a los muertos.

—Sí, señor —dijo Serrano—. Perdimos a Pedro de Alejandría.

Correa miró las olas.

—Lo siento —dijo—. Hablaré con su familia hoy.

—Sí señor.

—Ah, y si los hombres quieren ir a celebrar nuestra victoria en el burdel, le agradezco

amablemente que les informe que no pagaré por toda la compañía.

Serrano miró hacia abajo para ocultar su sonrisa.

—No, señor —dijo—. Creo que aprendieron esa lección la última vez.

—Y asegúrese que Jacinta también lo sepa.

—¿Jacinta?

—La Madama, Nico. ¿No sabes su nombre?

—No señor. Siempre me dirijo a ella como "Madama", señor.

—Por supuesto —dijo Correa—. ¿Alguna otra víctima de nuestro lado?

—El sargento Rodríguez y algunos otros recibirán algunos puntos, señor, como usted.

—Lo que tú digas va a misa, amigo mío.

—Sí, señor.

—Me voy a sentar por un minuto.

Serrano saludó y volvió a su trabajo.

Correa encontró a Centella parado a la sombra debajo de algunos árboles. Tomó la cabeza del animal entre sus manos y lo besó en la frente, inhalando su aroma único.

—Gracias, amigo mío —dijo—. Me alegra verte vivo.

Dio la vuelta al lado del caballo y alcanzó el pomo de la silla de montar. La punzada de dolor lo paró en seco. Respiró hondo y, apretando los dientes, trató de montar el caballo. No podía levantar su propio peso. Todo giraba a su alrededor. Sintió frío.

—Tengo una idea —le dijo a Centella—. Vamos a dar un paseo a pie.

Guiando a Centella por las riendas, vio algo brillar en la maleza. Se detuvo y entrecerró los ojos. Después de un momento, tiró suavemente de las riendas. Se movió en dirección al lugar donde había visto el brillo. Cuando estuvo más cerca, se preguntó si había sido un truco de la luz. Todo lo que podía ver eran ramas, hojas, raíces y arena.

El zumbido de las moscas lo alcanzó antes de que las viera. Examinó la arena a su alrededor a la azulada luz de la mañana. Había huellas por toda la playa, pero ninguna conducía a este lugar. Lo que había sucedido aquí, había sucedido antes de la batalla.

Lenta y dolorosamente, se agachó y miró entre la maleza. Las moscas caminaban sobre los ojos entreabiertos del joven. Entraban y salían de su boca y sus oídos. Formaban un hervor sobre la mancha negra en su abdomen. Parecía haber miles de ellas, negras, brillantes e inquietas. El olor era horrible. Correa sintió una oleada de náuseas y se dio la vuelta. Cuando lo hizo, algo llamó su atención. Estaba medio enterrado en la arena, cubierto de sangre. Tomó una hoja del arbusto frente a él y la aplastó en su mano. Luego se tapó la nariz con la mano y aspiró el aroma limpio y verde de la hoja. Sintió que las náuseas se desvanecían. Extendió la mano y tiró del objeto por su cadena de plata. Giró lentamente en una dirección, luego en otra, con destellos plateados y rojos.

Miró al mar. Los barcos navegaban lejos. Pronto comenzarían a desvanecerse contra el horizonte azul. Contra viento y marea, había repelido a un enemigo terrible.

Ahora sabía que tenía otro.

## CAPÍTULO TREINTA Y UNO

Archivos Históricos Nacionales de Puerto Rico  
Colección Memorial James Newton  
De Don Carlos Manuel Caballero Lugo, Cónsul español en Jamaica, a Reinaldo Bocachica.  
Con fecha del 31 de agosto de 1692,  
Kingston, Jamaica

SOLO PARA REFERENCIA. NO DEBE SER RETIRADO DE LOS ARCHIVOS

*Estimado señor Bocachica,*

*Lamento informarle que su señora esposa, Mary Elizabeth Goldsworthy de Bocachica, ha fallecido. Nuestros registros muestran que fue víctima de la enfermedad que ha devastado nuestra ciudad y sus alrededores en las últimas semanas. Dada la gran cantidad de muertes en un período de tiempo tan breve, le hemos dado a los restos de su señora esposa un entierro cristiano temporal mientras esperamos sus instrucciones. Si me permite decirlo, tenemos un hermoso cementerio en las afueras de la ciudad donde su esposa podría encontrar un lugar de descanso más digno y permanente. Se encuentra en una colina con una maravillosa vista del océano. Adjunto información adicional.*

*Por favor, acepte mis más sinceras condolencias. Que encuentre usted consuelo en la paz de Jesucristo Nuestro Señor.*

*Respetuosamente,*

*Carlos Manuel Caballero Lugo  
Cónsul español*

## CAPÍTULO TREINTA Y DOS

Archivos de la Real Sociedad Imperial Histórica  
Del diario de Cornelius Barnabas Johnson  
A bordo del HMS Canterbury  
Al Noroeste de Puerto Rico

*Querida Anne,*

*Escribo estas líneas como el único sobreviviente de la fuerza de desembarco.*

*Nuestro ataque inicial fue un éxito. ¡Obligamos al enemigo a esconderse en la maleza, pero esta victoria fue, por desgracia, de corta duración! Mientras avanzábamos hacia el pueblo, los españoles, poco más que salvajes, armados con picas y machetes, nos tendieron una cobarde emboscada. El enemigo solo había fingido una retirada. El Capitán Scrum luchó valientemente, pero nos forzaron a replegarnos a la playa, donde mataron a la mayoría de mis compañeros. El resto de nosotros regresamos a nuestros botes. El comandante enemigo condujo su caballo al agua y llegó a uno de los ellos, donde mató al Capitán Scrum, pillándolo contra el bote con una pica como si fuera una polilla en una caja de colección.*

*Intenté remar hasta Canterbury pero, con el enemigo acercándose a mí, salté por la borda. Estaban tan contentos de capturar el bote que me dejaron ir. Finalmente llegué a la nave, exhausto, solo para encontrar que el enemigo había tomado las embarcaciones y se estaba acercando a la nave. Incluso se habían disfrazado con nuestros sombreros y casacas. Al principio, los hombres en el Canterbury pensaron que eran de los nuestros, pero tan pronto como los vi, dí la alarma.*

*¡Entonces el enemigo intentó abordar el Canterbury!*

*La idea misma suena ridícula mientras escribo estas palabras, y sin embargo, casi lo lograron. Si no lo hubiera visto yo mismo, no lo habría creído.*

*Al final, Sir William, después de haber disparado nuestros cañones varias veces, dio la vuelta al barco mientras yo subía a bordo y huyó. Huimos de una banda de campesinos españoles para evitar que abordaran nuestro barco. La mayoría de ellos ni siquiera tenía sus propios uniformes.*

*Ahora nos dirigimos al Pasaje de la Mona.*

*Nunca me he sentido más avergonzado en mi vida.*

*Cornelius*

## CAPÍTULO TREINTA Y TRES

Elisa se despertó. Caía una ligera llovizna, aunque solo había unas pocas nubes en el cielo y podía sentir el sol en su rostro. Las sombras a su alrededor se veían claramente delineadas. Por la calidad de la luz se dio cuenta que habían pasado algunas horas.

Durante el primer segundo o dos estuvo desorientada, preguntándose dónde estaría. Entonces lo recordó y su corazón se volvió pesado una vez más. Se sentó y sintió que la tristeza la inundaba como una ola, como si estuviera sentada en una roca en la playa. El mismo chapoteo repentino, la misma sensación de frío, y luego las lágrimas corriendo libremente por su rostro. Se cubrió la cara con las manos y sollozó.

—¿Niña?

Elisa levantó la vista. Era el padre Francisco, de pie en la boca del callejón. Elisa se secó rápidamente la cara con las manos y se levantó.

—Lo siento, padre —dijo—. ¿Qué pasó? ¿Están los ingleses aquí? ¿Se han ido? ¿Sabe algo? Los ingleses mataron a Juan Rosa. Yo...lo vi suceder... Un hombre, no sé quién era, en la playa...

El sacerdote se acercó a ella y la tomó en sus brazos. Ella apoyó la cabeza sobre su hombro y volvió a llorar, sollozando violentamente hasta que pudo volver a hablar.

—Lo siento...

—Tonterías, hija —dijo el sacerdote—. No es necesario disculparse por tener un corazón. Lamento lo de tu joven, pero te tengo buenas noticias. Nuestro valiente teniente Correa y sus hombres han vencido a los ingleses, que ya van huyendo. Nuestro pueblo está a salvo.

—¡Ay, gloria a Dios!

—Amén —dijo el sacerdote.

—¿Y mi padre? ¿Lo ha visto?

—Sí, lo vi —dijo el sacerdote—. Estaba en la iglesia con otros vecinos mayores y las mujeres y los niños. Se han ido ya. Me imagino que tu padre se ha ido a casa.

—¡Ay, gracias a Dios!

“Pero oye, ven a la iglesia por un momento y lávate la cara. Toma un vaso de agua. Parece que tuviste una experiencia horrible esta mañana.”

—Me encantaría, padre, pero ahora solo quiero ir a casa y ver a mi padre. Una vez que esté en casa, me doy un baño y me cambio este vestido. No quiero volver a usarlo nunca más. No lo soporto. Creo que le voy a pegar fuego.

—No tomes decisiones apresuradas, Elisa —dijo el sacerdote—. Ve a casa con tu padre y



descansa un poco. Pero si decides que ya no quieres el vestido, es mucho mejor que me lo traigas. Me aseguraré de dárselo a alguien menos afortunado.

—Ay, no, padre —dijo Elisa—. Yo no le doy este vestido a nadie más. Eso sería cruel. Carga demasiada tristeza.

El sacerdote le apartó el pelo de la cara con su vieja y regordeta mano.

—Ay, niña —dijo—. Lo siento mucho. Anda. Ve a casa y habla con tu padre. Y por favor, dale mis saludos.

—Gracias, padre —dijo.

Salió del callejón y vio que las calles estaban llenas de gente. Hombres y mujeres estaban parados en sus puertas o asomándose por las ventanas. Otros estaban reunidos en pequeños grupos, en los escalones de la iglesia, a la sombra de los árboles en la plaza del pueblo. Entonces vio algo que le provocó un escalofrío en la espalda. Hombres con casacas rojas y con sombreros de tres picos conversaban y se reían en la esquina. Más estaban sentados en un banco. Aún más hablando con algunas personas del pueblo. Entonces se dio cuenta de que conocía a los hombres de las casacas rojas. Eran milicianos. Entendió. Caminó aturdida por la calle y pasó junto a los hombres de las casacas rojas. Pensó en Juan Rosa. También habría llevado una casaca roja hoy, si hubiera vivido.

Aceleró el paso con las lágrimas corriéndole por sus mejillas y con un nuevo sentido de propósito. Tenía que descubrir la identidad del hombre que había matado a Juan Rosa. Esa era su misión en la vida ahora. El primer paso era hablar con su padre. Él sabría qué hacer. Hablarían con el teniente Correa y atraparían al monstruo que le había quitado al dulce Juan. Lo vería en la horca.

—Lo veré en la horca, mi amor —dijo mientras caminaba. El viento le revolvió el pelo. Levantó la barbilla.

—Te lo prometo —dijo—. No me rendiré, mientras me quede viva. Lo veré en la horca y le dejaremos su cuerpo a los buitres.

Más de una cabeza se volvió mientras pasaba, diciendo estas cosas en voz alta.

—Se pondrá negro al sol y se hinchará y explotará y los gusanos se comerán su carne.

Más cabezas giraban.

—No descansaré hasta que esté hecho —dijo—. No descansaré hasta que esté muerto.

Los rostros a su alrededor mostraban expresiones de felicidad, de alivio. Estaban celebrando una gran victoria. Habían ganado la batalla. Habían salvado al pueblo. Las madres abrazaban a sus hijos. Las mujeres besaban a sus novios. Los amigos caminaron del brazo. Incluso los perros callejeros brincaban, meneando la cola y jadeando, con la lengua colgando. A Elisa, todo esto le parecía mal. Parecía injusto que fueran tan felices, volviendo a sus propias vidas, mientras ella sentía ese vacío en su pecho. Ella quería gritarles. ¿No saben que está muerto? ¿No saben que tengo el corazón roto? ¿No saben que todos deberían detenerse y estar tristes conmigo? ¿No saben nada?

Quería decir estas cosas, pero no lo hizo. Caminó por calles familiares, recordando una conversación en este rincón, un toque debajo de ese árbol, una mirada. Cosas que nunca volvería a tener. Dobló una esquina y vio a otro joven con una casaca roja y su corazón dio un vuelco, pero

no era él. Sintió el dolor en su pecho otra vez.

—Supongo que mi mente comenzará a jugarme ese truco ahora —murmuró para sí misma—. Me pregunto cuánto tiempo durará.

Tres caballos pasaron junto a ella. Era el teniente Correa con dos milicianos.

## CAPÍTULO TREINTA Y CUATRO

Bocachica estaba en su escritorio.

Tomó el cuerno de pólvora y vertió la pólvora por el cañón de la pistola. Luego puso el taco de lino en el barril, seguido de la bola de plomo. Deslizando la baqueta de su soporte, empujó la bola de plomo y la apretó contra el taco de lino. Devolvió la baqueta a su lugar. Luego, levantó el rastrillo y cargó la cazoleta con la pólvora finamente molida. Luego cerró el rastrillo y levantó el martillo.

Fue entonces cuando escuchó que alguien llamaba a su puerta.

Metió la pistola en el cajón del escritorio y caminó hacia el vestíbulo. Los golpes comenzaron de nuevo, esta vez con más fuerza.

—¡Ya voy! ¡Ya voy! —dijo Bocachica.

Abrió la puerta con un gesto impaciente y se detuvo.

—Buenas tardes, Reinaldo —dijo Correa—. Traje un poco de vino. Se lo debía de nuestro almuerzo el otro día.

Correa se había cambiado de ropa, pero su rostro y manos mostraban las cicatrices de la batalla y su brazo izquierdo estaba en un cabestrillo. Le entregó a Bocachica la botella de vino y entró sin esperar a que lo invitara.

—Buenas tardes, teniente —dijo Bocachica, apartándose. Echó un vistazo afuera mientras cerraba la puerta. ¿Había visto una sombra agachándose a la vuelta de la esquina?

—Pero, por supuesto, sabe que no me debe nada.

—No traje copas —dijo Correa.

—Por aquí, por favor, teniente —dijo Bocachica mientras conducía a su estudio—. Felicitaciones, por cierto! Una gran victoria, aunque escuché que se llevó usted un tiro.

—Mi primera vez, pero el médico dice que viviré", dijo Correa, mirando alrededor de la habitación. Ante él había un viejo escritorio. Había una silla alta detrás del escritorio y una corta delante. Junto a estos había un viejo sofá y un pequeño armario. Había varias estanterías de pie contra la pared. La luz dorada de la tarde entraba por las ventanas. Había una alfombra vieja en el piso.

Bocachica dejó la botella sobre el escritorio y tomó dos copas de vino grandes del armario. Abrió el cajón del escritorio y vio la pistola. Metió la mano en el cajón y sacó un sacacorchos. Dejó el cajón abierto.

—Por favor, teniente —dijo—. Siéntese.

Correa se sentó al otro lado del escritorio. Bocachica se paró detrás del escritorio y descorchó la botella. Llenó los vasos y le ofreció uno a Correa. Correa lo tomó y se echó hacia atrás, haciendo una mueca de dolor.

—Recuperamos treinta y dos mosquetes —dijo Correa—. Y mucha pólvora, municiones y equipo. Cuernos de pólvora, veinticuatro buenas espadas inglesas y veinte dagas. Artículos de calidad. Ah, y también encontré esto.

El teniente dejó el vaso. Se metió la mano en el bolsillo del chaleco y arrojó un objeto de metal sobre el escritorio. Se deslizó sobre la superficie barnizada. El objeto era una esfera plateada aplanada. Estaba grabado en un patrón intrincado que ahora estaba incrustado con sangre. Bocachica se tocó el costado a la altura del bolsillo del chaleco. Fue un reflejo. Cuando se dio cuenta de lo que había hecho, ya era demasiado tarde. Se sentó.

—¿Lo has visto antes? —preguntó Correa.

Bocachica miró el reloj de bolsillo. Su mente estaba corriendo.

—¿Dónde encontró eso?

—Lo encontré no lejos del cadáver de Juan Rosa —dijo Correa—. El cadáver estaba medio oculto entre algunos arbustos. Parece que quien lo escondió allí tenía prisa.

Bocachica miró a Correa en silencio.

—¿Tenías prisa, Reinaldo?

—No fue nada personal —dijo Bocachica—. Me caía bastante bien el joven.

—Tiene una forma extraña de expresar afecto.

Bocachica se encogió de hombros.

—Se trata de tu esposa, ¿no? —dijo Correa.

—En parte. España mató a mi esposa.

—La enfermedad mató a tu esposa.

—El cónsul español podría haberla salvado.

—El cónsul está muerto.

—Murió en paz, en su cama. Pero como dije, eso es solo una parte —dijo Bocachica—. Mire a su alrededor. Hay pobreza y hambre en todas partes. España ha abandonado a esta isla. Para el Rey somos una roca olvidada de Dios en un mar lejano. No somos nada, somos menos que nada. Bueno, tal vez no podamos ser un país por nuestra cuenta, pero estaríamos mucho mejor con los ingleses. ¿Pero por qué me molestó en hablar con usted? Nunca lo entendería.

—No. Tiene razón. Nunca lo entenderé.

—¿Ahora qué?

Correa suspiró.

—Ahora, una de dos cosas va a suceder.

—Dígame, por favor.

—La primera opción es arrestarlo por traición y asesinato —dijo Correa—. Habrá un juicio público. Todos sabrán lo que hizo. Lo colgaremos de una palma de coco. Dejaremos que las aves y los perros se deleiten con su cadáver. La corona se quedará con su casa y todas tus pertenencias. Su hija acabará en la calle, sin plata, deshonrada y humillada. Ningún hombre en este pueblo la tomará por esposa, no siendo la hija de un traidor. Por supuesto, Juan Rosa lo habría hecho. Juan

Rosa se habría casado con ella a pesar de todo, pero tuvo que arruinar eso también.

—¿Juan Rosa? —dijo Bocachica.

—No lo sabía, ¿verdad?

—Oh...

—Ni siquiera me importa que haya arruinado su propia vida. Nos traicionó y se merece lo que le pase. Pero también arruinó la vida de Elisa. Ni siquiera se detuvo a pensar en lo que esto podría significar para ella si perdía.

—No contaba con perder. Una banda de agricultores y comerciantes contra tropas inglesas bien armadas y experimentadas. ¿Quién hubiera apostado a ti?

—Yo.

—Pues mira que listo eres.

—Pero le apostó al caballo equivocado, y ahora su hija va a pagar la apuesta. Tremendo padre resultó ser.

—¡Usted no sabe nada al respecto! Yo crié a esa niña todos estos años desde que perdimos a su madre. Sólo éramos nosotros dos. Lloramos juntos. Secamos nuestras lágrimas juntos. Reconstruimos nuestras vidas juntos. Día tras día, nos consolamos mutuamente. Ella soñaba con un futuro brillante. Yo soñaba la con venganza. Pensé que podría obtener ambas cosas. Nada podría haber compensado la pérdida de su madre, pero yo quería darle el mundo.

—Y ahora le ha dado cenizas.

Bocachica miró hacia otro lado. Correa pensó que vio lágrimas brotando de sus ojos.

—Teniente —dijo Bocachica.

—¿Sí?

—Mencionó que ocurriría una de dos cosas. Tengo curiosidad por la opción número dos.

—La opción número dos es —dijo Correa, empujando su vaso sobre la mesa, "se toma usted el vino.

Bocachica le dirigió a Correa una mirada curiosa, pero de pronto entendió. Se recostó en la silla y miró la botella de vino.

—Belladona —dijo Correa—. Es dulce. Hay suficiente en un vaso para terminar con todos sus problemas.

Bocachica suspiró.

—¿Y Elisa?

—Estefanía y yo la cuidaremos. Le prometo que la trataré como una de las mías.

—¿Pero por qué? ¿Por qué haría esto por mí?

—No lo estoy haciendo por usted, so desgraciado. Le estoy ofreciendo esta opción para ella. Por Elisa. Porque ella no merece pagar por los pecados de su padre.

—¿Alguien más lo sabe?

—Nadie. Todavía.

—¿No le ha dicho a nadie?

—A nadie en absoluto.

—¿Y por qué está tan seguro de que no lo voy a matar aquí, ahora mismo, antes de que puedas compartir su secreto?

—Eche un pie al bote —dijo Correa.

Los hombres se miraron por un momento. Bocachica pensó en la pistola en el cajón. Correa estaba herido. Sus reflejos estarían lentos. Pero si Bocachica fallaba, tendría que ser juzgado. Y Elisa perdería más que a su padre. Elisa era la rehén de Correa. Estaba atrapado. Bocachica bajó los ojos hacia su vaso y asintió.

—Sabe —dijo Correa —dicen que si se arrepiente, Dios le escuchará, incluso en el momento de la muerte. A los hombres les resultará difícil perdonarle por lo que hizo, pero todavía está a tiempo de pedirle a Dios Todopoderoso su perdón, que está más allá de nuestro entendimiento. Arrepiéntase ahora. Arrepiéntase cuando se beba el vino. Arrepiéntase cuando vea la muerte venir, pero arrepiéntase, Reinaldo. Todavía está a tiempo de salvar su alma inmortal.

—Quizás tenga razón —dijo Bocachica—. ¿Puedo pedirle un último favor?

Correa esperó.

—¿Puedo tener un momento solo? Me gustaría rezar.

Correa se puso de pie.

—Dejaré guardias delante y detrás. Tienen órdenes de dispararle a la vista, con sus nuevos mosquetes ingleses.

—Los guardias no serán necesarios.

—Los dejo igual.

Correa se dirigió hacia la puerta.

—Teniente —dijo Bocachica.

Correa se detuvo y se volvió.

—Sí la cuidará, ¿no es cierto?

La expresión de Correa se suavizó.

—Tiene mi palabra.

—Gracias —dijo Bocachica.

Correa se dio media vuelta y se fue.

En el momento en que se cerró la puerta, Bocachica se puso de pie. No había tiempo que perder.

## CAPÍTULO TREINTA Y CINCO

El joven miliciano saludó a Correa cuando pasó, poniendo la cachá de su fusil en el suelo. Cuando el teniente se fue, volvió a tomar su arma con ambas manos. Volvió a pasearse de un lado a otro frente a la puerta. Nunca había disparado un fusil antes de esa semana. El sargento Rodríguez le había enseñado cómo y había disparado una bala al tocón de un árbol muerto. Ahora su arma estaba lista para disparar. Sabía de quién era esta casa, todos lo sabían. No entendía por qué el teniente le había ordenado que disparara al hombre si salía de la casa, pero era miembro de la milicia, y las órdenes eran órdenes.

Incluso si sus órdenes eran dispararle a Reinaldo Bocachica si salía de su propia casa.

Entonces miró calle abajo y vio un problema de camino. Se detuvo frente a la puerta y esperó.

Elisa caminó hacia la puerta. Su cabello estaba despeinado. Su vestido estaba arrugado y sucio y su cara estaba hinchada. Estaba descalza y cojeando. El miliciano bloqueó su camino.

—No se puedes entrar allí —dijo.

—¿Qué quieres decir con que no puedo entrar? —ella dijo.

—Tengo órdenes.

—¿Tienes órdenes de no dejarme entrar en mi propia casa?

—Bueno, no exactamente, pero—

—¿Cuál es tu nombre?

—Carlos Alberto.

—Carlos Alberto, ¿qué?

—Martínez. Carlos Alberto Martínez.

—Carlos, ¿sabes quién soy?

—Sí.

—¿Quién soy?

—Tú eres Elisa. Eres la novia de Juan Rosa.

—Así es. ¿Y sabes lo que le pasó a Juan Rosa hoy?

—Los ingleses lo mataron.

—¡Los ingleses lo mataron! O alguien que trabajaba para los ingleses lo mató. ¡Y tuve que correr para salvar mi vida! No he visto a mi padre en todo el día. Entonces, ahora quiero irme a casa y llorar en mi propia cama, ¿y me estás diciendo que no puedo entrar a mi propia casa? ¿Dice quién?

—Bueno, el teniente dijo...

—¿El teniente Correa? ¡No lo creo! ¡Ve a buscarlo!

—No puedo dejar mi puesto.

—Vas a tener que dejar tu puesto si me arrestas. ¿Me vas a arrestar? ¿Por tratar de entrar en mi propia casa?

—Mira, Elisa, yo no sé toda la historia. Solo estoy siguiendo órdenes, pero no creo que debas entrar allí.

—¿Por qué no? ¡Es mi propia casa!

—¿Por qué no vas a hablar con el teniente? Dile que te explique...

—¿Dónde está mi padre?

—Está dentro.

—Entonces para allá es que voy. ¡Voy a hablar con él y que él me explique esta tontería!

—Creo que esa es una mala idea.

—¿Qué?

De repente estaba de vuelta en la playa. *Esto fue mala idea. Esto fue mala idea...*

—Dije—

—¡No importa! ¡Salte del medio!

—Elisa.

—¡Muévete! —le gritó en la cara y lo golpeó en el pecho y en los brazos mientras él los levantaba para bloquear sus golpes. Elisa lo golpeó y lloró hasta que se agotó. Entonces se apoyó en su pecho y sollozó.

Después de un momento se recompuso y dio un paso atrás. Tenía los ojos rojos y la cara húmeda de lágrimas. Se enderezó.

—Por favor, apártate —dijo.

El joven miliciano suspiró y se hizo a un lado.

—Esta es una mala idea —dijo.

Elisa respiró hondo, dio un paso adelante y abrió la puerta.



## CAPÍTULO TREINTA Y SEIS

Bocachica deslizó su silla a un lado y retiró la alfombra detrás de su escritorio. Agarró el viejo anillo de hierro oxidado y abrió la trampilla. Entró en la abertura, extendió la mano y cerró la puerta. Se había ido en cinco segundos.

*Arrepiéntete, dice. Salva tu alma inmortal. Oh, mi querido teniente. ¿Eres un niño! ¿No te has dado cuenta? Dios no existe. Si existiera, mi Elizabeth estaría aquí, a mi lado.*

Correa había dejado guardias delante y detrás de la casa, una táctica predecible. Bocachica se había preparado hacía mucho tiempo para tal eventualidad. Él mismo había cortado la trampilla en el piso años antes (tres pueden guardar un secreto si dos están muertos), y había preparado su ruta de salida. Se arrastró sobre los codos y las rodillas por el rancio espacio hasta llegar al ojo de buey al costado de la casa. Con cuidado, lentamente, agarró la rejilla y la levantó de los dos clavos oxidadas que la mantenían en su lugar. La puso en el suelo. Limpió las telarañas y asomó la cabeza primero, mirando a izquierda y derecha. No había nadie alrededor. Luego se arrastró, primero los codos, luego las rodillas, y lentamente se levantó entre la casa y el seto. El seto era más alto que él. Nadie podía verlo desde la calle. Se quedó allí por un momento, escuchando por si oía pasos o voces. No oyó nada. La abertura entre los arbustos era estrecha. Tenía que ser así, para evitar llamar la atención. Lo había mantenido abierto a lo largo de los años, podando él mismo. (Tres pueden guardar un secreto si dos están muertos). Bocachica tuvo que caminar de lado lentamente para evitar hacer demasiado ruido. *Paso a paso, paso a paso...*

De repente oyó un zumbido.

Sus ojos se abrieron aterrorizados. Los avispones habían construido su colmena a la altura de los ojos. Sintió el dolor punzante de los primeros agujones en la mejilla antes de que pudiera cubrirse la cara. El resto vino sobre sus manos, sobre sus orejas, sobre su cuello, sobre su cuero cabelludo. Apretó los dientes y siguió moviéndose, pero no demasiado rápido, por miedo a delatarse. El zumbido era enloquecedor. Una vez que sintió que estaba fuera del seto, aceleró el paso. Se inclinó y caminó con las manos sobre la cara, mirando a través de los espacios entre sus dedos. Se detuvo al otro lado de un almendro y dio manotazos desesperado al aire hasta que los avispones desaparecieron. Su ojo derecho estaba cerrado por la hinchazón. Sentía la cabeza y las manos como si estuvieran en llamas. Apoyó la espalda contra el grueso tronco del árbol y respiró lenta y profundamente. Estaba temblando de dolor. Luego se aventuró a mirar hacia la casa para asegurarse de que nadie lo hubiera notado. Todo tranquilo. Ahora seguiría caminando y cruzaría el jardín de su vecino y—*pero espera*. Volvió a mirar a su casa. ¿Había visto algo? A través de la

ventana de su estudio notó un cambio en la luz. Alguien había abierto la puerta de entrada. Correa! Tenía que ser Correa. Había regresado para asegurarse de que había cumplido. Tendría que correr.

*¡Pero espera! No es Correa. Es una mujer. ¿Quién...? ¡Es Elisa!*

*Dios mío.*

*El vino.*

Comenzó a caminar de regreso y se detuvo. Si regresaba, se arriesgaba a ser capturado. Había tenido suerte al salir, pero los guardias podrían notarlo ahora. Y además, estaban los avispones. No había forma de evitarlos. Había sacudido la colmena. Podía ver las alimañas viciosas pululando en una gran nube junto al seto. Por otro lado, si él no volvía, Elisa podría beber el vino. ¿O no? Nunca la había visto beber vino. Quizás no se lo bebería. Quizás.

Se inclinó y corrió hacia la casa. Cuando llegó al seto, se cubrió la cara con las manos. Los avispones atacaron de nuevo. El dolor fue cegador. Se arrodilló contra el costado de la casa y se arrastró por el ojo de buey. Dio manotazos a los avispones mientras se arrastraba debajo de la casa, hacia la trampilla, retorciéndose de dolor. Los pequeños demonios eran persistentes. Volvían a picarlo una y otra vez. Cuando llegó a la puerta, empujó. Nada.

*¿Qué? Oh! Ella está de pie en la puerta!*

Bocachica se volvió y se puso a cuatro patas, apoyándose contra la puerta y empujó. La puerta cedió brevemente y cayó sobre él. Empujó de nuevo con todas sus fuerzas y la puerta se abrió. Se levantó por la abertura en una nube de avispones. Vio a Elisa caer de espaldas en su silla y luego al suelo. Escuchó un cristal romperse. Su ojo izquierdo también estaba hinchado, y apenas podía ver. Elisa se sentó y lo vio.

—¡Dios mío!

—¡Shh! —dijo Bocachica, saliendo del piso y arrastrándose—. ¡Te van a oír!

Sus labios estaban hinchados. Se le hacía difícil hablar.

—¿Qué te pasó?

—¿Bebiste el vino?

—¡Tu cara!

—¡Dime que no te bebiste el vino!

—¡Mataron a Juan Rosa!

—Elisa! ¡Escúchame!

—¡Los ingleses mataron a Juan Rosa!

Vio una copa de vino rota. Con los ojos hinchados, no podía ver si había vino derramado en el suelo. Sin pensarlo, barrió el suelo con las manos, esperando sentir el vino. Fragmentos de vidrio le cortaron los dedos, pero sintió una ola de alegría. Había vino en el suelo.

—¿Me oíste? —dijo Elisa—. ¿Me estás escuchando?

Elisa lo agarró del brazo. Bocachica se volvió hacia el escritorio. La botella todavía estaba allí. Se puso de pie, Elisa se aferró a él. De repente Bocachica se sintió frío como el hielo.

La otra copa de vino estaba vacía.

—¡Oh no, no, no, no, no, no!

Se volvió hacia Elisa y la agarró por los hombros.

—¡El vino! —gritó.

—¿Qué es? —Elisa gritó.

—¿Lo bebiste?

—¡Sí! Sí, lo bebí! ¿Qué te pasa? ¿Qué es...oh!

Se agarró la cabeza y pareció perder el equilibrio.

—Me siento desmayar...

En un instante, Bocachica vio pasar ante sus ojos toda su vida desde el nacimiento de su hija. Sintió como si se estuviera cayendo desde una gran altura. No podía respirar. Todo lo que podía ver era el rostro de su hija. El resto de la habitación desapareció. Todo parecía estar sucediendo muy lentamente. Jadeó y se volvió hacia la puerta, gritando.

—¡No! ¡Auxilio! ¡Ayúdenme por favor! ¡Socorros

Salió corriendo por la puerta.

El joven miliciano se dio la vuelta, mosquete en mano. Ni siquiera apuntó. Más tarde, el informe oficial diría que estaba siguiendo órdenes. La verdad es que estaba tan sorprendido al ver la cara desfigurada de Bocachica que agarró su arma con tanta fuerza que apretó el gatillo. El ojo izquierdo de Bocachica desapareció y la parte posterior de su cabeza explotó. Estaba muerto antes de tocar el suelo.

Elisa tardó un poco más.

## CAPÍTULO TREINTA Y SIETE

El fuego ardía alto y brillante en la playa. Las llamas crepitaban y estallaban contra un fondo musical de coquíes, grillos y alguien tocando una guitarra. Pequeños grupos de gente del pueblo paseaban mientras una gruesa columna de humo oscurecía las estrellas en el cielo y mantenía alejados a los mosquitos. Correa y Serrano estaban parados uno al lado del otro, uniformados, con sus sombreros de tres picos puestos. Ambos hombres tenían un brazo en un cabestrillo.

—Bueno, lo hiciste —dijo Serrano—. Tal como dijiste que lo ibas a hacer.

—¿Qué cosa?

—Hiciste una hoguera con sus naves.

Correa lo miró y luego volvió a mirar el fuego. Se encogió de hombros.

—Sus barcos se escaparon. Estos son solo sus botes.

—Eso es casi lo mismo, señor —dijo Serrano.

Correa lo pensó.

—Sí, supongo que tienes razón —dijo.

—Lástima lo de la muchacha —dijo Serrano.

—Sí —dijo Correa—. Ese fue un precio muy alto.

—No fue culpa suya.

—¿No?

—Si Bocachica hubiera hecho lo correcto, si hubiera aceptado la oportunidad que le dio de hacer tomar una salida honorable, esa muchacha estaría viva hoy —dijo Serrano.

—A veces es difícil imaginarse las consecuencias de nuestras acciones —dijo Correa—. Ponemos algo en marcha y se nos va de las manos.

—Bocachica nunca me cayó bien —dijo Serrano —pero estoy seguro de que no tenía la intención de que la niña saliera lastimada. Murió tratando de salvarla.

—Si tan solo yo hubiera pensado en...

—No se puede pensar en todo, señor. Lo acaba de decir usted mismo.

Correa asintió con la cabeza.

—Eso también es cierto.

—Por cierto, he querido preguntarle algo —dijo Serrano.

—Bocachica va para el cementerio de indigentes —dijo Correa—. Voy a poner a Elisa en una tumba al lado de la de su madre. Esa muchacha merecía un mejor padre que el que tuvo.

—Hay algo más. Suena horrible No quiero hablar mal de los muertos, pero... ¿Cómo sabes que

ella no era cómplice de su padre?

Correa suspiró.

—Eso me he preguntado yo. Puede ser. Quizá sí, quizá no. No sé, y ahora nunca lo vamos a saber. Prefiero creer que no. Pura como un manantial de montaña, era la joven Elisa. ¿Quién me va a decir otra cosa?

Serrano se encogió de hombros.

—Yo no.

—Ahí está —dijo Correa—. La pena enloqueció al padre. La hija fue una inocente víctima de las circunstancias. Fin de la historia.

Estefanía salió de las sombras y tomó el brazo de su esposo. Estaba temblando.

—Hola, esposo —dijo ella.

—¿Tienes frío? —Correa preguntó.

—Por eso me acerqué al fuego —dijo—. Buenas noches, Nico.

Serrano le hizo una reverencia.

—Probablemente asciendan a su esposo a capitán de infantería por esto —dijo Serrano—. Ciertamente merece una medalla.

—También pueden hacerte capitán a ti, amigo mío —dijo Correa —y darte un comando propio. Por mi parte, voy a preparar un informe elogiando tus acciones en el campo de batalla el día de hoy.

—Les enseñamos una lección que no van a olvidar pronto.

—Sí —dijo Correa—. Sí, ganamos, ¿no?

Serrano lo miró. La luz del fuego jugaba con las sombras en la cara del teniente.

—Oh, no me malinterpretes —dijo Correa—. Me alegra que hayamos ganado. Ciertamente es mejor que la alternativa. Es solo que esto no es exactamente lo que esperaba. Las acciones policiales contra salteadores y contrabandistas son una cosa. Esto fue diferente. Pensé que me sentiría más *victorioso*. En cambio, estoy más aliviado. Aliviado y un poco triste. O tal vez solo estoy cansado.

—Creo que esa es la sabiduría que habla, esposo mío —dijo Estefanía.

—¿Sabiduría? —preguntó Correa.

—Sabiduría —dijo Estefanía—. Mi esposo es un hombre sabio. Valiente también, pero muy sabio.

—Lo suficientemente sabio como para pedirle a cierta señorita que se casara conmigo, hace mucho tiempo ya.

—Eso también —dijo Estefanía—. Y lo suficientemente sabio como para saber que, aunque celebremos nuestras victorias, también lloramos a nuestros muertos, y lamentamos que la batalla haya sido necesaria.

Correa se volvió hacia Serrano.

—Mi señora esposa me da demasiado crédito —dijo.

—No lo creo —dijo Estefanía—. Creo que conozco bien a mi esposo.

Correa besó su frente.

—Sabe —dijo Serrano —la guerra no ha terminado. De hecho, está causando estragos en toda

Europa. Pueden que vuelvan.

Correa tomó a su esposa por la cintura y miró a su amigo a los ojos.

—Que vengan —dijo con una sonrisa. Haremos una hoguera con sus naves.

## EPÍLOGO

Extractos de una Transcripción Certificada

Cédula Real

Carta del Rey Felipe V de España al

Maestre de Campo Don Gabriel Gutiérrez Rivas, Caballero de la Orden de Santiago, Gobernador  
y Capitán General de la Isla de

San Juan de Puerto Rico

Fecha en 1703

El capitán Don Antonio Paris Negro, contador de Real Hacienda de esta Ciudad é isla de San Juan de Puerto-Rico, por Su Magestad [*sic*], que Dios guarde, certifico: que en el libro de cédulas, títulos y mercedes, que corrió del año pasado de mil setecientos y cuatro, y que para en esta Real Contaduría de mí cargo, desde el folio. “Nota-Que el folio no se pone por estar rompido [*sic*] el lugar en que le corresponde, rubricado.” Consta estar tomada la razón de una Real cédula de S. M. de el tenor siguiente:

[The letter from the King to the Governor follows.]

”El Rey.—El Maestre de Campo Don Gabriel Gutierrez de Rivas, caballero del orden de Santiago, mi Gobernador y capitán general de la isla de San Juan de Puerto-Rico, en carta de treinta de Agosto de mil setecientos y dos, referís que el día del mes, cinco, llegaron al puerto de San Felipe del Arecibo en esa jurisdicción dos embarcaciones, la una bergantín y la otra balandra de ingleses, quienes echaron dos lanchas con treinta hombres y un capitán, y habiendo hecho fuego sobre la guardia, acudió el teniente y capitán á guerra del referido puerto, nombrado Antonio de los Reyes Correa [y sus hombres] [...] y peleó con ellos logrando matarlos á todos, a los veintidós en tierra y á los demás en el agua, á donde se arrojaron tras ellos por haberse echado los ingleses á coger las lanchas [...] cuya operación ejecutaron solo con lanzas y machetes no obstante venir armados los enemigos de fusiles y espadas, de la cual salió herido de un balazo y un golpe en la cabeza el expresado teniente, y de otro balazo el ayudante, Nicolas Serrano, quien ha quedado manco, y otros dos heridos nombrados el sargento José Rodriguez y Pedro de Alejandria, que este murió después de las heridas [...] siguiendo los nuestros la empresa á nado con los machetes en la boca, y las lanzas en las manos, con modo de abordar a las embarcaciones grandes y apoderarse de ellas, no lo pudieron conseguir por haber los enemigos cortado los cables y levándose, dejándose una ancla [...] treinta y dos fusiles que eran todos los que llevaban los

enemigos, y veinticuatro espadas, cuyas armas y la ropa de vestir de los muertos ordenasteis se repartiase entre la gente que se halló en la función, con cuyo motivo participáis las providencias que disteis luego que tuvisteis el aviso, así para la curación de los heridos, como para reforzarlos de algunas municiones por si se ofreciere otro lance; y ponderáis el valor de toda la gente de esa Isla, y el celo con que se dedican á mi mayor servicio, suplicándome que en atención á ello conceda alguna merced á honor de el teniente y capitán á guerra Antonio de los Reyes Correa, al ayudante Nicolas Serrano y sargento José Rodriguez, como también para los herederos de Pedro Alejandría difunto, que dejó madre y hermanas muy pobres, de una plaza muerta de soldado para que á vista del premio se alienten todos á sacrificar sus vidas en mi servicio.

Vista vuestra representación en mi Junta de guerra de Indias, he resuelto a consulta de 14 de Agosto de este año, hacer merced al mencionado Antonio de los Reyes Correa de la medalla de mi Real efigie, destinada para los que han servido veinte años sin usar licencia, pues sus méritos y esfuerzo singular en la ocasión referida, lo califican por digno de semejante demostración, la cual se os remite con este despacho para que se la entreguéis, y también he concedido patente con grado de capitán de infantería española; y por lo que mira al ayudante Nicolás Serrano, he venido en dispensarle la misma patente y grado, y que se le mantenga su plaza y se le asista con media mas por los días de su vida sin obligarle á servir [...] siendo mi voluntad se ejecute lo mismo con el sargento José Rodriguez que salió herido en esta ocasión, á quien he concedido patente con grado de alférez de infantería española y que á la madre y hermanas de Pedro de Alejandría difunto, se le asista con lo que importare la plaza muerta de un soldado, que proponéis, de lo que participo al Virrey de la Nueva España por despacho de este día, á fin de que aumente al situado de ese Presidio, lo que importare los aumentos del sueldo ó plazas que he concedido á los expresados ayudante Nicolas Serrano y sargento José Rodriguez, como también la plaza muerta de soldado, concedida á la madre y hermanas de Pedro de Alejandría, y le ordeno os remita con el primer situado quinientos pesos por cuenta aparte, como mas difusamente lo veréis por el duplicado que con este os remito para que lo dirijáis al Virrey, diciéndole se les ha asignado, si son milicianos el sueldo solo correspondiente a sus plazas de ayudante y sargento, ó este y la media paga mas si son veteranos, para que sepa la cantidad que se ha de aumentar, y también le participareis, y quien os sucediera, si faltare alguno de los dos sujetos mencionados, y la madre y hermanas de el difunto, para que deje de remitir lo que correspondiere; y os mando que luego que recibáis los mencionados quinientos pesos, deis ciento á la viuda de Pedro de Alejandría, si la tuviere, y si no á su madre por via de ayuda de costa para el funeral, y el resto lo repartiréis entre la gente que se halló en la ocasión de San Felipe de Arecibo, de que va hecha mención según la razón y necesidad que en cada uno concurriere, y que dejo al vuestro arbitrio y prudencia, y habiendo sido tan de mi aceptación lo que los naturales de esa Isla han ejecutado [...] he resuelto manifestaros la gratitud con que quedo como lo veréis por el despacho adjunto que leeréis públicamente en presencia de los interesados y les daréis en mi Real nombre muy especiales gracias, y Yo os las doy á vos por el celo y vigilancia con que os dedicáis á la mayor defensa de esa Isla.

En Madrid á veintiocho de Setiembre de mil setecientos y tres.



Yo, el Rey.

\*\*\*

Si disfrutó este libro, por favor tome un momento y deje un breve comentario en Amazon.

-El Autor

## **POSDATA**

En honor a la valentía del Capitán Correa durante los eventos del 5 de agosto de 1702, el pueblo de Arecibo agregó un cinturón de oro a su escudo de armas. La ciudad vino a conocerse, y se conoce hasta el día de hoy, como La Villa del Capitán Correa. El 8 de enero de 2004, el gobierno de Puerto Rico declaró el 5 de agosto Día de Antonio de los Reyes Correa.

En este relato, los siguientes nombres corresponden a personajes históricos:

Antonio de los Reyes Correa

Nicolás Serrano

Sargento José Rodríguez

Pedro de Alejandría

Estefanía Colón y Luyando

Francisco Correa

Sir William Whetstone

P. Francisco Fernández de Cosgallo

Gabriel Gutiérrez de Rivas

El Rey Felipe V.

Todos los demás personajes son ficticios.

La plaga del baile es un fenómeno histórico, pero me tomé la libertad de moverla en el espacio y el tiempo. Ocurrió en Europa entre los siglos XIV y XVII. Hombres, mujeres y niños fueron víctimas del mal. En algunos casos, el número de bailarines llegó a los miles. Las víctimas bailaban hasta que se caían, agotadas. Uno de los primeros brotes importantes ocurrió en 1374 en Aquisgrán, en el Sacro Imperio Romano.

Un caso notable ocurrió en 1518 en Estrasburgo, Alsacia, en lo que hoy es Francia. Se dice que entre cincuenta y cuatrocientas personas bailaron durante días. Los informes contemporáneos confirman que varias personas comenzaron a bailar y no podían parar. Esto atrajo la atención de las autoridades y varias personas fueron hospitalizadas. Relatos posteriores afirman que hasta quince personas murieron por día. No parece haber informes contemporáneos que respalden esta afirmación.

La causa del fenómeno sigue sin estar clara. Algunos proponen que fue el resultado de ingerir pan hecho con granos contaminados con hongos ergot. Los hongos ergot contienen ergotamina, una sustancia psicoactiva. La ergotamina está relacionada con la dietilamida del ácido lisérgico, conocida popularmente como LSD. Fue a partir de esta sustancia que la droga fue sintetizada

originalmente. Otros creen que la peste fue un caso de una enfermedad psicógena o histeria masiva. Los acontecimientos podrían haber sido provocados por el estrés que sufrían los habitantes de la región en aquél momento, incluyendo hambrunas y epidemias.

No conozco ningún caso registrado de la plaga del baile en las Américas.

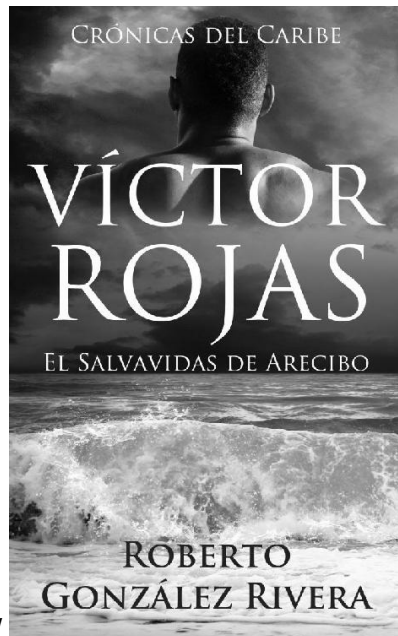
Para obtener más información sobre el tema de la plaga del baile, vea *A Time to Dance, A Time to Die: The Extraordinary Story of the Dancing Plague of 1518*, de John Waller (Icon Books, 2009).

La transcripción de la carta del rey Felipe V al capitán general y gobernador de Puerto Rico, Gabriel Gutiérrez de Rivas, es auténtica. Edité algunas partes para mayor claridad.

La familia Correa prosperó y se multiplicó durante los años posteriores al ataque. Algunos descendientes se mudaron a otras ciudades, pero otros permanecieron en Arecibo por muchas generaciones. Fui al colegio con varios de ellos. Al momento de escribir estas líneas, muchos descendientes directos del Capitán Correa aún viven en Puerto Rico.

Hay un monumento al Capitán Correa al lado del Paseo Víctor Rojas en Arecibo. El monumento incluye un busto de bronce del capitán mirando en dirección al puerto.

Si disfrutó este libro, lea otro volumen de la serie Crónicas del Caribe:



*Victor Rojas: El*

*Salvavidas de Arecibo*

Salvó a cientos de morir ahogados.  
No hay buena obra sin castigo.

<http://bit.ly/victorrojas>

## **AGRADECIMIENTOS**

Mi profundo agradecimiento a Sheldon Silber por su inquebrantable apoyo y amistad. Gracias a Jaime Ferrer Reyes, David Lang y Cynthia Velázquez por su aliento y por sus ideas. Gracias a mis asesores militares, el coronel Francisco Javier Pérez Rivera, USAR y el señor Paul White. Gracias a Beatriz Amanda González por su asesoramiento en materia lunar. Gracias a todos los que ofrecieron comentarios sobre el manuscrito. Mi más profundo agradecimiento sobre todo a mi familia por su apoyo y aliento durante todos estos años de aventuras creativas. Los amo a todos.

## **SOBRE EL AUTOR**

Roberto González Rivera es artista y autor. Ganó su primer premio de escritura con un cuento de ciencia ficción en séptimo grado y ha estado escribiendo desde entonces. Roberto también ayuda a otros autores a escribir y publicar sus libros y los traduce al español. Es pintor y diseñador y ha enseñado arte en todos los niveles, desde jardín de infantes hasta la universidad en Venezuela, Puerto Rico, Nueva York y Florida. Aunque echa de menos el hielo y la nieve del norte, disfruta de las tormentas apocalípticas de los Everglades. Visítelo en [robertogonzalezstudio.com](http://robertogonzalezstudio.com).